Los primeros pasos

Eduardo Mosches

Quizá para Occidente todo inicia con el mito discriminatorio de Adán y Eva. El género femenino transformado en simbólico personaje creador de tragedia para el hombre, por un lado, y en sujeto servil y menospreciado, por otro. La estructura patriarcal como venero persistente de persecución, segregación y exclusión. Y es esta mitad de la humanidad que se enfrenta a diferentes formas de desigualdades desde hace milenios. Todas las religiones monoteístas son y han sido fuente de escarnio y menosprecio de la presencia de la mujer en la sociedad a pesar de ello, silenciosas y constantes fueron inventoras y actuaban en la transformación de los saberes adquiridos a lo largo de siglos: *Ellas abrieron sus ojos y descubrieron/ machacaron granos untaron hierbas cocieron húmeda tierra/ salvaron del vacío roedor los intestinos de sus crías/ trenzaron entre dedos y unieron fibras de matorrales/ aplastaron frutos y caracoles descubrieron la pintura/ llegar al color sólo era acción de juntar la luz*, para ser convertidas y perseguidas como aparentes brujas, actuar de los hombres temerosos del saber y aunado y contra esta ferocidad, la continua batalla de las mujeres por una indispensable y reconocida igualdad. Y en el torbellino de los haceres se han topado con la hipocresía masculina de las sociedades laicas: botín de guerra, violadas en su integridad física y espiritual, una sociedad mercantilizada que convierte sus cuerpos en objetos de venta, saltaron del trabajo doméstico o rural a las fábricas, a los medios de comunicación , a las escuelas, a votar y ser votadas en nombre de la apariencia democrática, a enseñar en las universidades, a ser actrices de cine y teatro, en los hospitales, en fin , se abrieron paso pero sus salarios eran menores, en directa relación al de los varones. Era y es un camino a la desigualdad. *Ansían con fuerza la justa mitad del deseo/ ganaron el derecho de su voz/ sus caderas pintaron intensos los colores/ mientran bailaban al ritmo de sus propios sonidos…/ tomaron su cuerpo y lo desvistieron de temores*. Hoy en este México, tan inundado de ignominias, otra vez despierta el ogro patriarcal y reinicia e intensifica su campaña contra el derecho de la mujer a decidir sobre su cuerpo. Pesada y larga historia de esta humanidad envuelta en la tela de las injusticias. La mujer y la multiplicidad descolorida de los ataques contra ellas y sus derechos de existencia íntegra. La creatividad femenina seguirá haciéndose fuerte.

La escritura de las voces que odian la violencia

Francesca Gargallo Celentani

Una imagen de alegría en medio de la gran ciudad: una decena de adolescentes y jóvenes mujeres charlan animadamente en el techo de una antigua casa del centro. Tres mujeres mayores forman un grupito al lado de ellas. Otras van subiendo por la escalera corriendo, con una enorme sonrisa. Dos más abren unas bolsas y sacan palos para enseñarles la autodefensa. La tarde de primavera es espléndida, el aire ha barrido la contaminación de la metrópolis, los ruidos de los vendedores ambulantes han quedado en la acera, el calor mengua. Las jóvenes ríen, juegan, se dicen a gritos unas a otras que se acabó eso de ser siempre las víctimas del sistema. Ante la inoperancia de las leyes, las policías y los reclusorios, las mujeres han decidido tomar en sus manos la responsabilidad de ser sujetas de la inviolabilidad de su cuerpo y la insumisión de sus deseos. Han puesto en entredicho la historia, la lengua, la moda y los modales, la familia, el amor, la filosofía y la idea de ciencia; y ahora practican que es mentira que las mujeres son débiles y necesitan ser protegidas por alguien más.

¿Qué ha sucedido para que esta imagen se repita en diversos barrios y ciudades de México y del mundo? ¿Por qué las combatientes kurdas en Siria se han convertido en las heroínas de la mitad del mundo, la mitad femenina del mundo? ¿Qué hay de la admiración que despiertan las mayas guatemaltecas cuando se plantan ante la maquinaria de las mineras con sus huipiles bordados a mano, determinadas hasta la muerte en defensa de la vida?

Amaranta Caballero ha redactado un "moridero", un cuadro pormenorizado de las escritoras que han sido asesinadas, orilladas al suicidio, secuestradas y desaparecidas. La memoria que nos queda de ellas es suficiente para alimentar un gigantesco ¡Ya Basta!

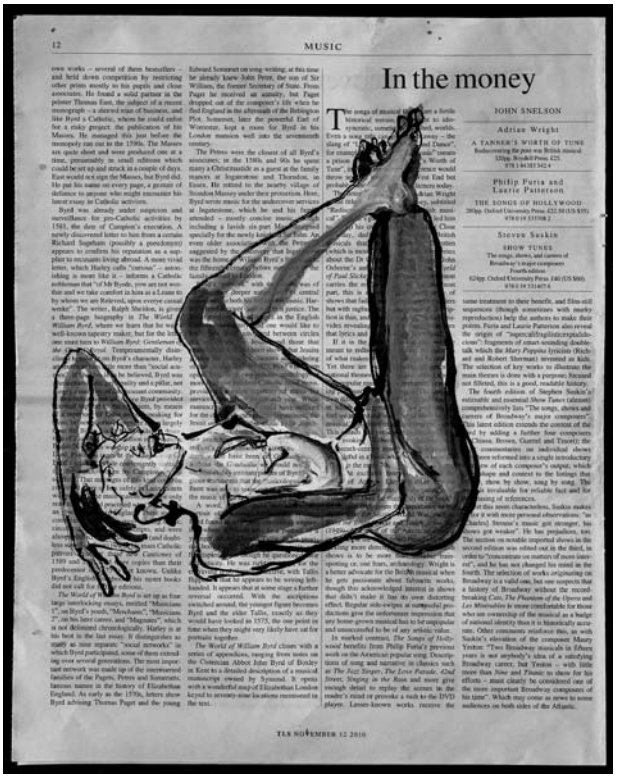
La historia de las mujeres que se han organizado para defender sus derechos, desde las Beguinas hasta las feministas antifascistas antes de la II Guerra Mundial, ha tendido siempre a formas pacifistas de relación política. En la actualidad, las feministas cuestionan el igualitarismo de género cuando implica la militarización de las mujeres para su participación en guerras de agresión. Las que aprenden autodefensa también evitan las confrontaciones. Nadie quiere la violencia pero es el pan cotidiano de las niñas que van a la escuela

bajo la mirada de los acosadores en el sistema de transporte público y luego reciben clases en las que nunca se subraya la participación femenina en ningún logro. Pan cotidiano de las jóvenes lesbianas violadas para que se "enderecen". De las esposas e hijas de dirigentes políticos despojadas de su personalidad. De las activistas que viven bajo amenaza. De las madres que buscan a sus hijas desaparecidas. De las hermanas menores, de las cuñadas, de las nietas, las hijas y las sobrinas de las familias tradicionales, donde un familiar no puede denunciarse so pena del castigo social. De las enclaustradas, las locas, las poseídas, las viudas de guerras innombrables. Nadie quiere la violencia del golpe y del encierro. De la guerra y la discriminación. Nadie la quiere.

La mayoría de las personas que presenciaron una conflagración en su vida, lo hizo cuando un hombre —el padre, el tío, el abuelo, el vecino, el sacerdote— golpeó, insultó, hambreó a su madre porque pedía un poco de paz en casa o decidió separarse. Claro, también hay niñas y niños que se enteraron de las guerras cuando les devolvieron a su padre en un ataúd entre bolsas de basura y vieron a su madre derrumbarse, como lo narra Gloria Inés Peláez.

Contra las mujeres, América Latina es una de las regiones más violentas del mundo. Las religiones no son aquí el detonante de los golpes y las represiones, aunque el colonialismo católico haya dejado una cultura difusa sobre la inferioridad de las mujeres y todo lo que concierne lo femenino. En los territorios más apartados y los barrios marginales repunta el fanatismo y ciertas imposiciones morales represivas en los grupos neoevangélicos, pero el problema hunde sus raíces en otra dimensión. La de los tráficos ilegales de personas, órganos, drogas, armas. ¿Dije personas? Sí, mujeres y niñas en un 83%. Robadas a su madre, a su familia, su comunidad, sus sueños. La de una educación que disminuye a las mujeres hasta convertirlas en carne de concursos de belleza y temerosas empleadas que, dependiendo de los trabajos, reciben entre un 10 y un 40% menos de retribución salarial que un hombre. La de los museos y galerías que exponen la obra de pintoras, grabadoras, escultoras, performanceras y fotógrafas en un proporción vergonzosamente menor que la de sus colegas masculinos, permitiendo a los críticos ningunearlas en sus artículos. Dicho sea de paso, de las carreras de Historia del Arte, en México, egresan un 90% de mujeres y un 10% de hombres, sin embargo, el 75% de los críticos de arte son hombres: ¿será que se ejerce una violencia subliminal en la distribución del derecho a opinar?

La violencia es un monstruo de múltiples rostros. Por supuesto que se lee en los feminicidios, las violaciones, las golpizas y el acoso laboral y escolar. Su número y su impunidad, en sí, son la marca más evidente de la violencia. Liliana Blum sintetiza


12 MUSIC

In the money

JOHN SNELSON

Adrian Wright
A TANNER'S WORTH OF TUNE
Rediscovering the post-war British musical
320pp. Bookill Press. £25
978 1 84383 342 4

Philip Furia and Laurie Patterson
THE SONGS OF HOLLYWOOD
280pp. Oxford University Press. £22.50 (US $35)
978 0 19 537508 2

Steven Suskin
SHOW TUNES
The songs, shows, and careers of Broadway's major composers
Fourth edition
624pp. Oxford University Press. £40 (US $60)
978 0 19 531407 4

TLS NOVEMBER 12 2010

la impotencia, el desprecio, la soledad y la rabia a la que orilla sentirse como un pedazo de carne mordido y abandonado. La sutil fantasía religiosa del relato de Eve Gil empuja las consecuencias de una violación en el tiempo, construyendo tejidos de respuestas orgánicas, rituales y solidarias. Norma Mogrovejo denuncia con ironía las violaciones correctivas que en las familias tradicionales se reservan a las hijas lesbianas. Livia Vargas relata su experiencia de recuperación.

Y qué decir de esa aceptada preferencia por los gestos de los hombres, sus derechos sexuales y afectivos, su andar por el mundo... Las formas de las "conquistas" masculinas resultan en invasiones de países y racismos heredados, en represiones contra las esposas de los héroes de empresas compartidas, en el desprecio por las afectividades y atenciones por el mundo, los y las niñas, la belleza de las relaciones, las ganas de saber que las mujeres despliegan. Si Dorelia Barahona desprende uno por uno los prejuicios del hombre liberado de izquierdas que maltrata afectivamente a "sus" mujeres, Maya Cu habla del machismo implícito en la idea de nación que discrimina, Silvia Miguens se mete en los paños de las heroínas que han amado a los padres de la patria, Alma Karla Sandoval escudriña los desprecios cotidianos. El desamor aflora como desgana e irrespeto en las palabras de Artemisa Téllez y el silencio como respuesta agresiva en los versos de Aura Sabina.

Cuando la violencia se agrava, el fantasma de la tortura sexual y de la desaparición se cuela en las mentes de cualquiera que toma un bus, un tren, anda por la calle, intenta salvarse de la represión. El cuento de Isabel Hernández seguramente resuena ahora que Amnistía Internacional ha relevado que en México el 33% de las mujeres presas han sido violadas por la policía o el ejército y la marina y el 80% han sufrido acoso, tortura sexual, manoseos y amenazas por parte de sus captores.

En Nuestramérica también se cierne la mayor amenaza contra las y los ambientalistas, se les dispara cuando defienden sus bosques, se les encarcela bajo pretextos absurdos. El 3 de marzo de 2016 a Berta Cárceres, defensora del río Gualcarque donde viven los espíritus de las niñas del pueblo lenca, organizadora de las luchas de las comunidades que defienden sus riberas, sus bosques, playas y cultivos de las mineras y el monocultivo de palma africana, fue asesinada por sicarios, seguramente enviados por las empresas cuyas ganancias impidió con su lucha. Era Premio Goldman 2015 por el medio ambiente, se había detenido a platicar con el papa, había cantado algunas verdades en la ONU, y caminaba con su pueblo por las veredas y montañas de Honduras, acariciando la tierra, ofrendando semillas. Seguramente se la robaron a las ancianas que creían en ella, a las amigas que la acompañaban, a las esperanzas de su pueblo, a sus hijas, hijo, madre, hermanas. El gobierno, para agregar escarnio a la violencia, sostiene que su asesinato fue motivado por asuntos pasionales. Sólo la voz de las poetas amigas, como Melissa Cardoza, interpreta el grito seco que se nos atoró en la garganta a muchas cuando el eco de esos tres disparos se disolvió.

La literatura siempre es reflejo de sentires, desde que Enjeduana escribió el primer poema del mundo a su diosa Inana, hace ya cinco mil años, la poesía fija ideas, palabras, emociones, cantos, giros lingüísticos, da pie a la historia y la filosofía, fija la transmisión de las ciencias. Que a las mujeres se les impida estudiar es una manifestación extrema de la negación de lo que se teme: la igualdad del diferente más próximo que se tenga, la propia hermana, compañera, hija. La violencia es miedo

prepotente, no tanto incultura como efecto de una cultura de la sumisión que se sostiene en un sistema binario: tú o yo, blanco o negro, rico o pobre, mujer u hombre, quien manda y quien obedece. La prueba de que mujeres y hombres, y todos y todas las intersexuales que existen en medio de esos dos sexos dominantes, somos más semejantes que diferentes, quizá se comprueba en el hecho que todo hombre que violenta a una mujer luego violentará a otros hombres.

Las expresiones culturales que normalizaban la violencia contra las mujeres han estallado, nadie cree que alguien por su sexo está justamente a la merced de un agresor que esgrime su fuerza física y sus chantajes emotivos como un privilegio sexual. Sin embargo, no ceja, se reproduce, se transmuta. Para que siempre podamos reconocerla y sentir sus consecuencias en nuestros cuerpos y sus emociones, la percepción de las escritoras es la que da pie a fantasías de liberación.

FICTION

bread without the crust – is exposed, he feels, defiantly, an invitation to kindness that he has failed to accept heartily enough. The sight of her, so naked and female, so sensitive and lumpy, dries his mouth.

The sight recalls the "dark dough" of Cindy Murkett's thighs in *Rabbit Is Rich* (1981), and Updike is certainly back, if only for a brief moment, in that rich vein of description that is able to account both for the concrete and the abstract – the lumpy and the sensitive – aspects of physical interaction.

However, Mrs Molloy turns to Jack with a typical Updike request: "Tell me about my cunt, Jack. I want to hear it". Updike now has the opportunity – taken for almost the entirety of his last novel, *Villages* (2005) – to linger lovingly on a familiar area, which has always allowed him to show his ability to capture the carnal. But Jack struggles and stammers like a teenager: "it's perfect, it's gorgeous, it . . . is wet and fuzzy and soft as a flower inside and stretchy". He has to stop, defeated by an odd inability to find the right words.

This is a renunciation on the author's part, a declaration that he has now decided to depart from his previous métier of physicality, caressed detail and detailed caresses. Updi[illegible] closing his bedroom eyes, those acute no[illegible] receptors: the next time we meet the [illegible] they have already "made love" and [illegible] pair in a Hollywood movie, are quick [illegible] the sheets up over their naked bodies". It reinforces the fact that Updike has given us instead a novel with other priorities: a strong narrative climax, a political dimension, and an attempt to be daring enough to empathize with the alien situation of Islamic extremism.

The problem is that *Terrorist* is most successful [illegible] gives us sentences that could [illegible] his earlier novels. These [illegible] sensual sparks", to quote [illegible] everyday existence, [illegible]ble: the "whale of a [illegible] heat through her [illegible] as if reflecting a [illegible] him", or "pale [illegible] glass [illegible] used to come in" (an image, indeed, directly lifted from 1968's *Couples*). When Updike forgets about the purpose of the narrative, and the looming presence of the Islamic issue, he shows us that he can still – and, sadly, perhaps can only – magnify the minutiae of life to a magnificent extent. This is Ahmad, no longer a representative of his religion, but just a child of middling America:

> Just he and the television in the living room – the electronic box so frantic and bumptious with the hiccups and pops and crashes and excited high-pitched voices of cartoon adventure, and its audience, the watching child, utterly quiet and still, the sound turned down to let his mother sleep off her date last night.

Find the stan[illegible]

M. JOHN HARRIS[illegible]

Daniel Pen[illegible]

THE DICTATOR [illegible] THE HAMMO[illegible]

Translated by Pa[illegible]

304pp. H[illegible] £11.99

1 84[illegible]

The narrator of this book, who wishes us to suppose that he is Daniel Pennac, author, claims to have no memory. Hence, he says, his enthusiasm for writing novels: "the imagination starved of memories works furiously at recomposing life from sketches".

How a sketch differs from a memory he isn't ready to tell us. He isn't really ready to tell us a story, either. The one he begins rather bores him, or he pretends it does, perhaps for our sake, for the sake of our amusement. He presents it – or pretends to present it – as a germ, an idea flung off, some possibilities and their consequences. "It would be", his opening line tells us, "the story of an agoraphobic dictator."

If the author told it at all, it would be the story of Manuel Pereira, a fictitious Brazilian president of the 1920s. Pereira, afraid of assassination, engages a double, whom he terrorizes into becoming an imitation of himself so effective that his own father can't tell the differ-

[illegible] this aw[illegible] There is certainly no need for [illegible]. The entertainment rarely flags. The consequences of the dictator's abdication (or rather the assumption about the nature [illegible]similarity on which [illegible] based) never stop [illegible] off.

Sardonic observations decorate every page. The wealth of [illegible] narrat[illegible]es – all the impeccably [illegible] anecdotes and myths and allusions [illegible] – generated by [illegible] and Pe[illegible]c's decision to [illegible] best and [illegible]est inside one [illegible] to [illegible] so[illegible]icated reading [illegible]ence [illegible] whose political view is amused [illegible] they are so good, their stories, and so [illegible]ently amusing, and they arrive so [illegible]tly that we never have [illegible] to think of [illegible] for more.

Perhaps the most absorbing of them, the best-told, the most stylish story, is that of the first presidential double, a barber from a little town in the interior. Sh[illegible] with a love of silent cinema and conceiv[illegible] belief that he exactly resembles his [illegible] Charlie Chaplin, he abandons the presiden[illegible] travels [illegible] Americ[illegible] to become, like Chaplin, "a living picture". There, discovering that in fact he resembles not Chaplin but Rudolph Valentino, he takes a job as Valentino's lighting double ("Relieved of the burden of becoming someone, he was now the shadow of a star, and satisfied with that") and dies several years later, at a showing of *The Great Dictator* during which he realizes that Chaplin has stolen the central event of his life. By this an attentive audience is brought to the understanding that Daniel Pennac's "novel in the conditional tense", his tango with the concept of dissimilar resemblance, hasn't really been a book about dictators – or even about imitation, except in the sense that imitation is central to mediation, to representation.

"Politics is the paradox of the spectator", Pereira warns his first double. The double isn't sure he understands entirely. Neither are we. Just as the double is terrorized by the dictator and his ideas about power, so we are terrorized by the blackly comic novelist and his ideas about mimicry, memory and Charlie Chaplin. In the end, however, while we may agree that somewhere in this and other bons mots lies a truth on which depends our sense of ourselves as competent spectators, we might prefer the baggier romanticism and less overtly [illegible]ing experience of, say, *The*

Deep i[illegible]

MARK [illegible]

[illegible] MMALS

Translat[illegible]

224pp. Canongate. Paperback, £[illegible]

1 84195 583 3

These days even mildly transgressive French writers are bound to be compared to Michel Houellebecq, whose insinuatingly offensive novels fascinate and repel in equal measure. In the case of Pierre Mérot, the comparison does both writers a disservice. Houellebecq works in a long-standing tradition of French narrative realism, where stories unfold more or less chronologically and in closely observed detail. Mérot's broadly comic and aphoristic fourth novel, *Mammals*, owes more to absurdist, surreal and

[illegible] "The [illegible] It is stu[illegible] aggressive and hostile. The French lead the [illegible] in the consu[illegible] of tranquilizers. [illegible] To accept the rule is to take th[illegible] step towards happiness."

The narrat[illegible] moves alo[illegible] topic to topic. [illegible]periences ser[illegible] illustra[illegible]mples of the same ge[illegible] lessons: [illegible] tells us people are selfish, org[illegible] hinder rather than help, life is a [illegible]

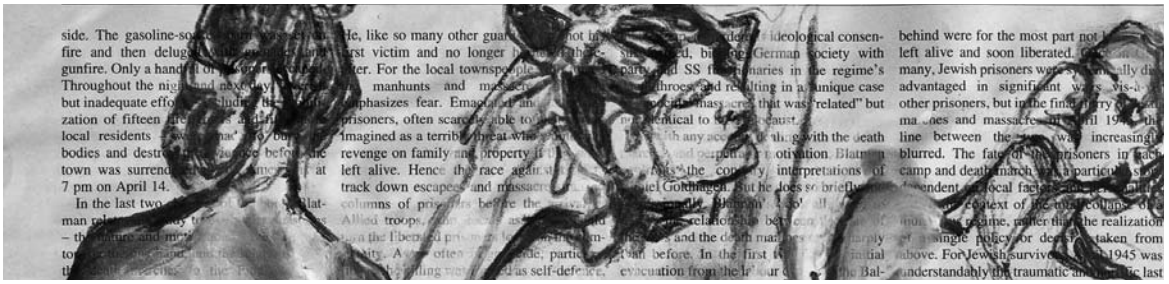
Uncle, is a callous, alcoholic, oversexed loser who at the age of forty has had a string of bad jobs and worse relationships. His appeal

Cruella, after the villainess in *101 Dalmatians*. This Cruella, however, is less evil than pathetic – not unlike Uncle – and mysterious, epigram[illegible]tic interjections ("Love is two violent forces, [illegible]uggle in mud and gold") fail to add interest [illegible] troubles of characters whose reality is [illegible] sacrificed to comic expediency. [illegible]s on the everyday can be raucously imag[illegible]s when Uncle suddenly figures out [illegible]urpose" of the electric tooth-brush [illegible] nothing to do with cleaning [illegible] laughs have a way of [illegible] construct around [illegible] joke, ra[illegible] a character about [illegible] we care.

The stripping away [illegible]ncle's cynicism in

La espalda del león
(sólo adultos)

Dorelia Barahona



Cada paso que daba el gato parecía darlo desde las noches egipcias. Avanzaba dejándose frotar por las ramas de los helechos, el salero, la botella, hasta llegar finalmente a la mano de Ramón, para dejarse acariciar por ella una y otra vez, desde la cabeza hasta la punta del rabo. Una vez satisfecho brincaba al suelo, de donde correteaba hasta la cocina.

Toda su vida había tratado de amar a las mujeres. En eso, tenía que reconocerlo había volcado sus energías durante los últimos treinta y ocho años.

Ramón pensaba mejor cuando oía la música de Bob Dylan adormilado en la silla de su comedor. Encendió el penúltimo cigarro del paquete, tosió con los pulmones cargados de flemas aspirando el cigarro con ansias y volteó a ver los brincos de su perra. Le gustaba pasarse las horas observándola: como daba vueltas, orinaba a la orilla de la araucaria y perseguía a los gorriones que se detenían en el patio.

—Todas las hembras era iguales— dijo en voz alta—. Más fuertes, más belicosas, insistiendo hasta el cansancio en cuidar de su territorio. ¡Cuántas mujeres no se habían peleado por él! ¡Cuántas no se habían jalado del pelo, insultado, tratando de que él siguiera siendo de ellas! Sirvió más whisky en su vaso. En realidad las mujeres eran poderosas y por eso le trasmitían un terror infinito. Conforme las iba conociendo, como quien no quería la cosa, se iban quedando organizándole la vida, cambiándole la dieta, la ropa, las costumbres y a cambio de todo esto, como si fuera poco, todas le exigían sus derechos. Su pedazo de carne. Y él era incapaz de negarse y mucho menos de dejarlas. Recordó a su primera esposa. Todavía se acostaba con ella. Una vez al año, cuando visitaba a sus hijos, hacía por un mes vida de familia. Si, ella le exigía su cuota, pero por lo menos estaba lejos y no le importaba lo que hiciera el resto del año y de la vida. Ramón suspiró. “La Machita” como la llamaba, todavía se mantenía al pie de la lucha y eso que era unos años mayor que él. ¡Y qué podía hacer, que podía hacer! Necesitaba tanto de ellas, de esas viejas brujas, de esa fuerza que él no tenía, de ese filo para su espada. Por eso nunca pudo dejar a ninguna. La que quería lo dejaba para siempre o por un rato que podía convertirse en meses o años.

Las primeras gotas del aguacero hicieron que la perra se metiera en la casita. Cerró las ventanas, dejando sólo la más pequeña abierta, para que saliera el humo.

Tomó más whisky. Ya empezaba a estar un poco ebrio. Le gustaba sentirse así. Solo, seguro, borracho. No tenía que darle cuentas a nadie, tampoco complacer y mucho menos proponer. Divagaba imaginando mundos, quizá otras vidas vividas hacia muchísimos años cuando él seguramente era un guerrero, un combatiente sanguinario dueño de tierras y vidas. Se sabía muy antiguo, de la edad de los profetas y los demonios. Por eso ahora no le interesaba el poder, ni el renombre, ni la aceptación. Esos eran juegos para débiles y mediocres. Seguiría siendo un escritor exiliado en su propio pueblo. El resto, que se fuera a la mierda. Todos eran unos hipócritas mentirosos. Unos imbéciles inferiores. ¿Qué sabían del orden real del universo? ¡Si ni siquiera él era capaz de comprenderlo!

Un par de lágrimas salieron de sus ojos brillosos y amarillentos. Él era otra cosa; un león, un príncipe, y los leones como los príncipes solo se juntaban con leones o por el contrario, decidían vivir y morir solos. El que quisiera acercase a él tendría que buscarlo y ya frente a él seguir manteniendo su distancia.

Ramón se sabía inteligente como muy pocos, con un gran cerebro digno de museo. Para qué desperdiciarse en conversaciones estúpidas. Solo él con él. Ya tenía bastante con saciar la sed de las mujeres. La sed de su ejército de Dálilas, de esas viejas templadas que solo querían cogérselo, exprimirlo, amputarlo, robarle la fuerza.

¿Qué culpa tenía de que se murieran por él? Desde jovencito se lo habían cogido, amigas, profesoras, madres con sus hijas, primas cercanas y lejanas, compañeras de trabajo, desconocidas. Se jactaba de, al igual que el león, nunca haber movido un dedo para conquistar a ninguna. Todas merodeaban esperando la oportunidad. Todas eran insaciables, siempre querían más y más y él, gracias a que Dios le había dado la inteligencia, había ido poco a poco construyendo un mundo donde lograba satisfacerlas, por lo menos por un tiempo, porque para siempre era una labor de dioses.

No en balde había tenido ya tres matrimonios sin hacer ningún esfuerzo. Todas habían luchado por casarse con él y lo habían conseguido. Todas habían aguantado a sus amantes porque antes ya habían sido sus amantes y todas después de él no habían vuelto a casarse ¿Cómo que no podían olvidarlo verdad? Por lo menos no se había llenado de hijos y los que tenía eran mantenidos principalmente por ellas. Recordó como casualmente sus matrimonios habían sido con mujeres con recursos propios mayores que los suyos.

Ramón sonrió, cómplice, sirviéndose otro trago de whisky.

—Hasta vos me tenés dentro de tu territorio—, le dijo a la perra que en ese momento había salido de la casita para pegarse a la ventana sacando la lengua. —Aj, aj, aj,—. Remedó el jadeo sacando él también la lengua. Otro cigarro. Miró su casa. Colección de decoraciones de tres mujeres diferentes. La verdad es que le gustaba eso de que llegaran e hicieran lo que quisieran con su espacio. ¡Que se sintieran las dueñas de todo! ¡Que dispusieran! Para eso eran. Para gobernar la casa, el reino. Para joder y controlar.

¡Hum!.. Pero él sabía el secreto. Sabía muy bien cómo sosegarlas, cómo dominarlas. Por eso le gustaba tenerlas ansiosas. Como perras, sí, como perras babeantes, sojuzgarlas con su espada, con su pinga, para que supieran quién era realmente el que mandaba. Quién era el papacito que les podía dar todo lo que querían o simplemente negárselos.

"Y va y viene toqueteo y vestite de esta manera mi amor, ponete estos calzoncitos negros, estos tacones, quitate la ropa, tocate aquí, tocame aquí, veamos esta peliculita, mira mi amor, hagamos

como si nos acabamos de encontrar en un putero y vos sos la que me tocó y yo te hago como le gusta a mi esposa que le haga. Y déjame que te tome unas fotos de cuatro patas enseñándome el culo... ¡Pero si vos tenés un culo muy bonito! "Y después que me quito y que ya no aguanto y me riego enseguida y "lo siento mi amor, hasta la próxima, así después vas a tener más ganas y mejor en esta posición no, porque como tenés un coño tan rico casi no aguanto, es que me gustás demasiado mamacita y con solo verte... yayaya , así que mejor ni te movás. Quedate quietecita. Mirá, solo la puntita..." Y así vamos, un día y otro y luego que no llego y que por ahí me llaman otras y claro se me ponen relocas a tirarme el teléfono, a pedir explicaciones, a preguntarme si ellas no son suficiente para mí, a marcarme con mordiscos y jurarme que van a ser cada día más putas, que ya no les importa que la pinga no esté tan dura como quisieran, con tal de tenerme para ellas, y entonces yo por fin descanso, y me las cojo como quiero. Encima y sin tanta carajada. Aunque digan misa todavía esa ley nadie la ha cambiado.

Claro que a veces, cuando se me ponen más exigentes, hay perras de perras, tengo que tomar medidas más fuertes como tratarlas de inútiles y frígidas, restregándoles en la cara a otras, que son, lo dejo bien claro, mucho mejores que ellas, para que se vayan olvidando de pedir demasiado. Porque el mundo está lleno de coñitos que están dispuestos a ser de reina de este hogar. Incluso, recordó Ramón, algunas habían hecho fila durante años, fieles, a pesar de sus matrimonios, a pesar de mis matrimonios, como perras en celo esperando el turno para lanzarse sobre la presa. Dispuestas a limpiar el piso, a hacerle la compra, entretener a los hijos y lavarle los calzoncillos entre otras cosas. Pero esas sí que mejor las dejaba para que le prestaran el coño cuando ya no se le paraba con la principal. Viejas mañas para asegurarse de que seguía siendo un macho. No. Para esposa una sometida jamás y menos las sometidas ya tan manoseadas.

En fin que buena parte de su vida se le había ido queriendo a las mujeres. Y allí seguía, esperando a la perfecta. La media naranja tortura de su corazón. Locura de sus poemas. Frente a él solo Dios. Frente a su espalda la mujer amada.

Suena el teléfono. Ramón toma el inalámbrico de la mesa.

—Teresita mi amor, como le va a la princesa. Sí mi reina. Aquí, escribiendo. Bueno, tratando. Como usted quiera. —Ramón se reclina en la silla bajando el tono de voz— Pero se me trae puestos esos calzoncitos negros que tanto me gustan... ah y las uñitas de los pies pintaditas de rojo. Mi amorcito... podes traerme unas cervecitas y un paquete de cigarros es que aquí ya se me acabó la despensa. Gracias mi reina.

Ramón cuelga el teléfono y queda pensativo. La visita de Teresita le caía de perlas porque así tendría quien lo llevara al trabajo al día siguiente. Odiaba manejar y la verdad es que no lo necesitaba. ¡Siempre había alguna maravillada con la idea de hacerle de chofer! El problema es que definitivamente esa noche, así, cómo así, ¡cómo reconocerlo!, no le iba a funcionar la pinga y ya con esa, eran varias las veces en que no funcionaba con Teresita. Tendría que inventarse algún juego complicado porque el viagra lo tenía prohibido por el médico. Como Teresita era muy obediente esa noche la iba a poner a que le enseñara las amígdalas de abajo. Después, cuando ya estuviera bien loca, sabía que se conformaría con el dedo y la lista de obscenidades. Cuando Teresita estaba así, ni se daba cuenta que él se metía al final, un segundo para hacer que eyaculaba y decir que era el mejor polvo del mundo. Lo importante era el teatro no el

desempeño. Por eso Gloria había terminado con él. Era de las que pedía demasiado. Que en la silla, en la mesa, arriba de él, en el baño. Mujeres así no eran para él. Él era el león. Una cosa era que las mujeres se lo cogieran y otra muy distinta que lo dominaran en la cama. Él era un premio y por lo tanto tenían que estar agradecidas. Y esa regla por más que hablaran, tampoco había cambiado.

De nuevo suena el teléfono. Ramón contesta ya con voz de borracho.

—Mamá... ¡qué pasa!... No, es que me asustó, como siempre se acuesta temprano...

—Véngase de inmediato para acá, se rompió la tubería de la cocina.

—Pero...

—¡Como se le ocurre decir pero! ¿Qué es que no tengo hijos que me ayuden?, faltaba más, si a todas mis amigas las mantienen los hijos y yo en cambio tengo que darle dinero para que termine de redondearse el mes. Y como siempre se le va en guaro y seguro que en mujeres...

—Mamá las mujeres a mí no me quitan un cinco. Más bien...

—Estoy esperándote Ramón.

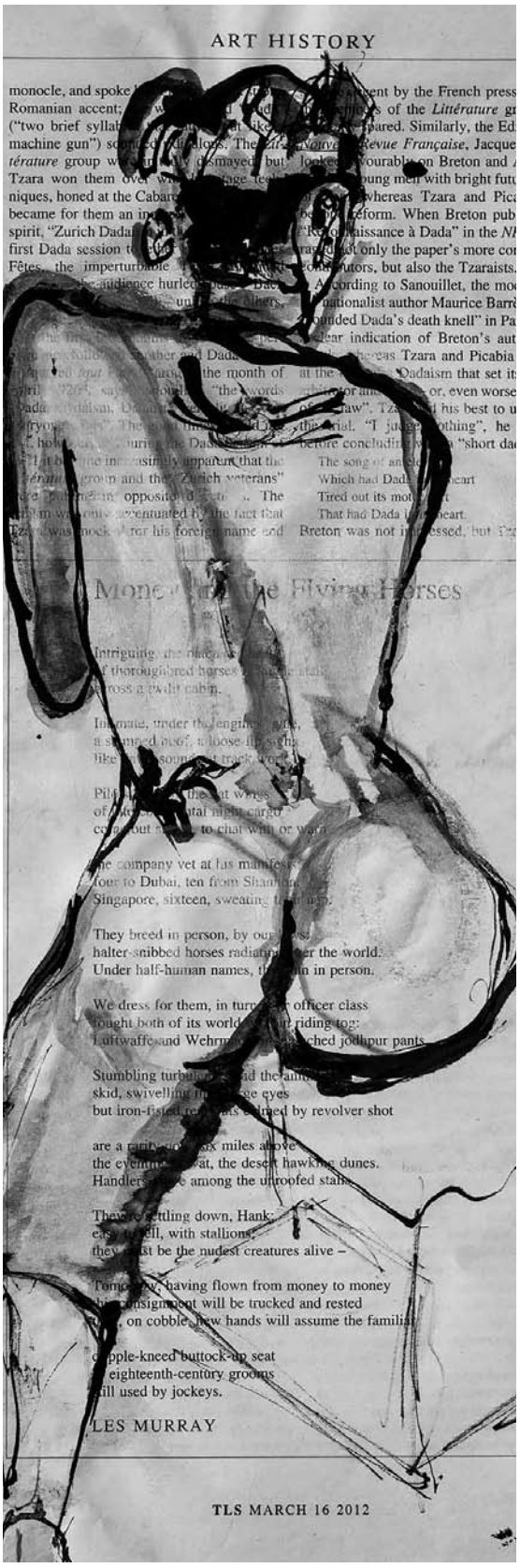
La madre de Ramón colgó sin esperar que contestara.

Ramón puso el teléfono sobre la mesa. Cerró la ventana y aseguró las puertas, comprobando que el gato se encontrara dentro de la casa.

No le dejaría ningún mensaje a Teresita. Mañana, cuando ella llamara furiosa, le haría pensar que estaba con otra. Cosa que era cierta.

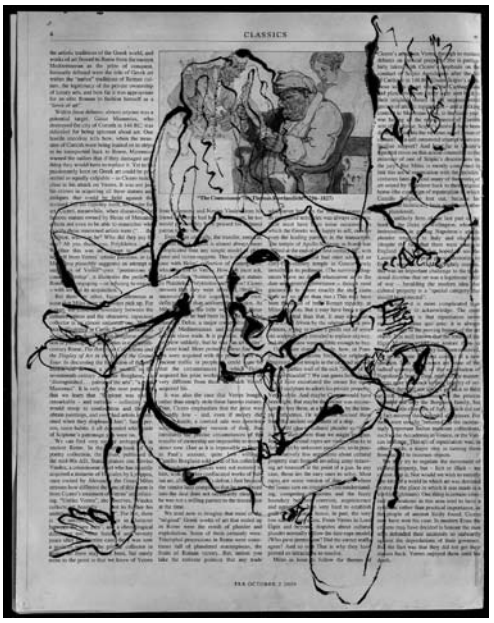
Tomó el paraguas y abrió la puerta principal. El agua bajaba por la acera con peso de torrente. No había nadie en la calle.

Sólo la perra que ladraba al ver a su amo alejarse de espaldas.



Desnuda como un sándwich de carne*

Liliana Blum



No andes sola en la calle a estas horas, dijo mi madre cuando vio que yo estaba por salir de casa. Eran casi las diez. Le di un beso volado en la mejilla y esperé a que dibujara una bendición sobre mi frente. Siempre lo hace como si espantara algún bicho imaginario. Yo no creo en dios, pero al igual que ella, no me puedo resistir a las rutinas. Mamá sabía que iba a ver a "mi amante", como lo llama, y que además iría a pie porque me gusta caminar de noche. Ay mija, no deberías... comenzó sin terminar la frase. A veces creo que se ha rendido en cuanto a mí, pero se aferra a las formas, sólo para poder evadir la culpa cuando las consecuencias de mis actos lleguen al fin. Ella podrá decirme, mirándome a los ojos: Yo te lo dije, Paola, pero tú no quisiste hacer caso.

En realidad, mi mamá dice más cuando parece que va a decir algo y luego calla. Yo la miré en silencio y ella se restregó las manos justo como hacen las mujeres sufridas de las telenovelas que tanto la entretienen. Es que es peligroso, siguió. Todo es peligroso, mamá, dije acomodándome el cabello frente al espejo de la entrada. Ella me dedicó una mirada que reconocía su derrota en aquella batalla. Nos comunicamos siguiendo un guión hecho de lugares comunes y de silencios en el momento apropiado.

No la culpo: es sólo una madre. Desde el principio de los tiempos, las madres siempre han dicho a sus hijas que la noche es peligrosa: lobos feroces que se disfrazan, ladrones de bolsas, asesinos misóginos. Los cuentos de hadas, la nota roja y las leyendas urbanas son nuestro imaginario colectivo. Pero de un tiempo acá las cosas que le preocupan a mi madre son otras. Los levantones de personas que aparecen días después decapitadas o desmenuzadas en alguna carretera. Los tiroteos con metralletas de balas tan grandes que destapan cráneos como latas de atún, los colgados, las balas perdidas que encuentran sin querer a algún transeúnte.

No quise prolongar el momento. Cerré la puerta tras de mí y supe sin ver que mamá estaba en la ventana, con su rostro angustiado que poco a poco iba cubriéndose de las huellas de los gestos que más le gustaba practicar. Estaba tras la cortina, despidiéndome hasta donde sus ojos pudieran alcanzarme, como si su mirada fuera un amuleto de protección de algo. O quizás creía que me vería por

* De "Helen of Troy does countertop dancing", (Margaret Atwood)

última vez. Hay días en que amanece más pesimista que en otros. Deseé de todo corazón que volviera a la cocina, se preparara algo para beber, té, una copa de vino, lo que fuera, y se perdiera en el mundo de la telenovela nocturna para que dejara de pensar en mí.

Comencé a caminar: era una noche como cualquier otra en la ciudad. Por la avenida circulaban sólo algunos vehículos y uno que otro camión del transporte público. Escuché en la lejanía las sirenas de las ambulancias y patrullas, y no pude sino pensar en lobos. Lejos, el ruido de disparos, sólo por unos segundos, que me recordaron a una bolsa de palomitas explotando en el horno de microondas. No me inmuté: todo aquello se escuchaba en la distancia. No tardaría en llegar el ejército y todo quedaría en calma por algunos días. Yo, al igual que muchos otros en Tampico, me manejaba por aquella lógica del rayo que no vuelve a caer dos veces en el mismo lugar. De acuerdo con eso, no había momento más seguro en la ciudad que tras una balacera. Pensé que tal vez Pablo me llevaría al cine si le insistía lo suficiente. Miré mi reloj: podríamos alcanzar la última función.

Al avanzar, los olores de la calle iban mutando: orines que emanaban de las paredes, intermitentes como el olor a comida frita que salía de alguna casa. Lo único constante era el hedor de los mangos en proceso de putrefacción que se levantaba de las banquetas. Una nube de mosquitas fruteras se dispersó momentáneamente para evitarme y luego volverse a posar sobre la fruta, como buitres. Hacía calor. En el puerto, la presencia del sol parece no tener que ver con la temperatura: siempre hace calor. Es como si viviéramos arriba de un volcán activo. Levanté los hombros y aspiré profundamente sólo para sentirme viva. Estaba contenta. Le llamé a Pablo para decirle que iba camino al departamento. ¿No podía escaparse un rato para estar conmigo? Él vive con su esposa en una casa grande y bonita en una colonia "bien". Así lo diría mi madre. Tampoco es que el departamento sea una "casa chica" a donde lleva "cierto tipo de mujeres". Ésa es también una frase materna, una que siempre dirige hacia otras mujeres con desdén: por eso se le atora tanto que su propia hija se haya convertido en una. Ese departamento estaba antes de mi entrada en escena y seguro estará cuando yo sea historia. No soy de las que se hacen ilusiones de que el amante deje a la mujer e hijos. Es más: no me apetece ocupar el lugar de la esposa. Pensé en mi madre: las esposas tienen que encargarse no sólo de las comidas, la ropa limpia y planchada, y de mantenerse atractivas: también tienen que preocuparse perpetuamente por los devenires venéreos de sus cónyuges y los de sus hijas también. Demasiada presión. ¿A qué horas viven?

Pablo me contestó que él pasaba por mí, que no saliera sola. A mi madre le daría gusto oír aquello. Dijo que iría a recogerme en cuanto pudiera. No es que le preocupe mi seguridad, lo sé. Él es así, siempre llevando la contraria. Si alguien dice que el calor está insoportable, Pablo alegará que en realidad el clima está bastante agradable. Opera en el principio de la contrariedad a cualquier costo. Creo que más que un hábito, es un instinto. Pero conmigo cede. Es como esas buganvilias frondosas y desparpajadas que se rinden ante los alambres, los clavos de la pared y la poda constante, para dejar de ser arbustos y asumirse como enredadera. Sabes que a mi mamá no le gusta verte por su casa, le dije antes de colgar. No le quedaría más que alcanzarme en el "nido de amor".

Me detuve en la esquina para cruzar. Fue allí que lo vi mirándome tras una cerca de malla metálica, los dedos entreverados en los alambres y los ojos fijos en mis pechos. Cada vez que un hombre me ve así me pregunto si ellos pueden percibir algo

más, algo que yo misma paso por alto, como los perros que pueden escuchar frecuencias inaudibles para los humanos. Giré la cabeza en su dirección para que supiera que yo sabía que me observaba. Era un chico moreno, delgado, tatuado en los brazos desnudos. No quise encasillarlo en ningún estereotipo, pero no dejaba de mirarme con malicia: una sonrisa privada, un aire de superioridad que me punzaba la piel. Tuve miedo, pero no me permití demostrarlo. No era posible que una mirada fija pudiera tener ese efecto en mí, una mujer adulta y, en teoría, capaz de cuidarse a sí misma.

El tipo parecía un violador, así tal cual como vendría su foto en la enciclopedia bajo la palabra "violador": la encarnación del lugar común de los abusadores de mujeres. Atendí a mis instintos: enderecé la espalda, apreté todos mis músculos y crucé la calle con rapidez para alejarme de él. Él

brincó la malla y cayó en la banqueta con un ruido seco: paf. Algo dentro de mí se constriñó. No es un chico, es un hombre. Los hombres son capaces de hacer mucho daño. Seguí caminando, pero podía sentirlo a unos cuantos metros tras de mí, haciendo una especie de eco con sus pasos. Su sombra se solapaba con la mía y quise poner distancia. Mis piernas comenzaron a tensarse a medida que yo intentaba ir más rápido, pero él era más alto que yo y cada zancada suya lo ponía más cerca de mí. Me quité el sudor de la cara y apreté mi celular dentro del bolsillo del pantalón: aceleré mis pasos casi hasta el punto de trotar. Mi corazón latía de prisa y me costaba mucho respirar.

¿A dónde tan sola, güerita?

Allí estaban las palabras que nunca quise escuchar de un extraño por la noche. El tono era coqueto y arcaico, casi cómico, como de Cantinflas en una de sus películas. No me sentí Caperucita Roja, sino Caperucita Estúpida por no hacer caso a los consejos maternos ni aceptar la protección del amante; en un segundo me vinieron a la mente las notas de los últimos días en los periódicos. Mi garganta ardió cuando tragué mis lágrimas. Siempre pensé que en un momento de peligro sabría qué hacer y haría justamente eso, lo correcto, lo procedente, lo necesario para salir ilesa. Pero ante sus palabras, todo mi ser pareció congelarse. Tal vez le adjudiqué demasiada importancia a las palabras, tanto que la realidad dependía de ellas. Si uno decía las cosas, aquello que uno decía se volvería verdad. Por eso yo pensaba que el amor nacía de las palabras: uno las enunciaba las veces necesarias, las nombraba todos los días, y las aventaba al otro, a su tierra húmeda, como semillas, y el amor brotaba irremediable del corazón, y permanecía intacto mientras las palabras siguieran fluyendo, como agua. Ese hombre había sugerido acompañarme y ahora estaba a mi lado. ¿Cómo hacer para que se desdijera?

Él se emparejó conmigo y se ajustó a mi paso que se hizo más lento: ya no tenía sentido tratar de huir, y yo necesitaba recuperar el aire. Lo miré de cerca: parecía joven, de unos veintitantos quizás. Era muy alto y de su camiseta sin mangas asomaban unos brazos morenos y musculosos. Desde lejos había notado que tenía tatuajes, pero ahora veía que eran dragones, calaveras, cuchillos y cicatrices falsas que salían por debajo de la ropa y trepaban por su cuello hasta llegar a un cráneo rapado. Me volví a él intentando leer sus intenciones, pero lo que vi fue un rostro con lentes oscuros, una sonrisa asimétrica y socarrona. No era feo en realidad: me recordó a uno de esos raperos norteamericanos que siempre están en problemas con la ley y tienen a las mujeres más guapas tendidas a sus pies. A veces golpeadas, pero incapaces de dejarlos. Había algo en su manera de caminar, como si tuviera ya medida la violencia del mundo y la suya propia: estaba en control.

Voy a mi casa con mi esposo, le dije sin mirarlo, tal vez esperando que el invocar un estado civil pudiera protegerme de algún modo.

No tienes cara de casada. Se rió.

Vi que en su cuello y en la cara tenía varios lunares oscuros, abultados, como garrapatas bien alimentadas. Pensé en Pablo allá en su casa, con su esposa y sus hijos, tratando de sacarse una excusa de la manga para salir a esa hora y verse conmigo. Su mujer estaría cocinando, con ese cuerpo lonjudo y su pésimo maquillaje, y lo miraría incrédula. Supongo que no siempre fue fea; no la culpo por eso. Él me ha contado que su vida sexual está muerta: ella no le perdona a su cuerpo los defectos de la edad y por lo mismo, ha decidido jubilarse de la monserga del sexo. Igual, ella no debería culparme por ser el amor de su marido: él me necesita. A veces me sorprende saber cuánto me ama. No es sólo que yo sea quince años más joven, bonita y siempre dispuesta a todo. Hay miles de chicas así y él es un hombre bien parecido que podría tener a la que fuera. Pero me pertenece a mí. Quizá sea algo especial que tengo o bien, algo que me hace falta, y por eso les gusto tanto a los hombres. Junto a Pablo me siento fuerte, capaz de todo, como un dios todopoderoso que sostiene un puñado de gente en la mano y que podría aplastarlos si quisiera. Pero ahora él no está aquí.

Llegamos hasta un hospital. Un doctor joven se quitó la bata apresuradamente antes de cruzar la calle. De un tiempo acá los narcos levantan doctores afuera de los centros de salud para obligarlos a curar a sus heridos. Mala suerte para los que usan batas blancas y no pueden coser heridas o sacar balas. El médico pasó apresurado junto a mí y al hombre que me seguía, pero no dio señales de habernos visto. Al poco se perdió en la oscuridad y el mal alumbrado de la calle.

Yo podría haber pedido ayuda, pero no lo hice. El doctor habría corrido solamente. Que cada quien se rasque con sus propias uñas. De alguna manera, la humillación de ser rechazada en mi necesidad era algo con lo que no podría lidiar en ese momento. Saqué mi celular y apreté el botón para llamar al último número marcado. Pero mi seguidor fue más rápido y lo arrebató de mis manos. Alcancé a escuchar la voz de Pablo diciendo mi nombre un par de veces, en tono inquisitivo, antes de que el aparato se estrellara contra el pavimento. No iba a robarme entonces: mi celular era nuevo, un regalo de Pablo, y podría haberse vendido muy bien. Había tenido todo el tiempo del mundo para quitarme la bolsa e huir, y no lo había hecho. Una culebra de sudor frío bajó por mi columna vertebral. Estaba viviendo una pesadilla, pero no habría forma de despertarme y correr al cuarto de mis padres en busca de refugio y consuelo.

La calle estaba sola por demás y pensé en las cuadras que faltaban para llegar al departamento. ¿Cinco, seis? El tipo se detuvo también y escuché su respiración: podía sentir su mirada sobre mí. Creo que disfrutaba con mi angustia, con mi terror. Pensé en los sueños en los que necesito correr y mis piernas se quedan paralizadas. Me acordé que mi abuela decía que las mujeres que usan ropa sexy están buscando sonsacar a los hombres y deben atenerse a las consecuencias. Es que ellos no pueden evitarlo. Yo me arreglé para Pablo, que adora mi cuerpo y que dice que su mujer se ha descuidado mucho. Juro que no era mi intención provocar a este hombre, ni a nadie. Yo no me lo busqué. Yo no fui pasiva. Lo juro, de verdad; al contrario, intenté huir.

En cierto momento en que pensé que el hombre no lo esperaba, comencé a correr en dirección al lugar donde Pablo me estaría esperando preocupado porque no podía localizarme ya por teléfono. Corrí tan rápido como mis pulmones y músculos permitieron. No sé cuántas cuadras fueron: no tenía pensamientos, sólo sensaciones. Pero él arrancó tras de mí: yo era la cebra más lenta de la manada y él un león que se tomaba su tiempo para perseguirme. No tuvo problemas para alcanzarme. Me tumbó y mi cara golpeó el pavimento al mismo tiempo que mi torso.

Cuando desperté, él estaba moviéndose arriba de mí, empujando mi cuerpo contra el suelo. El dolor me recorría de punta a punta. Sentí piedras encajándose en mi espalda: abrí los brazos en cruz y toqué tierra y malezas. A pesar de la oscuridad pude darme cuenta de que me había llevado a un terreno baldío. Cargué los puños de tierra e intenté lanzársela a la cara, como vi alguna vez en una serie de televisión, pero él fue más rápido y me golpeó la cara. Mis manos se abrieron y se posaron en mi rostro: sentí la sangre resbalar caliente por las mejillas, mis palmas pegajosas de sangre y polvo.

Vi que yo estaba completamente desnuda y él tenía los pantalones abajo. Me sentí diminuta, me sentí nada: él puso una de sus manos enormes alrededor de mi cuello y con la otra sujetó las mías contra el suelo. Grité y en seguida sus dedos apretaron con fuerza mi garganta. No tuvo que decirme nada: me callé, cerré los ojos y me quedé percibiendo sus movimientos frenéticos, cómo entraba y salía de mi cuerpo lastimándome cada vez. Estaba reducida. Apenas estaba presente en la escena. Aquella mala suerte, aquella maldad, aquella indefensión mía, me volvieron nada.

Yo no había conocido hasta ese día el poder que se ejerce tan puramente a través de la fuerza, así de brutal que no necesita de las palabras. Como aquella primera vez que mi mamá me llevó al mar. Yo, nacida entre la tierra y el desierto, no tenía idea del terror y de la fascinación que el océano provoca, hasta ese día en que lo sentí lamiéndome los pies. Dicen que ahogarse es doloroso: aquel hombre me estaba ahogando y quise morir pronto, que eso acabara ya, como fuera, pero que no siguiera.

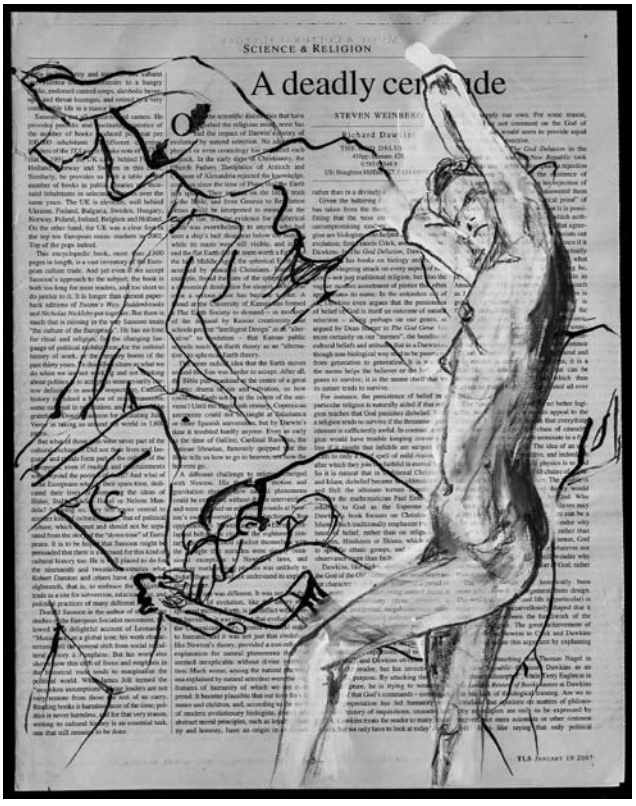
De pronto, él dio un gemido apenas audible, como si violarme no hubiera sido la gran cosa, y se detuvo. Se despegó de mí y subió sus pantalones. Mientras se los abrochaba, sonreía para sí mismo. ¿Lo hacía todos los días?

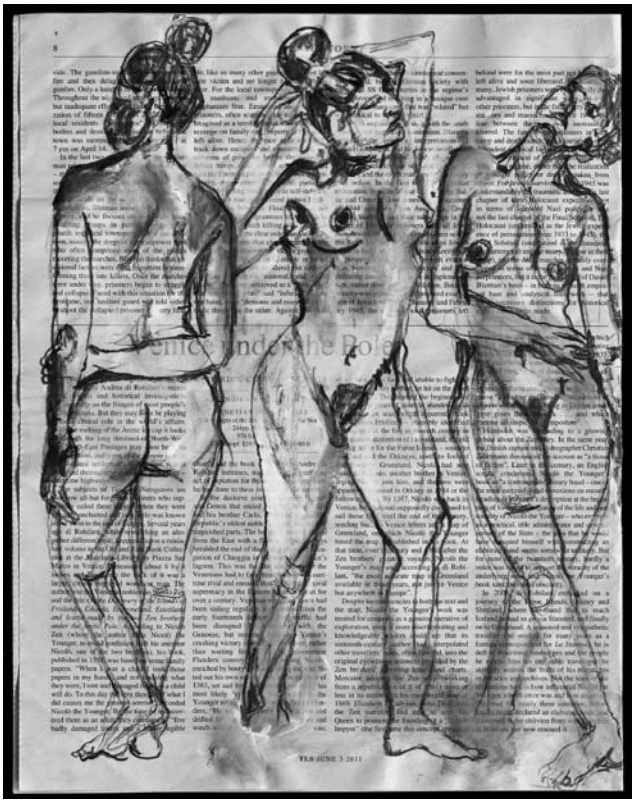
Miré aquella sonrisa idiota: comprobé que todos los hombres la tienen después de eyacular, no importa si es por amor o por rutina o por la fuerza. Si tuviera un cuchillo cortaría su cuerpo como si fuera un melón y le sacaría rebanadas. Partirlo y probarlo y hacerle mucho daño. Pero se fue sin dedicarme ni una mirada más y se perdió en la oscuridad.

Yo me quedé tendida allí, desnuda como un sándwich de carne que alguien ya no quiso.

FICTION
Find the stan
M. JOHN HARRIS
Deep in
TLS FEB 20 2009
—22—

ART HISTORY
9
TLS MARCH 16 2012


SCIENCE & RELIGION
A deadly cen de
STEVEN WEINBERG
TLS JANUARY 19 2007


TLS JUNE 3 2011

Mujer que escribe (“Frágil NO TOCAR”)

Breve muestra de moridero a través de fichas biográficas

Amaranta Caballero Prado

#1

Nombre: Delmira Agustini.

Ocupación: Poeta y activista feminista.

Nacionalidad: Uruguaya.

Fecha de muerte: 6 de julio, 1914.

Edad: 27 años.

Lugar de muerte: Montevideo.

Últimas palabras: “Yo muero extrañamente… No me mata la Vida, no me mata la Muerte, no me mata el Amor; muero de un pensamiento mudo como una herida…”.

Causa de muerte: Asesinada por su ex-esposo.

#2

Nombre: Antonieta Rivas Mercado.

Ocupación: Escritora y promotora cultural. Mecenas importante en el ámbito cultural de inicios del siglo XX. Precursora del feminismo mexicano.

Nacionalidad: Mexicana.

Fecha de muerte: 11 de febrero, 1931.

Edad: 31 años.

Lugar de muerte: París.

Últimas palabras: “He decidido acabar… estoy segura de que él no volverá a sentirse ligado con nadie tan íntimamente como lo ha estado conmigo. Sé que no renegará de mí, ni siquiera con motivo de mi suicidio…. Entonces se enternecerá y no podrá olvidarme jamás: me llevará incrustada en su corazón hasta la hora de su muerte. Terminaré mirando a Jesús; frente a su imagen, crucificado… Ya tengo apartado el sitio, en una banca que mira al altar del crucificado, en Nôtre Dame. Me sentaré para tener la fuerza para disparar. Pero antes será preciso que disimule. Voy a bañarme porque ya empieza a clarear”.

Causa de muerte: Suicidio con el revólver de José Vasconcelos. Luego de haber sido enterrada en México, a los pocos años sus restos fueron arrojados a la fosa común.

#3

Nombre: Marina Tsvietáieva.

Ocupación: Poeta.

Nacionalidad: Rusa.

Fecha de muerte: 31 de agosto, 1941.

Edad: 48 años.

Lugar de muerte: Elabuga.

Última palabra: “Mordovia”. (Única palabra escrita en el cuadernito encontrado en su abrigo. Mordovia refiere a la ciudad a donde enviaron a su hija a realizar trabajos forzados.)

Causa de muerte: Suicidio, por ahorcamiento.

#4

Nombre: Virginia Woolf.

Ocupación: Escritora.

Nacionalidad: Inglesa.

Fecha de muerte: 28 de marzo, 1941.

Edad: 59 años.

Lugar de muerte: Río Ouse, Susex, Inglaterra.

Últimas palabras: "I feel certain now that. I'm going mad again. I feel we can't go through another of those terrible times. And I shan't...I begin to hear voices".

Causa de muerte: Suicidio, por ahogamiento.

#5

Nombre: Concha Urquiza.

Ocupación: Poeta.

Nacionalidad: Mexicana.

Fecha de muerte: 20 de junio, 1945.

Edad: 35 años.

Lugar de muerte: Ensenada, Baja California Norte.

Últimas palabras: "Y...el reino de dios, vino a su boca".

Causa de muerte: Suicidio, por ahogamiento.

#6

Nombre: Sylvia Plath.

Ocupación: Poeta.

Nacionalidad: Estadounidense.

Fecha de muerte: 11 de febrero, 1963.

Edad: 30 años.

Lugar de muerte: Londres.

Últimas palabras: "There should be a ritual for being born twice, patched, repaired and with the okay to return to the road".

Causa de muerte: Suicidio, con gas butano.

#7

Nombre: Violeta Parra.

Ocupación: Cantautora, compositora, artista.

Nacionalidad: Chilena.

Fecha de muerte: 5 de febrero, 1967.

Edad: 49 años.

Lugar de muerte: Santiago de Chile.

Palabras en entrevista: "Me falta algo no sé qué es. Lo busco y no lo encuentro. Seguramente no lo hallaré jamás".

Causa de muerte: Suicidio, con revólver.

#8

Nombre: Alejandra Pizarnik.

Ocupación: Poeta.

Nacionalidad: Argentina.

Fecha de muerte: 25 de septiembre, 1972.

Edad: 36 años.

Lugar de muerte: Buenos Aires, Argentina.

Últimas palabras: "No quiero ir nada más que hasta el fondo".

Causa de muerte: Suicidio, por intoxicación con 50 pastillas de seconal sódico.

#9

Nombre: Eunice Odio.

Ocupación: Poeta.

Nacionalidad: Costarricense, guatemalteca y mexicana.

Fecha de muerte: 23 de marzo, 1974.

Edad: 54 años.

Lugar de muerte: Ciudad de México.

Palabras:

"... Cómo voy a ser ya,
niña en tumulto,
Forma mudable y pura,
o simplemente, niña a la ligera,
divergente en colores
y apta para el adiós
a toda hora".

Causa de muerte: "Incierta". Fue encontrada en la tina de su departamento nueve días después del deceso.

#10

Nombre: Anne Sexton.

Ocupación: Poeta.

Nacionalidad: Estadounidense.

Fecha de muerte: 4 de octubre, 1974.

Edad: 46 años.

Lugar de muerte: Boston.

Palabras: "Balanced there, suicides sometimes meet,/ raging at the fruit, a pumped-up moon,/ leaving the bread they mistook for a kiss,/ leaving the page of the book carelessly open,/ something unsaid, the pone off the hook/ and the love, whatever it was, an infection".

Causa de muerte: Suicidio con monóxido de carbono.

#11

Nombre: Rosario Castellanos Figueroa.

Ocupación: Escritora, ensayista, diplomática. Símbolo del feminismo latinoamericano.

Nacionalidad: Mexicana.

Fecha de muerte: 7 de agosto, 1974.

Edad: 49 años.

Lugar de muerte: Tel Aviv, Israel.

Palabras: "Hombrecito, ¿qué quieres hacer con tu cabeza?
¿Atar al mundo, al loco, loco y furioso mundo?
¿Castrar al potro Dios?
Pero Dios rompe el freno y continúa engendrando
magníficas criaturas,
seres salvajes cuyos alaridos
rompen esta campana de cristal".

Causa de muerte: Se dice que fue un "desafortunado accidente doméstico". Murió electrocutada en su departamento mientras era embajadora de México en Israel.

#12

Nombre: Nahui Ollin (María del Carmen Mondragón Valseca.)

Ocupación: Poeta, pintora y modelo.

Nacionalidad: Mexicana.
Fecha de muerte: 23 de enero, 1978.
Edad: 84 años.
Lugar de muerte: Ciudad de México.
Palabras escritas a los diez años: "Soy dichosa y no lo soy: ¿Por qué no lo soy? No soy feliz porque la vida no ha sido hecha para mí. Porque soy una llama devorada por mí misma y que no se puede apagar; porque no he vencido con libertad la vida teniendo el derecho de gustar los placeres, estando destinada a ser vendida, como antiguamente los esclavos, a un marido. Protesto a pesar de mi edad por estar bajo la tutela de mis padres".
Causa de muerte: Neumonía por vivir en la indigencia y soledad absoluta.

#13

Nombre: Theresa Hak Kyung Cha.
Ocupación: Escritora y artista.
Nacionalidad: Coreana.
Fecha de muerte: 5 de noviembre, 1982.
Edad: 31 años.
Lugar de muerte: Nueva York.
Palabras: "She waits inside the pause. Inside her. Now. This very momento. Now. She takes rapidly the air, in gulfs, in preparation for the distances to come. The pause ends".
Causa de muerte: Violada y asesinada por Joe Sanza, guarda de seguridad y violador serial. Sucedió justo una semana después de la publicación de "Dictee", la obra hipertextual más importante de Cha.

#14

Nombre: Ana Mendieta.
Ocupación: Artista, pintora, videoartista, escultora. La violencia de género fue uno de los temas principales en su obra.
Nacionalidad: Cubana.
Fecha de muerte: 8 de septiembre, 1985.
Edad: 36 años.
Lugar de muerte: Nueva York.
Palabras: "Mi arte se basa en la creencia de una energía universal que corre a través de todas las cosas [...]. Mis obras son las venas de la irrigación de ese fluido universal. A través de ellas asciende la savia ancestral, las creencias originales, la acumulación primordial, los pensamientos inconscientes que animan el mundo. No existe un pasado original que se deba redimir: existe el vacío, la orfandad, la tierra sin bautizo de los inicios, el tiempo que nos observa desde el interior de la tierra. Existe por encima de todo, la búsqueda del origen".
Causa de muerte: Caída desde su apartamento en un piso 34. Se describe como un "posible accidente". No hay testigos sin embargo, su esposo el escultor Carl Andre fue juzgado y absuelto del cargo de asesinato. Los vecinos dijeron haber escuchado discutir a la pareja violentamente antes del "suicidio" argumentado por él.

#15

Nombre: Nellie Campobello (Francisca Moya Luna).
Ocupación: Escritora, coreógrafa y bailarina.
Nacionalidad: Mexicana.
Fecha de muerte: 9 de julio, 1986.
Edad: 85 años.
Lugar de muerte: Ciudad Hidalgo.
Palabras: "Yo tenía los ojos abiertos, mi espíritu volaba para encontrar imágenes de muertos, de fusilados; me gustaba oír aquellas narraciones de tragedia, me parecía verlo y oírlo todo. Necesitaba tener en mi alma de niña aquellos cuadros de terror, lo único que sentía era que hacían que los ojos de mamá, al contarlo, lloraran." (De su novela ícono de la revolución mexicana: *Cartucho)*.
Causa de muerte: Secuestro.

#16

Nombre: Digna Ochoa y Plácido.
Ocupación: Abogada defensora de los derechos humanos en México.
Nacionalidad: Mexicana.

Fecha de muerte: 19 de octubre, 2001.

Edad: 37 años.

Lugar de muerte: Ciudad de México.

Palabras: "Conozco la realidad, me importa y actúo".

Causa de muerte: Asesinato. A pesar de las evidentes pruebas de violencia y homicidio con revólver, la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal argumentó una tesis de suicidio y dio por terminada la investigación. Cerró el caso.

#17

Nombre: Susana Chávez Castillo.

Ocupación: Poeta, activista y defensora de los Derechos Humanos.

Nacionalidad: Mexicana.

Fecha de muerte: 6 de enero, 2011.

Edad: 36 años.

Lugar de muerte: Ciudad Juárez, Chihuahua.

Palabras: "Ni una muerta más". (Frase de Susana Chávez que utilizan varias organizaciones civiles que luchan por esclarecer los feminicidios en Ciudad Juárez.)

Causa de muerte: Asesinada y mutilada.

#18

Nombre: Regina Martínez.

Ocupación: Periodista.

Nacionalidad: Mexicana.

Fecha de muerte: 28 de abril, 2012.

Edad: 48 años.

Lugar de muerte: Jalapa, Veracruz.

Palabras de Guillermo Manzano: "Después de sus exequias supe quiénes la habían matado: [...] los editores y dueños de periódicos que confundieron convenios publicitarios con docilidades ante el poder [...] los reporteros que extendieron la mano para recibir el chayote".

Causa de muerte: Asesinato, por golpes y estrangulamiento.

#19

Nombre: Barbara "Bobbi" Salinas Norman.

Ocupación: Escritora, activista chicana, maestra.

Nacionalidad: Estadounidense.

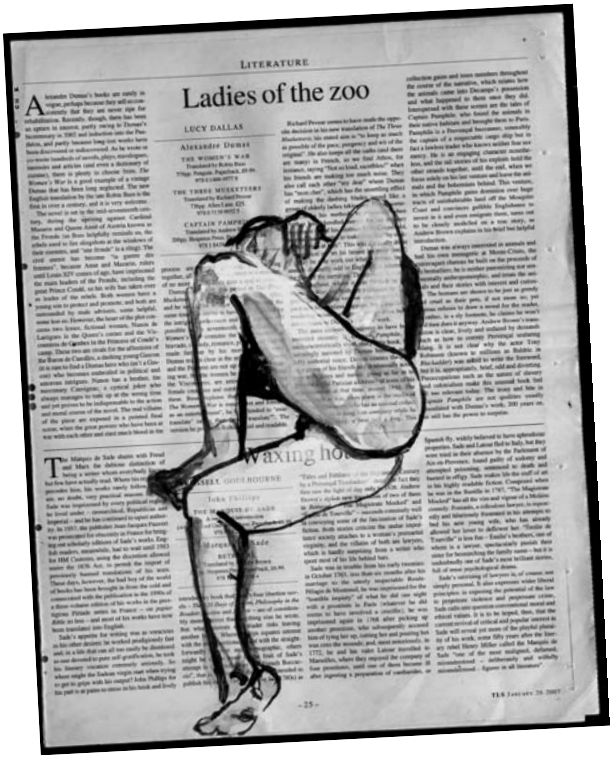
Fecha de muerte: 13 de mayo, 2013, (salió la nota en periódicos.)

Edad: 70 años.

Lugar de muerte: Santa Fe, Nuevo México, Estados Unidos.

Imágenes en uno de sus cuentos para niños: "Los tres cerditos vestían trajes, texanas y guayaberas. La forma tradicional de vestir de los hombres en México. Incluía tortillas y maíz asado".

Causa de muerte: Se dice que fueron causas naturales. Descubrieron su cuerpo momificado entre las pertenencias de su departamento. Se calcula que murió un año antes.


LITERATURE

Ladies of the zoo

LUCY DALLAS

Berta en las aguas

Melissa Cardoza

Sagrada sal de nuestras luchas
Lluvia sobre las milpas
Fresas esparcidas en todas las manos
Vida toda, Berta, compañera

Qué sabrá el asesino de la luz de su esperanza
No podrá el cobarde asomarse a la utopía ni en palabras
Muchos siglos tendrán para pagar esta muerte
Y ojalá se les pudra el agua en la garganta

Alto es el río Gualcarque entre las montañas
Ruge su furia y cimbra su amenaza
Acá venimos dolientes, llorosas, heridas
Lastimadas ante lo inconcebible de sus flores marchitadas
Venimos a su cauce
Nosotras, sus hermanas rotas por la hora mala

Bertica nuestra, Berta de las aguas
El odio de los hombres que tanto nos señalan
No pueden con tanta belleza, con tanta fuerza y gracia
Por eso matan. Por eso matan. Por eso matan.
No saben de esta venganza nuestra de ser libres
Y no cambiar la rebeldía por nada
Lágrimas al río
Muchas lágrimas

Es hora de la muerte, del duelo, la desventura
Mal hacemos en negar la pena y su estocada
Convocamos al fuego, a la tierra, al lamento
Refresque el agua este manto de tristeza... y tanta ¡¡

No perdonamos ni olvidamos Bertita
Mire que el amor alcanza para maldecir el mal
donde quiera que se agacha
no escucharemos el olvido al que nos llaman
Damos la bienvenida con su nombre
a todas las mujeres malversadas
a los cuerpos mutilados por la misma dura mano
que a usted la asesinara.
Lavamos en este río las heridas de las que nos faltan

Que vengan los hipócritas de siempre
 con sus papas, sus pastores y políticos
sus blancos derechos humanos
y toda la comparsa
Que hagan sus monumentos de basura
Y muestren las sonrisas ensayadas
Nosotras, compita, ofrecemos aquí nuestra antigua rabia
La que venimos atesorando por siglos
A veces llenas de fuerza, a veces desangradas.
Nosotras mismas nos haremos justicia

Que aquí quede su huella
Que los llantos del mundo nos acompañen
Desde todas las lenguas y las aldeas remotas
Que alcanzaron a entender su prosa libertaria
Que brinque el duende feliz
y canten las niñas lencas al gozo
con su desnudo cuerpo entre las aguas
No es para la envidia, la burla, la desgracia
Que ha de levantarse en cada arroyo y quebrada
la memoria de sus pasos

Desgracia es tener tanta luz
En territorios poblados de avaricia y maña
Nacer entre tanto rufián, esa es desgracia
No vamos a mirar de nuevo el fresco brote del agua en sus pupilas
Berta, hermana,

24 FICTION

Person-hopping

HENRY POWER

What's the story?

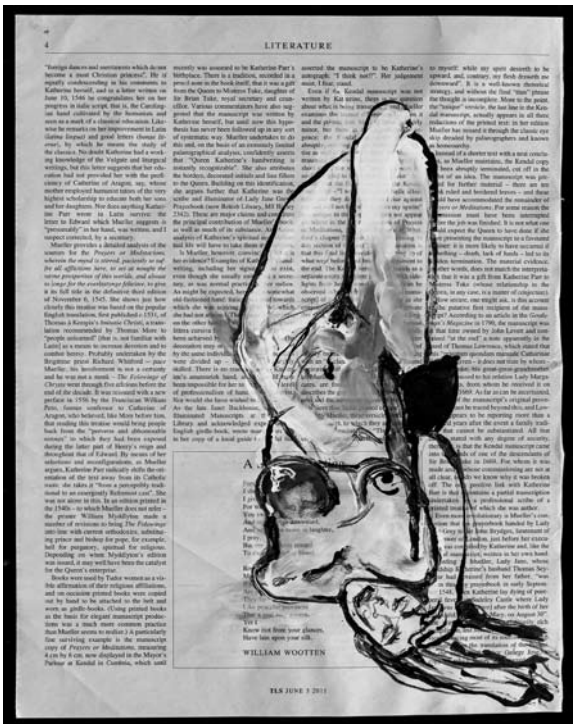
SAM BYERS

Padgett Powell

THE INTERROGATIVE MOOD

EDITH FLANDERS

TLS NOVEMBER 12 2010


4 LITERATURE

WILLIAM WOOTTEN

TLS JUNE 7 2011

No encontraremos más su bolso con papeles
la llamada urgente, el mandadito, las largas manejadas
Las noches ahora son extensas desde la terrible madrugada
pero un día encontraremos el consuelo, compita,
para saber que esto de la muerte es pura papada
que lo nuestro es la vida sin permisos, sin negocios, sin pajas

Un día nos hemos de juntar en algún antiguo sitio de la magia
para empezar de nuevo, Bertica, porque *esto está perro*
pero y cómo, ni que tuviéramos en vez de sangre, horchata
En este marzo de sangre, impunidad y lágrimas
hermana del alma, déjenos hacerle este canto plañidero
entre las piedras frescas del río que amaba
la madre tierra con usted en su cálido vientre
cuánto y cuan fuerte nos jala
acá estamos su pueblo, y la tarea inconclusa
acá, y para todos los tiempos su enérgica llamada

Marzo nefasto de este triste 2016

Zaz

Maya Cu Choc

un machetazo
zaz, otro
zaz, otro

zaz, otro

Y sigo viva
Increíblemente, sigo viva
y veo las caras de todos los que me pegan

y veo las caras de los demás
la boca tapada
los ojos ausentes
queriendo no ver

y sigo viva
yo
queriendo ver

Ahora mi cuerpo se aguada
y ya no siento el dolor
mi boca tapada
oídos abiertos
el zaz final

y mi cabeza cae
y rueda a mis pies y a los pies de ellos

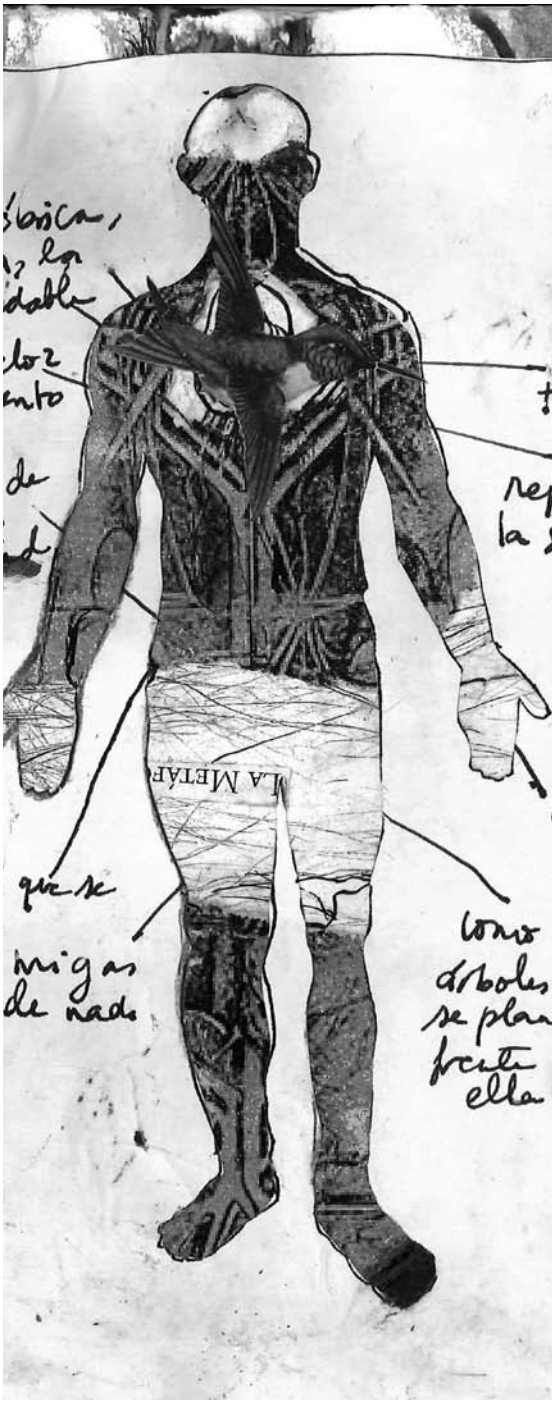
hay sangre hirviendo
pero me fui con mi cabeza rodante
uno la agarró
yo, que tuve un salvaje ancestro
que ofreció el cuerpo de la abuela de mi abuela
a sus dioses eternos
hoy soy sacrificada, de nuevo, sin razón

y mi cabeza queda ahí
ojos abiertos
oídos abiertos
boca tapada

pero aun tiene ganas de gritar
mi boca
y gritará...

Poema

Silvia Cuevas-Morales



Un día te despiertas
y comienzas a quitarte,
—con algo de cautela—
los insultos de encima,
como trozos de corteza.

Te vas desprendiendo la ansiedad
cual finas gasas de seda.
Te arrancas el menosprecio
que se fue incrustando en tus venas.

Te enfrentas al espejo
como si fuera vez primera.
Vistes tu cuerpo con capas de ternura
y con manos temblorosas
preparas la maleta.

Ya no queda tiempo
para arrojar piedras.
Tu voz me estremece
como la de un fantasma
en un sótano olvidado.
Tus añorados besos
ahora me saben a hiel.

Maniatada
y con el verbo amordazado,
espero ansiosa
el sonido del cerrojo,
para echar a correr...

Kaikashu

Eve Gil

Para Pedro Ángel Palou, por el reto,
y a Laura Lara: siempre.

Aunque el templo de Tojei-ki, frente a las playas de Kamakura, cuenta con fabulosas pequeñeces que asombran y enternecen a los turistas que acuden al Festival de las Sakuras en Flor, americanos la mayoría, lo que en verdad los pasma es la visión de la bonza Rei.

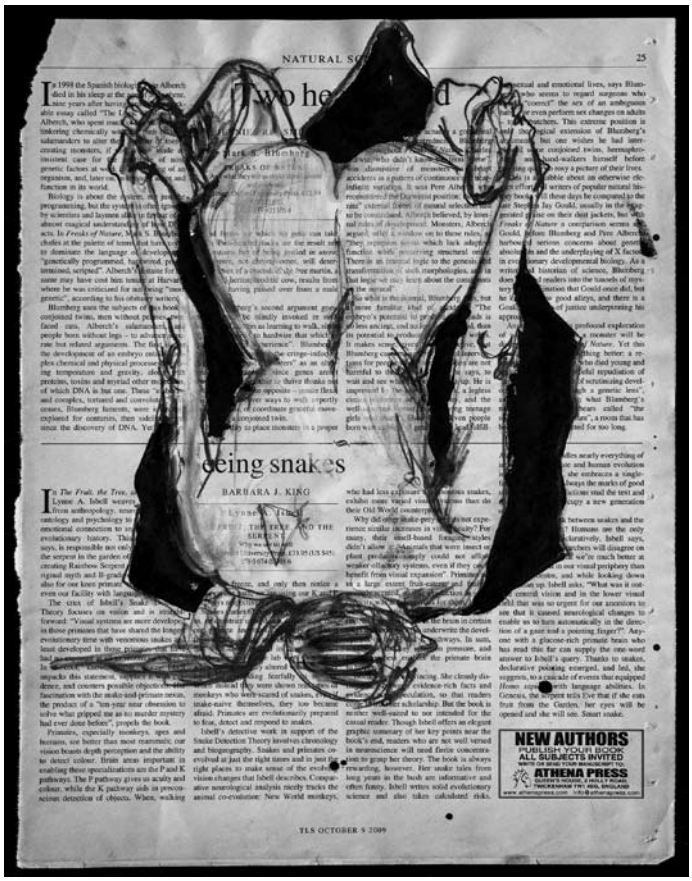
Diez bonzas en total, sin contar a la Abadesa Kadiri. Rei era la neófita, y sustituta de la recién fallecida Akane. Todavía no podía ostentar El Número, pues aunque el nombre de su antecesora tuviera, como el de la propia Abadesa, un significado mundano, descendía también de una antigua casta samurái y era La Una, y La Una era, oficialmente, la kaikashu, asistente en el ritual de seppuku de la abadesa, cargo más bien simbólico desde el siglo XVII, lo cual no exentaba a la elegida de dominar dicho arte con la misma perfección de la caligrafía o el ikebana. Rei estaba siendo entrenada para suceder a Akane algún día, pero, mientras, debía asumir el número Cero ("Rei", en japonés), asignado durante la ceremonia de tonsura (corte de flecos).

El arte de la kaikashu, además de preparar el último sake, consistía en acompañar a su Señora en su hipotética deshonra, durante el largo trance en escribir su *zeppitsu* (poema de despedida y culpa) e incrustarse por sí misma la *naginata,* la larga katana emblemática de los bonzos guerreros, muy cerca del esternón. La kaikashu debía completar la inmolación ejecutando una decapitación precisa y justa del cuerpo agónico de su Señora. Y para lograrlo se requería un largo entrenamiento.

Cuando todavía respondía al nombre que no debe ser pronunciado, la adolescente había sido recibida con cordialidad por parte de las bonzas, incluida Jyuu (Diez) quien fuera su rival de amores en tiempos no lejanos. Para ordenarse, Rei había anulado su compromiso con el mismo joven que ella y Jyuu se habían disputado, y el pobre joven quedó arrastrando los pies por los alrededores. Jyuu, curiosamente, había pasado a convertirse en protectora a ultranza de Rei, cuando con el tiempo las demás empezaron a disponerse contra la recién llegada que tomaba el lugar de la malograda Akane, quien desde niña había sido entrenada para ser la kaikashu, mientras que Rei, a sus casi dieciséis, era muy mayor para aprendiz del cargo más importante después del de la propia abadesa… y además, sangre de ambos ejes de la Madre de Todas las Guerras galopaban por sus venas. Lo poco

de japonesa que en ella había era apenas advertido por un observador en extremo atento. Legalmente era americana. Sus rizos, que parecían desbordarse en todas direcciones, eran tan rubios como negras las lisas cabelleras de las demás. De ahí que los europeos, y muy particularmente sus compatriotas, quedaran boquiabiertos al topársela por primera vez, ataviada con su modesta yukata color violeta.

Cuando los huéspedes dirigían a Rei preguntas o comentarios relacionados con el pacto de amistad entre japoneses y americanos, motivo central de aquella celebración, ella se limitaba a sonreír. La bonza rubia comprendía el inglés, la lengua en que casi todos la abordaban, hasta los propios japoneses. También la lengua nativa, el chino mandarín y el español. Pero de su hermosa boca solo brotaban unos pequeños y blancos dientes.



—¿Por qué no habla la chiquita? —preguntaban, mirando con franca preocupación a la muchacha que podía ser su hija, su nieta, su sobrina —¿Tiene algún problema?

—Rei se impuso voto de silencio. Nadie la obliga. Fue una decisión personal.

Lo cierto es que desde que Rei ocupó su privilegiado lugar entre las discípulas de la abadesa Kadiri, empezaron a suscitarse hechos inexplicables, algunos aterradores. Nadie hablaba de ello abiertamente, pero alguna vez escuchó cuchichear a Hachi, la más joven antes de su aparición: "....acuérdense de lo que le sucedió a Akane. Rei ya estaba aquí cuando todavía no se llamaba Rei y era una turista más. Ella atraía al shinigami...y lo que sucede ahora podría ser una manifestación de desagrado de Kannon por la imposición de alguien totalmente ajeno a nuestra comunidad y a nuestras costumbres".

"Shh, que no te escuche la Abadesa —farfulló Hyaku (Cien), siempre erguida y arrogante. Era incluso mayor que la Abadesa, no demasiado, aunque lo pareciera.

A Rei se le veía apartada del resto. Las únicas con quienes se sentaba a tomar el sol y compartía sus labores de bordado, lo que más le gustaba en el mundo —además de contemplar mariposas y luciérnagas, "y otros bichos", agregaría Hachi —eran Jyuu y la Abadesa. A Jyuu también la mantenían a raya, en su caso, por haber sido objeto de una posesión cuando era la presumida y prepotente heredera de un magnate televisivo de Odaiba, y todas dieron por sentado que se trataba de "el shirigami de Rei".

No, no era un voto de silencio tal cual. Pero Rei y la Abadesa eran las únicas en el mundo que lo sabían. Ni siquiera Jyuu.

Sus familiares y amigos atribuyeron su silencio a un shock post-traumático. No era para menos. Rei ni siquiera echó de menos su voz porque había vivido gran parte de su vida. Solía cantar horrible, todos la hacían callar cada vez que hacía el intento… y además, tras aquel suceso, no quedaba nada por decir. Cuando lo innombrable ocurrió había tratado de gritar, pero recordaba haber expulsado una masa gelatinosa y negra como el petróleo. Antes de perder el sentido tras aquel ataque, creyó escuchar el maullido de un gato en celo o el llanto de un recién nacido. Así lo explicó a la Abadesa en un pliego que incineró apresuradamente. La Abadesa se esmeró en convencerla de que había sido una treta más de su imaginación, y era tal la paz que irradiaba la muchacha, que creía haberlo logrado. Se la veía deambular lenta y reflexiva por los jardines, inclinarse fervorosa cada vez que pasaba frente a la Piedra Sonriente que representaba a Kannon.

20 ARTS

Heralds of warlike Apollo

JONATHAN BARNES

THE EDWIN MELLEN PRESS

Ashraf Marwa
Israel's Most Valuable

TLS NOVEMBER 12 2010

La primera en advertir la nueva presencia sobrenatural en el templo, como de costumbre, fue la abadesa Kadiri. No comentó nada con sus bonzas. No era raro que viera cosas que, la gran mayoría de las veces, pasaban desapercibidas para las demás.

Aunque se trataba de una mujer tan alta y hermosa que dejaba pasmados a cualquiera que la viera por primera vez, Kadiri había alcanzado una edad en que se veía forzada a levantarse de madrugada para descargar la vejiga. Fue durante uno de esos paseíllos nocturnos que escuchó con claridad el tarareo infantil de una tradicional nana japonesa —*Sakura, Sakura*—, y aquella era una de esas raras noches en que el insomnio parecía erradicado del recinto y podía escucharse el rumor de las sedas girando sobre los futones, tal era el silencio.

Allá, a lo lejos, acurrucada en la piedra que representaba a Kannon y de espaldas a la entrada del pabellón de las bonzas, la divisó encogida como un feto y entregada a lo que parecía ser una labor de costura, aunque la trémula torpeza con que manipulaba la aguja no correspondía a la destreza que caracterizaba a Rei, a la que todos buscaban para remiendos urgentes. Conforme la Abadesa se acercaba, la pequeña figura parecía encorvarse más y más, a tal grado que Kadiri casi temió verla desaparecer. Apuró el paso. En contraste con la disminución de la presencia, su pavoroso canturreo asimilaba la rabia que le producía su duelo con la aguja.

—Rei…

Kadiri tocó su hombro y sus dedos largos y algo huesudos traspasaron la materia negra y viscosa. No le fue posible sacarla por más que lo intentó. El tarareo se transformó entonces en un llanto átono, más semejante al de una cría vestal que al de una niña. Quiso gritar…

Despertó a la mañana siguiente tendida sobre el césped húmedo, bajo la impasible y amistosa mirada de Madre Kannon, rodeada de sus bonzas. Lo primero que hizo fue mirarse la mano derecha. Demasiado grande —nunca le habían agradado sus manos... ni sus pies—, pero completa, sin un rasguño. Topó entonces con los ojos amarillos de Rei que la contemplaban con una rara mezcla de angustia y vergüenza.

—¿Llamamos al doctor Moto, Kadiri-sama?— inquirió presurosamente Hachi. La Abadesa se incorporó tan rápido como le fue posible, rechazando todo ofrecimiento de ayuda. Su larga cabellera era como un abrigo color carmelita, por debajo de las pantorrillas —las bonzas no tenían permitido recortarse el cabello mientras no les impidiera caminar— y la había protegido contra un resfriado seguro, pero lucía infestada de hojas ruinosas, en pleno tiempo de sakuras en flor.

No podía creer que se hubiera desmayado: algo indigno de su investidura. Preferible centrarse en la vergüenza para bloquear la desoladora imagen de la niña de lodo que estuvo a punto de tragársela entera. Tenía la disciplina mental para convencerse de que nunca vio ni escuchó cosa semejante y actuó en consecuencia, sin permitir a nadie mencionar aquel hecho inédito.

Un par de semanas más tarde, un grito real y humano hizo retornar del país de los sueños a todas las bonzas, incluida Kadiri, cuyos aposentos eran los más apartados del jardín. Todas se apelotonaron como haría la gente mal educada en medio de un sismo, sin siquiera cubrirse del rocío de abril. Aunque Kadiri hacía como que nada había ocurrido, nadie olvidaba lo sucedido y de algún modo aguardaban a que algo más aconteciera.

Y así fue.

Se encontraron con Jyuu de hinojos ante Madre Kannon, aporreando su frente contra el suelo, con tal violencia que creyeron que el shinigami la había poseído de nuevo. Kadiri se abrió paso entre las empavorecidas mujeres con marcial firmeza y apenas tomó a la bonza por la cabellera, esta se le abrazó a las piernas con expresión desencajada.

—¡La vi!— exclamó Jyuu con la frente llena de lodo y manando sangre —¡Me despertó y me pidió que la acompañara hasta aquí....! ... y luego... y luego...

—¡Respira hondo!... eso es— habló Kadiri, autoritaria —tranquilízate...así...

—Era una niña... —comenzó a decir Jyuu con voz extraña, aflautada— No... no sé cómo entró a nuestro pabellón, pero me picoteó el hombro... aquí... y me desperté...

—Será hija de algún nuevo huésped —sugirió Kadiri, sin perder un ápice de serenidad.

—Estoy segura de que no. Soy muy buena fisonomista, a esa niña no la había visto nunca... ¡Nunca!...

—¿Y cómo era? —porfió Shishi (Siete), una de las más jóvenes.

—Pues... era... parecía... *normal* —intentó explicar, temblando como si la hubieran arrojado a una piscina de agua helada— no podía verla bien por la penumbra... la luz de mi vela solo me permitía advertir que tenía el pelo muy largo... y enmarañado... y ojos grandes... muy grandes y llorosos... sí: lloraba...

—¿Cómo era su voz? —preguntó Kadiri, pero Jyuu no pareció escucharla:

—No hacía más que repetir "ayúdame, ayúdame", mientras me dejaba arrastrar por ella. Era demasiado fuerte para ser tan pequeña. Solo pedía que la ayudara... pero cuando llegamos hasta la Madre Kannon...

—No te detengas —la urgió la Abadesa.

—¡Fue horrible!— Jyuu comenzó a llorar de nuevo, aferrada al obi de su Superiora —La niña

se volvió hacia mí y su rostro era horrible… era como… como una máscara negra… y sus cabellos se erizaron como si la electrocutaran… ¡y gritó!… la vi abrir muy grande la boca pero ese grito brotó por mi boca…

—¡Otra vez el shinigami! —Exclamó Hachi, con los brazos en jarras, dirigiendo ojos como brasas en dirección a Rei, que como de costumbre, trataba de mantenerse a la zaga —Ése… u otro… ¡Y ya sabemos quién los atrae…!

—¡Silencio! —Ordenó Kadiri, con un zapatazo contra el suelo —Ese "problema" ha sido erradicado definitivamente. No se trata de lo mismo. He visto pasar a cientos desde antes que ustedes nacieran… y nadie se ha muerto por eso.

—¡Akane!— se atrevió a corregirla Hachi —Akane la vio y no soportó la impresión…

—Akane tenía un problema congénito del corazón. Estaba destinada a morir joven. No culpes a ningún ser vivo o muerto de esa desgracia. Lo que debemos hacer es recurrir nuevamente al ritual para que esa pobre alma vagabunda logre alcanzar el sitio al que corresponde.

Pero "la niña", como empezaron a denominarla las bonzas, reapareció una y otra vez pese a los milenarios rituales de Kadiri. Se manifestaba siempre de manera distinta, pero la primera impresión que daba, sin excepción, era la de una niña sucia y desgreñada, de enormes ojos húmedos y hambrientos.

La única que no había conseguido verla, o, diría Hachi "la única a la que el nuevo shinigami no ha molestado", era precisamente a Rei.

—Tampoco molesta a los huéspedes —agregó Hachi, tras su propio encuentro con "la niña" que había sido especialmente desagradable pues le había rasguñado la cara, y aunque no se trataba de marcas permanentes, demorarían en desaparecer por completo —¡Seguro confunde a Rei con huésped porque en el fondo, NUNCA ha dejado de ser *una turista*!

—No te sientas culpable, Rei —le pidió la Abadesa, mientras trabajaban solas en la sala de costura —Es probable que estés protegida contra esta clase de manifestaciones…o sencillamente no ha llegado el momento en que te enfrentes a "la niña"… y cuando eso suceda, estoy segura, tú sí comprenderás lo que quiere.

Rei optó entonces por no aguardar más y salir en su busca.

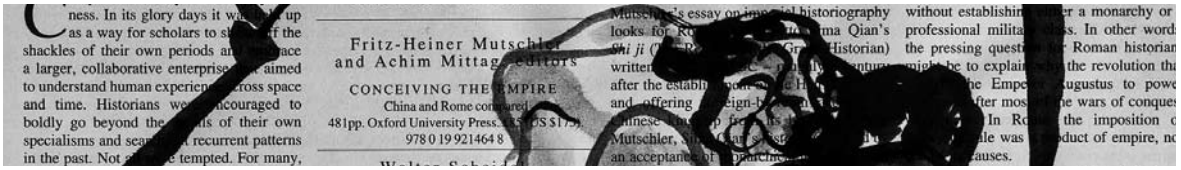
Se calzó las *settas* para producir el mínimo de ruido, se envolvió ceremoniosamente en su chal y avanzó pausadamente hacia el jardín. Lo único que escuchaba era su corazón.

Tal parecía que "la niña" atraía a todas hacia un punto concreto que era la Piedra Sagrada. Sólo a Jyuu se le había aparecido en su aposento, pero por lo general se hacía sentir llorando o cantando muy bajito. Pero todas, exceptuando a Rei, la habían visto y descrito exactamente igual, y en cada caso, "la niña" había sufrido alguna transfiguración espantosa. Jyuu y Hachi era a las únicas que había herido físicamente y eso tenía muy inquieta a Rei pues la primera fue su rival en algún momento, y la segunda no la quería bien.

Durante tres noches consecutivas, Rei salió a encarar al ente cuyo llanto en sordina ya había sido reportado por los huéspedes, aunque ninguno hubiera visto nada. Tratándose de "la niña", Rei parecía sorda, además de muda.

"¿Dónde estás, *kawaii-ko*?, la llamaba con su voz interna, lo más afectuosamente posible pese a la rabia que sentía pues esa niña había incrementado el resquemor contra su persona, ¿quién eres, *kawaii-ko*? Solo quiero ayudarte…

No fue sino hasta la cuarta noche que Rei ni siquiera tuvo necesidad de sentarse por horas junto a la Piedra Sagrada o recorrer el jardín de cabo a



rabo. "La Niña" le salió al paso con una actitud que Rei no supo definir como temerosa o desafiante. O ambas. Una fina y punzante llovizna empezó a salpicarla como si la hubiera traído con ella.

Por primera vez en mucho tiempo, Rei realizó un sincero y sobrehumano esfuerzo por hablar, pero de su garganta no surgía ni un sonido gutural. El esfuerzo le arrancó esas lágrimas sin sonido que se confundían con gotas de lluvia; la misma que azotaba a la niña de la larga cabellera hecha nudos, desnuda y en los huesos, semejante a aquellos niños judíos y rusos que Rei había visto en fotos.

Pero "la niña" no lloraba como hiciera ante las demás bonzas. No le dijo "ayúdame" como a las otras, sino...

—¿Por qué?

Rei hizo el ademán de no comprender. "La niña" prosiguió con voz chillona: —Soy Miu

Rei alzó las cejas con asombro. Sonrió. "Lluvia hermosa", pensó. Con ninguna de las demás se había presentado con un nombre.

Intentó presentarse formando un círculo con los anulares y pulgares de ambas manos, a lo que Miu respondió contrariada: —Ese no es tu verdadero nombre. Nadie te conoce como yo...

Rei dejó caer los brazos, perpleja y agotada. No sabía cómo actuar ante Miu, quien permanecía en actitud defensiva y los ojos anegados de rencor.

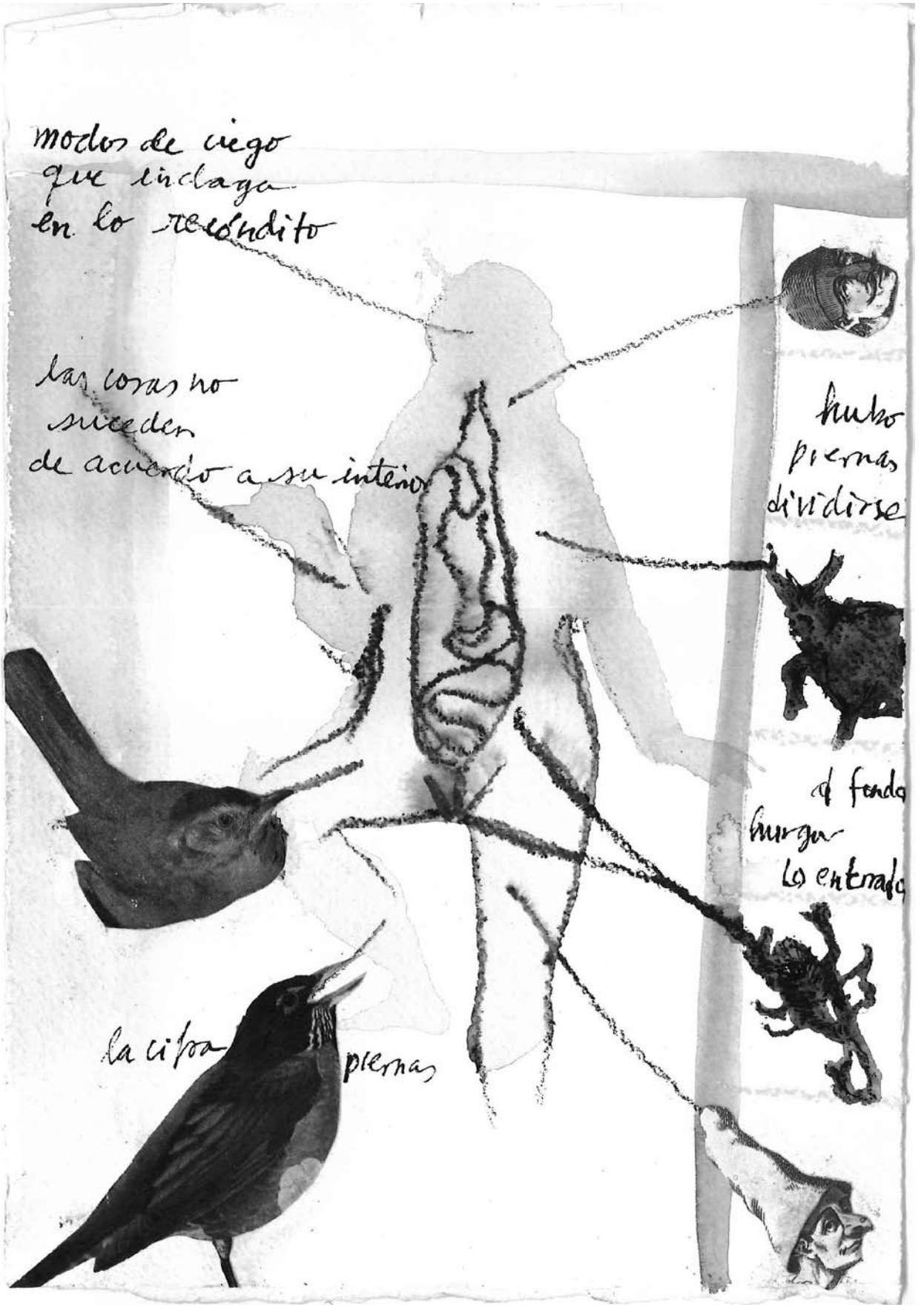
—No me reconoces —continuó hablando Miu con vocecita átona y rumiante —pero entre nosotras no hacían falta palabras. No hablaste hasta que te aburriste de jugar conmigo. Creciste más pronto de lo que se esperaba. Seguí siendo parte de ti. Fui tu lazarillo para expresar tus sentimientos, para externar tus deseos. Nos divertimos tanto juntas... hasta que la rebelión máxima de tu ser me expulsó como posteriormente harías con otros demonios que poblaban tu vida. Pero yo te quería bien... ¿Por qué no me permitiste gritar junto contigo?

Rei parecía haberse convertido en estatua en presencia de Miu. Poco a poco fue reconociendo sus rasgos. Era como mirarse en un espejo trastocado que no refleja tu cara sino lo que vive dentro de ti: esa era ella en realidad.

Pese a que Miu no gritaba al hablar y de la lluvia solo se advertía la fragancia de la tierra mojada, las bonzas tuvieron un despertar sincronizado... como si un gong dentro de sus cabezas las enfilara en marcial orden, encabezadas por la Abadesa Kadiri. Permanecieron de pie en el umbral de la puerta que daba al jardín, contemplando el silencioso enfrentamiento entre la bonza de rizos enlodados por la lluvia y "la niña" cuyas frentes se tocaban: eran exactamente del mismo tamaño.

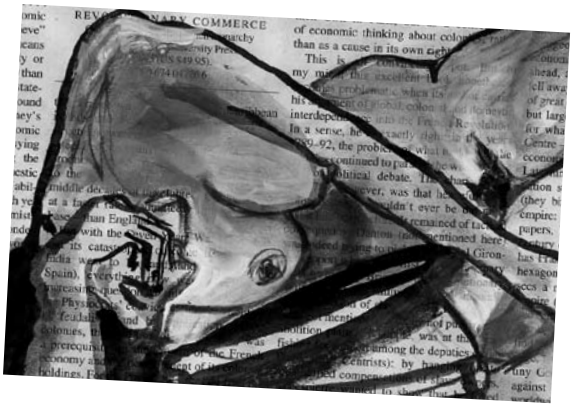
Nadie habló. Algo en aquel encuentro incitaba un respeto casi religioso, incluso por parte de las más reacias a aceptar a Rei. Tras interminables segundos que pudieron ser minutos o una hora entera, las niñas acortaron la poca distancia que las separaba para fundirse en un abrazo eléctrico. Los cuerpos de las bonzas, Kadiri incluida, percibieron aquella corriente y se pusieron rígidas como las cuerdas de una *biwa*.

Aquel silencio de estatuas fue rasgado por el grito suspendido, la noche en que Rei tenía otro nombre y rizos muy cortos y humedecidos por su sangre virginal adherida a las caricias del enemigo, y experimentó tal rabia que se transformó en algo óseo y brillante, de alas tan finas como cuchillas, con una de las cuales cortó la cabeza de su violador rojo y estupefacto... sin más ruido que el legendario silbido del tajo perfecto.


modos de ciego
que indaga
en lo recóndito
las cosas no
suceden
de acuerdo a su interior
hubo
piernas
dividirse
al fondo
hurgar
la entrada
la cipa
piernas

La mirada tan temida

Isabel Hernández



El tren va dejando atrás los suburbios de la ciudad y se abre paso entre los corredores rurales. Las últimas horas han sido de angustias, confusiones y extravíos; cierro los ojos, exhalo profundo y la opresión en el pecho comienza a ceder despacio; poco a poco.

Estoy huyendo. Detrás del vidrio de la ventanilla, veo hileras interminables de viñedos. Pienso en el sur y en el retorno a aquello que nunca debí abandonar.

Me parece que hace mucho tiempo que no soy dueña de mis decisiones, ni siquiera del acto de subirme a este tren.

Sigo huyendo. Debo salir de la capital. No puedo apartar de mi mente la imagen de ese cuerpo inerte sobre las baldosas ajedrezadas del piso, la cara sangrando y los ojos abiertos, los puños apretados. Las baldosas del piso, blancas y negras, brillando bajo todas las luces encendidas de esa maldita cocina. ¿Qué fue aquello, qué vi, qué hice? ¿Fue un crimen de la que soy autora? No lo sé.

Lo sé, pero es mejor mentirme a mí misma.

Ahora sólo me queda seguir huyendo.

Se dibujan en el rectángulo de mi ventanilla las casonas de una villa vieja y esas ruinas desaparecen para dar lugar a los surcos oscuros de una tierra en barbecho. Pero me engaño, no veo, sigo prendida como una libélula de colección al recuerdo de todo lo vivido, el abatimiento reciente, la huida. Quiero adormecerme, quiero que las imágenes del horror se vayan desvaneciendo como sombras que lleguen y partan, cada vez más deslucidas.

Advierto de pronto un roce en la pierna izquierda, me sobresalto, abro los ojos y veo el cuerpo voluminoso de un hombre con un periódico bajo el brazo, inclinándose para sentarse a mi lado. Me acomodo en el asiento y reparo por primera vez en lo que pasa alrededor, el ruido, la gente. Estoy rodeada de otros pasajeros, y pronto va a oscurecer.

La noche suele traerle paz a los penitentes.

Vuelvo a sentir el roce en la pierna y ahora también en el brazo; giro y miro incómoda al viajero de al lado. Me molesta, me atemoriza una presencia tan cercana. El tren aminora la marcha, algunos se levantan, buscan sus abrigos, otros arrastran sus maletas, bajan. El codo del hombre me roza de nuevo, lo repelo sin moverme mucho, pero su brazo se apega más a mí. Lo miro. Es corpulento, ya no es joven, tiene la piel grasosa y es de una blancura

que asquea. Los ojos escondidos tras el grosor de unos párpados grotescos, la nariz hundida. Su perfil es trivial. Las orejas son chicas, casi deformes para el tamaño de su cabeza, el corte de su pelo deja ver la piel arrugada del cuello, esa misma textura lechosa del rostro. Le miro las manos; con la derecha sostiene un lápiz. No lleva anillo en el angular izquierdo, pero me parece verle una línea de mayor claridad en la piel, como de quien hace poco ha dejado de lado un compromiso. Viste una chaqueta pesada de paño azul y unos pantalones grises. No me gustan sus zapatos, son negros, anchos, acordonados, como si fuesen de cartón.

Cruzo las manos sobre la falda, creo que estoy sudando.

Aunque el tipo parece enfrascado en la página de las palabras cruzadas, sé que se fija en mí.

Levanta la vista mientras supuestamente piensa en las letras apropiadas del crucigrama y aprovecha el gesto para mirarme. Hay algo que me atrae en su boca, en la forma, en el contorno de sus labios; es una expresión algo sugerente que me resulta familiar y me atrae. Trato de disimular mis propias miradas; no quiero que él sepa que yo también lo estoy mirando.

Me incomoda la idea de pedírselo, pero necesito el resto del periódico que este hombre ha dejado a un costado del asiento. Quiero saber si ya está la noticia del crimen en los diarios de la tarde. No me atrevo a hablar, estoy todavía muy agitada y me asusta la idea de que el miedo me delate. Al final me decido:

—¿Podría prestarme el diario? Por favor, digo, si no va a leerlo.

—Por supuesto —me lo entrega y se vuelve hacia mí, con una sonrisa—, pero no vas a encontrar nada interesante. Es más atractivo mirar el campo. Sobre todo ahora que anochece y que apagarán las luces.

—¿Qué luces? —atino a decir, arrepintiéndome de inmediato.

—Los focos del techo del vagón, acostumbran a apagarlos en la noche. ¿No viajas mucho en tren?

—No, no.

—Puede ser que sepan que hoy estás viajando y no apaguen las luces —se lanza a reír, confiadamente. Lo miro seria y desdoblo las páginas del periódico.

No consigo concentrarme, no puedo entender ni las letras de los titulares. Tampoco él tiene intenciones de permitirme leer. Comienza a hablarme sin tregua: historias de campo, y ganado cimarrón, y el pueblo que acabamos de atravesar, el último torneo de fútbol provincial, el héroe patrio que nació en las cercanías y un artículo referente al alza del precio del trigo del diario de la mañana. Regresa al tema del campo y el ganado, y continúa con las plantaciones de frutales, hasta llegar incomprensiblemente a unas anécdotas cada vez más escabrosas de romances y de sexo. Lo que narra sin darse respiro es obsceno. Escucho partes de su relato, es una seducción grosera, sin pudor, sin sutileza.

Han apagado las luces y el tren se ha ensombrecido. Sólo la luz pálida de una luna raquítica alumbra el interior del tren. Es de noche, y sigue el vértigo de la fuga, el castigo de no alcanzar la calma. El hombre me mira y sonríe, y me sigue dando temor esa mirada. Cierro los ojos y trato de dormirme. Hay una pausa, un corto silencio.

De pronto pone una mano sobre mis rodillas.

Mantengo los ojos cerrados. Escucho un ruido sordo, el tren frena. Hay un silbato prolongado, tal vez algún animal esté cruzando las vías. Desliza la mano por el muslo. Las ruedas del vagón se detienen en medio de la noche.

—Se paró el tren —dice, aunque enseguida la máquina vuelve a arrancar y vuelve a parar, con movimientos bruscos.

Levanta apenas mi falda con el dorso de la mano.

—Ya no se distinguen bien las hileras. Mejor así, me gusta la oscuridad. Los viñedos no son como los maizales. Me acuerdo que en la casa de mi abuela había maizales. Yo jugaba entre las hileras; me escondía y nadie me encontraba...

Su mano asciende despacio, centímetro a centímetro.

—Me gustan más los viñedos, las hileras son más prolijas, bien derechitas. ¿Has visto que le ponen rosales al comienzo de las filas?

Se me acerca más y más, y respiro su aliento agrio. Pienso en salir corriendo. Tengo que escapar, pero... ¿Y si ya me están buscando?

—Es porque los rosales son más sensibles a algunas plagas. O sea, si las rosas se infectan, de inmediato cubren con pesticidas las viñas. En este valle se producen los mejores tintos, ¿sabías?

Sigue rozándome. Asciende, asciende, toca el encaje del borde de las medias, lo acaricia.

—Hace un tiempo visité una bodega, claro que no era por aquí. Era una de esas bodegas que llaman boutique. Me lo llevé todo, y supe revenderlo. Pude hacer un muy buen negocio y ni te imaginas todo lo que gané.

Su mano húmeda se mueve en mi entrepierna. Tengo que escaparme, huir.

—Me acuerdo que me hicieron probar unos añejos, riquísimos, uno mejor que el otro —la voz suena agitada, entrecortada—. A mí me gusta el cabernet sauvignon. No voy a olvidarme de ese día. Terminé haciendo varios amigos.

Encuentra la línea inferior de mis bragas.

—Era un sábado y hacía frío. Yo estaba trasnochado y pensé que era un sacrificio levantarme temprano.

Frota el nylon de la malla con la palma de la mano, suavemente. Salir, huir, escaparme... ¿Dónde? ¿Cómo?

—Esas cosas que pasan. A veces uno no tiene ganas de viajar tanto para ver unos viñedos.

Los dedos suben, encuentran el ombligo y luego la piel del bajo vientre y bajan, se sumergen.

—Era en abril, después de la vendimia.

Me toca el pubis, el vello crespo; los dedos palpan, se mueven en círculos, lentamente, enrulando los pelos.

—Ese año había sido buena la cosecha. Yo lo sabía, lo había leído en una de esas revistas especializadas...

Su mano llega más abajo y comienza a hurgar con el índice y el dedo mayor. Hay un leve sobresalto.

Abro los ojos y lo primero que tengo delante de mi vista, es su chaqueta entreabierta. Con el temor en la mirada descubro el bolsillo interior izquierdo y allí está, muy cerca de mí... está la parte superior, apenas el borde lateral superior de la placa de la PDI: Policía de Investigaciones.

Lupe, después del viaje
(fragmento)

Silvia Miguens

"El miedo es un camino", dijiste al partir Mariano, "No temas, porque siempre voy a estar respirando cerca de ti, aunque no puedas verme. Lupe, mi Lupe chiquita, no quiero oírte más repitiendo esa mentira. Que no es destierro. No creas ni repitas todo lo que dicen por ahí". Era uno de esos momentos en que el sol, y los últimos calores del estío, calentaban los postigos evaporando las secuelas de uno de esos aguaceros que en Buenos Aires lo anegan todo, arrinconando por la ciudad tufillos varios, cargando el aire de aquel hedor al aceite quemado con que se pincela la madera para que pueda soportar los vientos, las lluvias, el sol ardiente y los quemazones de la pólvora. En días como aquel, durante la siesta, Lupe era presa de la sueñera y la modorra. Aletargadas duermevelas.

La necesidad de continuarse en sueños no le permitía despertar fácilmente. Aun habiéndose reiterado los golpes. Por un instante, creyó que se trataba una vez más de aquel mal sueño que se repetía desde aquel día, durante su infancia en Chuquisaca, cuando los hombres que buscaban al padre Juan Pablo allanaron el convento, y a pesar de que con la hermanita Dominique pudieron escapar después de arrojarlos de cabeza al sótano. Aquel lejano episodio aún la perturbaba con la agitación que todo mal recuerdo provoca.

De nuevo prestó atención a los golpes. Se restregó los ojos. Tal vez haya sido la ventana, se dijo, porque hay amenaza de Pampero. O puede ser de nuevo aquel mal sueño. Aunque el primer golpe parece haber sido contra la puerta, y esos pasos en el corredor no suenan como los de la Negra o los de la abuela Ana María, tampoco como el corretear de Marianito o Micaela. No, esas pisadas no podrían sonar ligeras en sueños ni en pesadillas. Se sentó en la cama. La modorra y los desvaríos quedarían bajo las mantas hasta la noche próxima, como solía bromear con Marianito. Pero aquel estruendo no era juego de niños. Dejó caer las piernas hasta rozar el piso. Abrió los ojos.

De los golpes, ningún indicio. Era tal la quietud del entorno que no pudo ni soltar la respiración. Volvió a cerrar los ojos. Imprescindible para aguzar el oído. Estalló otro golpe, y en el instante preciso en que miró hacia la puerta, ésta se abrió de par en par con una patada. Trastabillando entró un encapuchado, al que le asomaba una coleta crespa del capuz. Al que entró por detrás se le escapó un portazo, a pesar de intentar cerrarla con cuidado.

—¿Señora de Moreno? —preguntó uno fingiendo una voz chillona, pero con la tranquilidad de quien saluda en misa.

Lupe saltó de la cama sin poder evitar la tembladera de piernas. Los hombres alzaron sus armas.

—Mejor se queda quieta y nos da lo que buscamos.

Viendo que la encañonaban, tomó conciencia de que sentía aquella misma sensación de angustia que solía tener al dormir. Se puso la ruana que su madre le había echado por los hombros la madrugada en que, con Mariano, tuvieron que escapar de Chuquisaca. Desde entonces, esa ruana la arropaba en situaciones difíciles. Más que abrigarla, la envolvía, ponía un cerco de amor entre ella y la realidad. La retornaba a la niñez, al resguardo de esa infancia que muy pronto tuvo que abandonar para casarse con Mariano Moreno.

Una vez más, aferradas las manos a la ruana, la subió hasta la nariz. En momentos como aquellos,

HISTORY

AEF?

PATRICE HIGONNET

Paul Chaney

necesitaba de los olores de Chuquisaca. No añoraba tanto los perfumes, sino los aromas: el de la abuela, el olor a mamá, a hogar, a dulces y a delantales de cocina, a azúcar quemada, a rescoldo, al de la dama de noche que florecía al pie de la ventana. Y ojalá pudiese recuperar algo del olor a papá, pero él había desaparecido sin dejar recuerdos ni aromas. A veces, imaginaba que el que le recordara a su padre hubiera podido ser el del licor mezclado con el tabaco, o el del capote después de una llovizna o de una probable velada con amigos. Pero nada de eso era posible. Tampoco había aromas de patria en la ruana, eso sí que no, porque su única patria era Moreno.

—¡Señora! —alzó la voz uno de aquellos hombres.

—No se asuste. Nos da eso que buscamos y nos vamos. ¿Se siente bien? —dijo el otro arrancándola por un instante de sus pensamientos, buscando originar cierto acercamiento, mientras su compañero desbarataba lo que encontraban a la mano.

Cajones, baúles, cajas y estantes. Echaban todo al piso. Lupe observaba el desorden. Ahí estaban los pañuelitos y la ropa bordada por su madre y su abuela; los pequeños recuerdos, medallas, notas de Mariano, y aquel diario íntimo que le había regalado Juana Azurduy el día en que con Padilla apadrinaron la boda. "Por si alguna vez eres presa de la añoranza", le había dicho Juana. Y a pesar de ser presa de una melancolía que en nada se diferenciaba de la tristeza, no atinó a escribir sino una fecha: "¿4 de marzo?". ¿Qué pasó ese día?

Esa madrugada se despertó con el impulso de escribir y, cuando empezaba a hacerlo, un golpe de viento abrió la ventana. Un cielo rojo abrasaba nubarrones negros. Con miedo, se levantó a cerrarla. Fue una fuerte tempestad la de esa noche. Cerró el cuaderno de notas y el frío la obligó a meterse en

la cama. Después de esa noche, olvidó el cuaderno, y la fecha. ¿Qué tenía de particular esa noche? Fue una noche cualquiera de tormenta.

Lupe murmuraba frases sueltas, a pesar de recordar, paso a paso, aquella madrugada en la que despertó con la almohada mojada, lágrimas seguramente, y la imperiosa necesidad de escribirle a Mariano. Hacía un par de meses que había embarcado a Londres. Mientras intentaba dormirse, entró su hijo. Lloraba mucho. Ya no recuerda más.

A esa altura, los encapuchados no prestaban atención a sus comentarios. Obstinados en encontrar lo que fuera que buscaban. Dejaban caer cada papel que miraban al pasar. Lupe supo de inmediato que esos hombres habían sido bien entrenados. Eran precisos, seguros en lo que buscaban. Revisaron la escasa ropa que Mariano había dejado y cada bolsillo. Hasta se aseguraron de que no hubiera probables costuras o bolsillos falsos. Casi a diario, Lupe aireaba esa ropa y la doblaba cuidadosamente para volver a guardarla, costumbre que había adquirido en el convento de tanto ver a la hermanita Dominique que, cada mañana, aireaba la ropa que el padrecito Juan Pablo había dejado antes de su partida.

—Señora…

—¡Señora! —insistieron los dos.

Una vez más, Lupe pareció salir del sopor de un sueño, o de los recuerdos, que son la misma cosa.

—Señora ¿se siente mal?

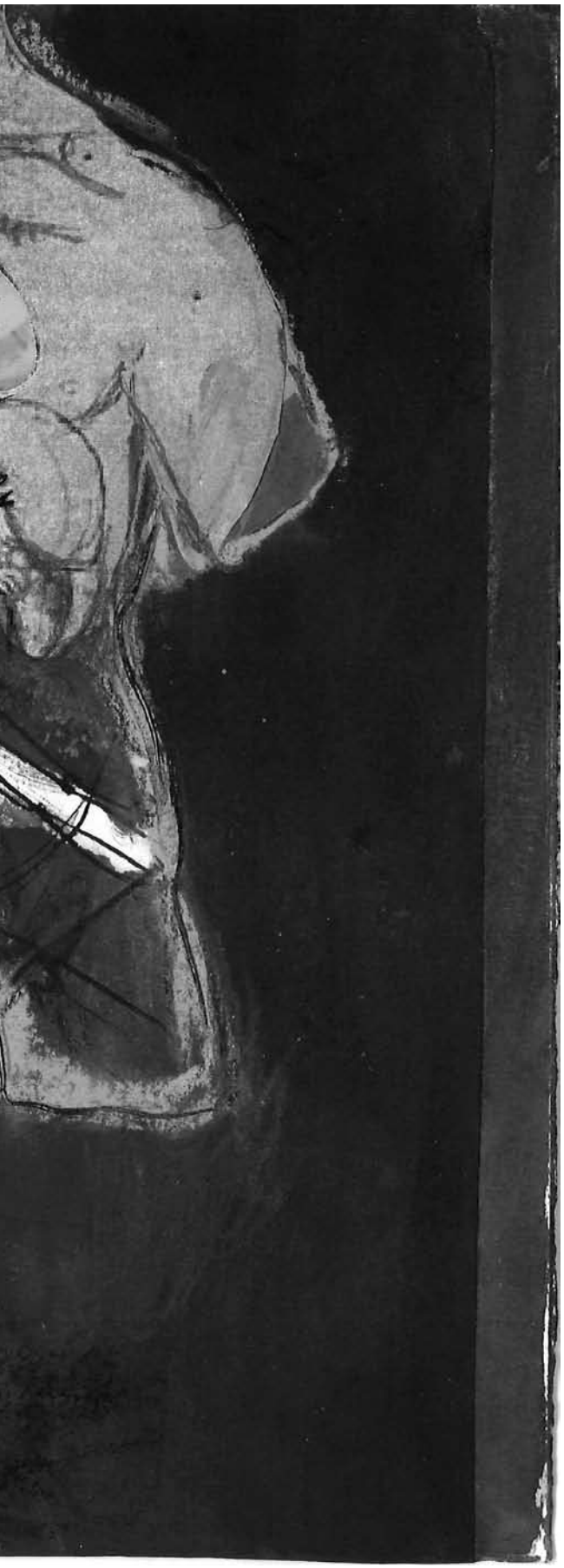
—¿Acaso le importa, señor?

—No le permito.

—¿Ah, no? ¿Y qué piensa hacer conmigo?

—Vinimos por un escrito que su esposo dice haber redactado antes de irse.

—Se llevó todos sus papeles. Además… ¿Cuándo y a quién habría de mencionar algún escrito que hubiera escrito y olvidado? O escondido, según ustedes. Si él mismo se los mencionó y quisiera que



se los entregase, ¿por qué habrían de presentarse de este modo? No comprendo... —dijo bajando la voz, mientras veía cómo seguían revolviendo todo, cómo hurgaban en cada libro.

Lupe volvía a sufrir el horror del día en que los hombres del obispo La Santa, en Chuquisaca, había irrumpido en el convento. Las empujaron, a ella y a la hermanita Dominique, hasta el cuarto del padre Juan Pablo. No recordaba cómo habían escapado. Sí tenía presente que, cuando le preguntaron por los papeles del sacerdote, respondió señalándose los pies: "Están acá abajo". Y ante las risotadas de los bandidos y los comentarios de la hermanita Dominique, que insistía con que "les dije que es una mentirosa", Lupe, mostrándose desentendida, continuó: "Están acá, abajo de esta tapa sobre la que el padre Juan Pablo puso la alfombra que estoy pisando".

Los sicarios entonces les dieron un empujón para levantar la alfombra que cubría la puerta del sótano. Mientras uno bajaba la escalera, la hermanita empujó al que se asomaba, y lo hizo rodar hasta el fondo. Sin demora, dejaron caer la puertita, volvieron a cubrirla con la alfombra y arrastraron encima el sillón del padrecito.

Cada uno de esos momentos pasaba por delante de Lupe como las páginas de un libro que no podemos dejar de leer cada vez que nos llega a la mano. Mientras revivía aquel horror, estos nuevos sicarios agitaban los libros en el aire, para que cayera algún papel que el secretario de la Junta de Mayo pudiera haber guardado entre sus páginas. Pero nada cayó.

Si Mariano hubiera dejado por escrito el nombre del que lo amenazaba, ¿por qué o cómo se habría de saber en este momento? ¿En qué personaje cercano a él, y que sin dudas ya lo había traicionado, pudo haber confiado tanto? ¿Una denuncia, habían dicho?

De ser así, sin duda, estos hombres trabajaban para los enemigos de Mariano.

—Saavedra... —masculló Lupe—. Saavedra.

—¿Decía la señora?

No era el único en desear la muerte de Mariano, estaba segura, pero nadie mejor que ella para saber que, sin dudas, era el más impune, el que se creía con mayor fuerza y con total libertad para decidir qué hacer con el secretario de la Junta. Mientras la increpaba, el hombre tropezó con la alfombra y provocó que se cayera todo lo que estaba encima de la mesa baja.

—¿Dónde, señora? ¡Diga dónde lo guarda! —insistió el más agresivo con furia.

—Es inútil —murmuró el otro—. Vamos. Tal vez sólo habló de ese documento para confundir.

—Perdón, señores. ¿Confundir a quienes? Si me dicen algo más, tal vez pueda ayudar.

La observaron por un instante que a Lupe le pareció interminable. Tan vejatoria fue esa mirada de ambos. Aunque no, no era la primera vez que sufría esa mirada. El miedo se repetiría hasta el hartazgo. Y los sicarios.

—Nunca será por última vez.

—¿Decía, señora?

—¿Decía, señor?

—El documento...

— ¿Qué documento?

—Vamos, señora —se fastidió el que hasta ese momento parecía ir por las buenas y, al borde del arrebato, la tomó de los hombros—. ¡Diga de una vez dónde se denuncia al responsable!

—¿Responsable? ¿De qué?

En ese momento, fue el otro sicario quien intentó reducir la tensión; retuvo a su compañero del brazo y, bajando el tono de voz, respondió:

—El mismito doctor Moreno nos manifestó haber dejado escrito entre sus papeles y de su puño y letra a quienes lo amenazan.

—Saavedra —repitió Lupe y bajó la cabeza, escondiendo la mirada y la ira.

—¿Decía la señora?

Lupe alzó la mirada.

—Digo que si existiera tal denuncia, el único que puede responder es el presidente de la Junta. Él y todos lo han enviado en comisión. ¿Quién más que Saavedra para saber algo? ¿Quién más responsable?

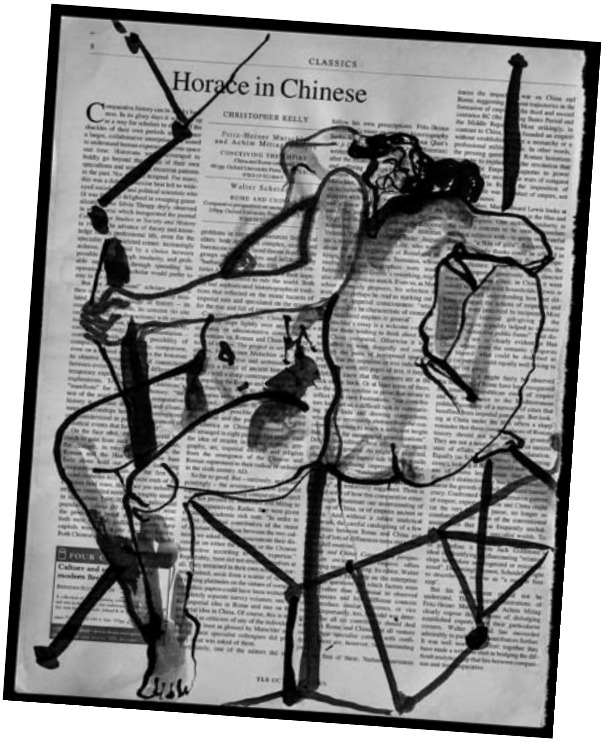
—¿Responsable, dice?

—Sí, responsable de la Junta. ¿Acaso no es Saavedra el responsable de la Junta?

—Vamos. Mejor nos vamos —comentó uno—. No podrán hacerle daño ya, salvo los bienes.

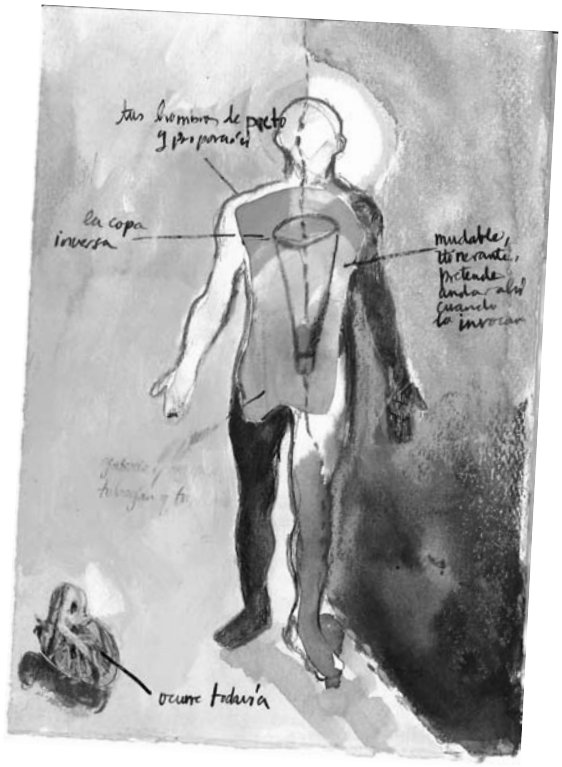
—¿Bienes? ¿De qué daño hablan, señores?

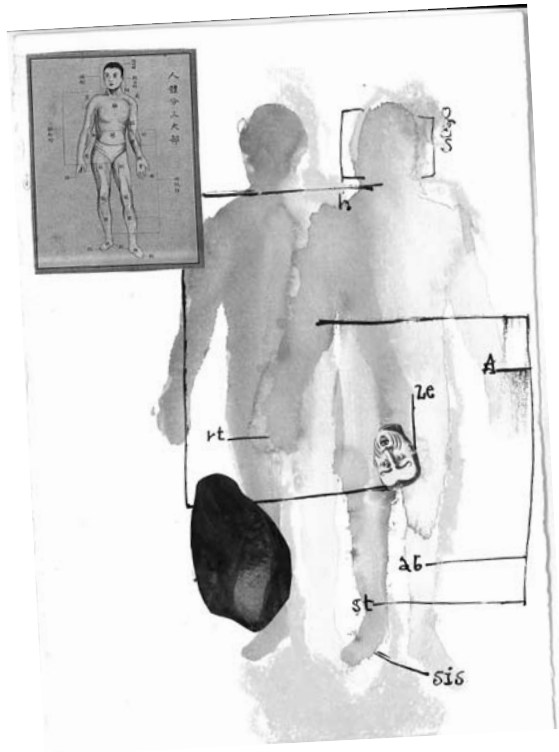
—Más le vale que nos olvide, señora. Haga de cuenta que fue un sueño —gritó uno de ellos al tiempo que saltaban por la ventana, espantados por los pasos y voces que avanzaban por el corredor.



Receta para torceduras

Norma Mogrovejo





Texao radio 97.2 FM, la hora Cuchi Cuchi, llámenos, háganos saber su opinión y pida su canción que nosotros le complacemos. El tema del día de hoy es "Lo que los padres somos capaces de hacer por nuestros hijos".

Muchas veces los padres nos hemos visto en la necesidad de poner firmeza en nuestras acciones en favor de nuestros hijos, para corregirlos, para protegerlos, para encaminarlos, para demostrarles nuestro amor. Muchas veces nuestros hijos no entienden lo que los padres tenemos que hacer por amor y en beneficio de ellos. Como padres hemos dedicado, gran parte de nuestra vida al bienestar de nuestros hijos y hasta nos hemos olvidado de nosotros mismos. A veces ellos, no dimensionan los esfuerzos que hacemos para educarlos, hacerles personas de bien.

Comparta con el público su experiencia, cuéntenos que cosas han tenido que hacer por sus hijos y pidan una canción, que se les será concedida.

Mientras tanto escuchamos "Eres tú" del grupo Mocedades.

Tenemos nuestra primera llamada. Buenas tardes, Texao radio 97.2 FM, la hora Cuchi Cuchi, ¿con quién tenemos el gusto?

Con Ricardo. Buenas tardes deseo escuchar *La media vuelta* de Luis Miguel.

Con mucho gusto, en lo que conversamos, encuentran su canción. Ahora cuéntenos, comparta con nuestra audiencia ¿cuál es la decisión más difícil que como padre tuvo que tomar en favor de sus hijos?

Mire, le voy a comentar lo que tuvo que hacer mi compadre, él me consultó a mí, me dijo que mi ahijada, estaba un poco rara, ¿usted me entiende, no?

¿Rara? ¿Cómo? ¡Explíquenos! Texao radio 97.2 FM, la hora Cuchi Cuchi.

Bueno… rara, sin novio, sin hombres a su alrededor, ya tiene 15 años y es poco femenina, ¿me entiende?

J ajaja, sí claro, ¿cómo le dicen? Machorra ¿verdad? O sea, ¿así como que batea para el otro lado?

Jejeje, sí, así, más o menos. Bueno, mi compadre estaba un poco preocupado, es que ha tenido puros hombres y ella, la menor, ha jugado sólo con sus hermanos, con los amigos de sus hermanos y no se veía bien allí corriendo detrás de la pelota como un hombrecito.

Jajaja o sea ¡bien masculinita la niña! Texao radio 97.2 FM, la hora Cuchi Cuchi.

Sí, oiga, fíjese, alguno de los amigos de sus hermanos la trataron de cortejar y ella muy recia, no les daba cabida, hasta se trompeó con uno que parece le exaltó sus atributos femeninos.

Texao radio 97.2 FM, la hora Cuchi Cuchi. El tema del día de hoy es "Lo que los padres somos capaces de hacer por nuestros hijos".

Ah ¿sí? Y ¿De qué manera le exaltó sus atributos como para recibir una trompada, ¡oiga!?

Jajaja, bueno… no sé exactamente, parece que le quiso acariciar ese cuerpito que como mujercita ya le empieza a aparecer, bueno… como todo hombrecito, seguramente le exaltó lo bonita que se está poniendo y como la chamaca es de puro short… pues los chamacos en grupo ya sabe, no se aguantan.

Claro, claro, y qué hizo su compadre, cuéntenos, que se pone buena la historia. Texao radio 97.2 FM, la hora Cuchi Cuchi. El tema del día de hoy es "Lo que los padres somos capaces de hacer por nuestros hijos".

Puessss… mi compadre me consultó, porque la chamaca ya mucho caso no le quería hacer y empezó a ir a jugar a futbol con puras mujeres y ya sabe, esos equipos de mujeres haciendo cosas de hombres, oiga, tampoco es buen ejemplo para una damita como mi ahijada, y yo le dije: Mire compadre, ella tiene que sentir que es mujer y que los hombres son los que mandan. Ella tiene que aprender a ser dominada, compadre. Si ella se va a comportar como hombre, más adelante, lo va a lamentar compadre. Hay que buscar alguien que la haga sentir mujercita.

Entonces… ¿qué hizo su compadre Don Ricardo? Jajaja, ¿alquiló un galán, un sicario, un luchador? ¡Cuéntenos! ¡Que se pone buena la historia!!

Jajaja… Mi compadre se quedó pensativo, pero me dio la razón y anduvimos buscando quién le podía hacer el favor a mi ahijada…

Jajaja ¿y les costó mucho encontrar al galán que les hiciera el favorcito? Texao radio 97.2 FM, la hora Cuchi Cuchi… aquí las mejores historias y las mejores canciones…

No, no fue difícil, tuvimos que buscar un desconocido, para que luego ella no fuera hacer alguna venganza o se pusiera loca, porque… va teniendo un carácter mi ahijadita, ¡que nadie la aguanta!

Jejeje, ¡qué buena historia!!!, vamos a dejar a nuestros oyentes en incertidumbre un momento y nos vamos al momento comercial de nuestros patrocinadores. Texao radio 97.2 FM, la hora Cuchi Cuchi, ¡no se vaya!, después del corte el desenlace de esta fabulosa historia que nos trae Don Ricardo. Texao radio 97.2 FM, la hora Cuchi Cuchi.

Texao radio 97.2 FM, la hora Cuchi Cuchi. Llámenos, háganos saber su opinión y pida su canción, que nosotros le complacemos. El tema del día de hoy es "Lo que los padres somos capaces de hacer por nuestros hijos". Estamos con Don Ricardo quien nos estaba contando la historia de su compadre y lo que tuvo que hacer para enderezar a su hija adolescente que le estaba saliendo un poco torcidita, ¿verdad Don Ricardo? Síganos contando, ¡somos todo oído!

Si, bueno, yo conozco un amigo que tiene una boat y allí tiene unos bailarines, buenos mozos, para que no fuera muy desagradable para mi ahijada.

Texao radio 97.2 FM, la hora Cuchi Cuchi. Bueeeno, bueeeno! Hasta un modelito le consiguieron, ¡como para que cualquier niña de su edad se ilusionara!, ¡no sólo se ilusionara! ¡Hasta le encontrara las mieles a los atributos de un jovenzuelo bailarín! Y el jovenzuelo, ¿atracó? ¿Se prestó? ¿Quiso entrarle sin problemas?

Esteee... sí, pidió su recompensa, claro, dijo, que igual no quería exponerse, porque de cualquier manera se ponía en riesgo, ya que mi ahijada es menor de edad, entonces a mi compadre, le costó una buena lana el chistecito.

Texao radio 97.2 FM, la hora Cuchi Cuchi. El tema del día de hoy es "Lo que los padres somos capaces de hacer por nuestros hijos".

Y qué es lo que tuvo hacer el bailarín, mi buen Don Ricardo, cuéntenos que la audiencia está impaciente por saber la receta infalible para las torceduras!! Jejeje Yo creo que vamos a patentar esa receta, mi buen.

Pues... el muchacho hizo su trabajo, le explicamos lo que tenía que hacer, lo que queríamos era justamente eso, que la enderezara, le diera una bueeena lección, usted entiende, no tengo que explicarle mucho. Él hizo su trabajo, y para qué, la muchacha estuvo tranquilita un buen tiempo, no salía, ya no le contestaba al papá, no salía con los hermanos, estuvo en casita, en su lugar, como debe ser, usted sabe.

Texao radio 97.2 FM, la hora Cuchi Cuchi. El tema del día de hoy es "Lo que los padres somos capaces de hacer por nuestros hijos".

¡Esta sí que es una buena historia! Don Ricardo, entonces encontraron ustedes el remedio perfecto para destorcer a la chamaca. Jajaja. Fíjense amable audiencia, de lo que un padre, es capaz de hacer por amor a sus hijos. Tiene que verse incluso en la situación penosa de contratar un galán para enderezar a su hija. Y dígame mi buen Don Ricardo, y de esta historia, ¿no surgió un romance? ¿No se enamoró su ahijada del bailarín?

La verdad señor periodista, ya no supimos más del bailarín, de hecho mi amigo el dueño de la boat me estuvo preguntando por él porque su coreografía y numerito ya no lo pudieron volver a poner, fue un misterio. Y mi ahijada, no supo valorar lo que mi compadre hizo por ella, una noche desapareció, se llevó sus cositas y mi compadre quedó tan apenado... que no se pudo volver a parar, no quiso hablar más del asunto, de hecho no se pudo ni sentar en mucho tiempo.

Te vas porque yo quiero que te vayas
a la hora que yo quiera te detengo
yo sé que mi cariño te hace falta
porque quieras o no yo soy tu dueño...

Aspirinas

Verónica Ortiz Lawrenz

Ponte la aspirina bien adentro, me dice mientras se levanta de la cama. Yo no quiero, siento que cada día me arde más. Él dice que es para que no me embarace.

Ya no quiero hacer el amor. Le pongo todos los pretextos que se me vienen a la lengua. Pero a él no le importa lo que digo. Es que estás estrecha, al rato te va a gustar. Tu cuerpo se va a hacer al mío, me dice. ¿Por qué su cuerpo no se hace al mío?, pienso.

Cuando sale al trabajo, le echa llave a la puerta. Desde que me casé me tiene encerrada. Por qué mi madre no me amarró para que no lo hiciera. Apenas tenía dieciséis años, acabo de cumplir los diecisiete, llevo seis meses aquí encerrada, no salgo más que con él o con la suegra que viene por mí para ir al mercado. No me pierde de vista, me mira con sus ojitos azules perdidos en una cara redonda y gorda.

Cada noche me quejo más, me duele, me arde mucho. Es como un fuego imparable que me escuece la vagina. Quiero ver al doctor, le digo. Ya no aguanto, insisto. Algo no está bien conmigo.

Por fin, harto de oír mis quejas, vamos. El ginecólogo me revisa. ¿Pero qué fue lo que le pasó,

niña?, tienes toda la vagina ulcerada, en carne viva, me mira alarmado con sus ojos negros muy abiertos y su bata blanca impecable. Yo guardo silencio y busco a mi marido que está parado tieso y mudo. El médico insiste, en estos momentos me van a explicar que están haciendo para provocar estas llagas en las mucosas internas de esta joven, ya no me mira. Sus ojos se fijan en él buscando una respuesta.

Yo sigo acostada con la bata que me puso la enfermera, desnuda, con las piernas abiertas, y un aparato de metal adentro. Es una postura muy incómoda. Me da mucha pena estar así tan expuesta.

Ante el silencio de mi marido, el doctor introduce algo largo y delgado, siento cómo recorre una parte de mi vagina. Al sacarlo, en la punta hay una sustancia pastosa y blancuzca. El doctor la huele y la toca con sus dedos enguantados en un plástico transparente. ¡Esto parece ácido acetilsalicílico! Dice asombrado y la vuelve a oler. ¡Es ácido, aspirina! ¿Usted se ha estado metiendo aspirinas en su vagina? Me dice con los ojos aún más abiertos. ¿Me pueden decir qué significa esto? Pregunta mirando a mi marido que no ha abierto la boca. Ante nuestro silencio continúa molesto. Este producto es ácido, alcalino, si lo ponen sobre un pedazo de carne le hará un hoyo, si lo hacen en una mucosa, la perfora, la agrede de muchas maneras. ¿Pero qué no le dolía?

Sus ojos me miran preocupados, está usted muy lastimada, niña, por qué lo hace. Me atrevo a contestarle en una voz bajita que no acaba de salir de mi garganta. Es para no embarazarme. La voz de él me interrumpe. Mi esposa es muy joven, no creo que sea el tiempo para embarazarla, habla muy seguro de lo que dice. El médico le responde que hay muchas maneras de cuidarse, las pastillas, los dispositivos intrauterinos, serían los mejores para la edad de esta jovencita.

La bata blanca camina hacia su escritorio y busca en un cajón. Saca cuatro cajas, abre una e introduce con un aplicador una crema en mi vagina. Siento fresco, alivio. Me quita el aparato y me dice que ya puedo parame. Una enfermera entra y me ayuda a bajarme, me lleva hacia el vestidor donde dejé mi ropa interior y me puse la bata que ahora llevo. Me visto muy rápido. No quiero perderme nada de lo que el doctor dice.

Sin mirarnos, mientras escribe en un recetario, nos explica que voy a tener que ponerme la crema todos los días, por dos semanas, hasta la próxima cita para que me revise. No pueden tener relaciones sexuales por lo pronto. Su esposa podría infectarse, sus recomendaciones se dirigen a mi marido que lo ve sin decir palabra. Intentaremos evitarlo porque el cuadro se complicaría aún más. De todas maneras ya tomé unas muestras para estar seguro de que no hay bacterias, ni hongos o algún principio infeccioso, que tal vez usted también lo tenga. Su esposa está muy lastimada, son una enorme cantidad de laceraciones. No debe lavarse con ningún líquido o jabón. La crema cerrará poco a poco las úlceras y al mismo tiempo evitará una infección, saldrá sola. Debe ponerla en las noches, señora, antes de acostarse, trate de no lastimarse más. Me observa preocupado unos instantes y regresa a su recetario, lo lee y sigue escribiendo. También le voy a dar anticonceptivos para dos meses, son los indicados para una joven, pero en cuanto saga de esta penosa situación, yo recomendaría un dispositivo intrauterino. Lo decidiremos más adelante. Da dos pasos y le entrega a mi marido la receta y a mí las pastillas y las dos cremas. Esto le puede durar una semana, habrá que comprar otras dos cremas. Es muy importante que no se las deje de poner, y los anticonceptivos empiece a usarlos al cuarto día de su menstruación, por favor, hasta que se

acaben. Y así el siguiente mes. Pero nos vemos antes. Sentirá algunos cambios, sobre todo en su pecho. Nada de qué alarmarse. Son las hormonas. Los veo en quince días, intenta sonar tranquilo pero clarito se ve que está muy enojado.

Mi marido recibe la hoja de receta, la dobla en dos sin leerla y la guarda en la bolsa derecha de su saco. Apresurada guardo mis cajas en mi bolsita, apenas caben. Él no se despide del médico, yo le hago un giño con los ojos, sin que él me vea. Me toma con su izquierda de mi mano derecha y me jala hacia la puerta. A la recepcionista le pide la cuenta, paga de mala gana y salimos.

Mientras caminamos hacia la salida del edificio busca algo. Por fin ve un bote de basura, rompe y tira la receta, me jala de la mano mientras dice furioso: pinches médicos, en todo quieren meterse. Regresar en dos semanas, eso me faltaba. Piensan que tenemos una mina de oro o robamos un banco. Sigue quejándose. Ya no lo oigo. Me pasa seguido. Como que me desconecto.

Una voz interior se me acumula en el pecho estoy a punto de gritar, se me escurren dos lágrimas gruesas que me seco con la mano derecha antes de que él se de cuenta. No, no voy a llorar, me digo. Me voy a ir, lo voy a dejar. Eso haré. Una extraña fuerza me invade, primero el pecho, luego el vientre, es una luz caliente, se me va a la espalda. Me voy a ir, lo voy a dejar, repito para mí. Cada vez que lo digo, me siento mejor, más segura. Es posible, sí. Voy a enflacar hasta pasar entre las rejas que puso en las ventanas del departamento, son horizontales, las he medido y sé que no quepo así como soy ahora, meto la cabeza pero luego mi cuerpo no cabe. Pero puedo bajar muchos kilos y paso. Claro que paso. Me voy a escapar, tengo que planearlo bien. Me iré con mis abuelos a Sonora, donde no me encuentre nunca. Eso haré, eso, no me importa cuánto tiempo me tome, lo voy a dejar, lo voy a dejar.

Me suelto de su mano y camino derecha, erguida, mis piernas son fuertes, contienen mi rabia, a cada paso que doy se acerca el futuro, me digo. Soy muy joven, que se me quite el miedo. Tengo que acabar con este miedo. Te voy a dejar, no vas a volverme a tocar, te lo juro. Llegando a la casa voy a tirar todas las aspirinas. Todas.

Me voy a ir, repito, mientras él abre la puerta del departamento.

Crónicas de guerra

Gloria Inés Peláez

Era una mujer menudita y su voz de un dulce acento pastuso (así hablaba, lo aprendió de niña) parecía más cantar que describir su tragedia esa tarde que la entrevisté, junto con otras mujeres que habían perdido sus esposos, víctimas de la guerra. Sus manos se prendían a la silla burda como si temiera caerse, resistiendo al torrente de sus recuerdos. No podía evitar fijarme en sus manos crispadas sobre el cojín roído.

—¿Me dijo que su esposo era policía de carretera? —le pregunté, sólo para observar cómo se desprendía del cojín y miraba su anillo de bodas. Le había preguntado ya la primera vez que la entrevisté. Ahora era sólo formalismo, una pregunta para iniciar la conversación. Ella seguía repitiendo sus gestos con el ánimo quizás de tener algo seguro, al menos algo que pudiera controlar.

—Él estaba en comisión —dijo como si leyera en el dorso de su mano. —Era la una de la tarde. Dizque bajaba un camión, pues así cuentan los policías que no murieron. Dicen que él alzó la mano, cuando menos pensaron que se bajaron ellos y pa, pa, pa... los cogieron ahí. Él estaba en la vía, lo mataron a él y también al finado cabo Arturito y después se fueron. Escaparon, los dejaron tendidos en la carretera.

No había gesto de tragedia en su rostro pero la mujer se apretaba con crueldad los dedos. Afuera unos niños jugaban, escuchaba sus voces. Uno de ellos debía ser el hijo de la viuda que tenía al frente mío. Quizás ella reconocería sus pequeños gritos contenidos de un juego que adivinaba sería de persecuciones, ya no policías y ladrones como conoció ella en su infancia, sino de policías y guerrilleros.

—Él estaba preocupado por el niño que tenía gripa. Me había llamado dos horas antes a preguntar que cómo había amanecido. Me dijo negra, le voy a mandar unos limones. Y le compré un radio al niño y se lo voy a mandar. Yo le dije bueno.

Por un momento guardó silencio. Miré por la hendija de la puerta y alcancé a ver movimientos en la salita. Los niños que acompañaban a sus madres parecían inquietos, no escuchaba a las mujeres. La mujer al frente, continuó su relato:

—Después de que él murió si viera cómo se volvió el niño de exigente, quiere que yo le de plata. No entiende que el papá llevaba 15 años de servicio y me dejó sólo media pensión, que apenas

alcanza para… Usted tiene, me dice el niño, lo que no quiere es darme. ¿Esto es lo que vamos a comer? Dice. ¿Esto mami? —Lleva sus manos al rostro y su voz me llega alterada: —¡el niño cree que soy culpable de la muerte de su papá!

Intento ponerle una mano sobre el hombro para confortarla pero la retiro, mi gesto se vuelve hacia la hoja donde tomo apuntes y garabateo cualquier cosa mientras ella se repone. Otras mujeres esperan y debo continuar con la entrevista. Reviso el cuestionario.

—Usted se encontraba en Valledupar —digo para ayudarla.

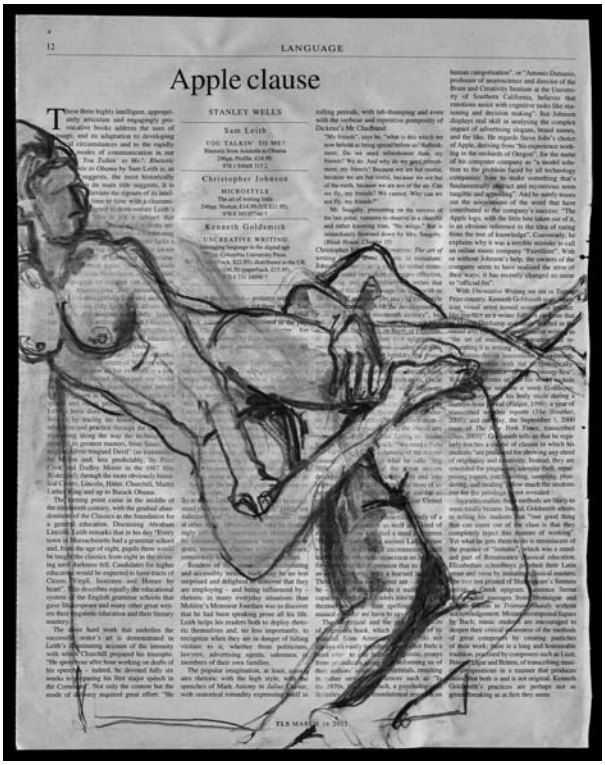
—Yo estaba en la casa, todo el mundo sabía menos yo, estaba sentada, tomando jugo como en tierra caliente, cuando ¡riiinnnggg! El teléfono… ¿Alo? ¡Oh! ¿cómo está señora Anita? Bien. Y dijeron ¿Y el señor Plaza? Contesté, él está en Aguachica. ¿En Aguachica? Y me colgaron. Dije, ve, y porqué me colgaron. Cuando entró una vecina y me dijo ¿cómo está señora Anita? otra vez timbró el teléfono, entonces cogí el teléfono, cuando tri… nadie contestó. El niño estaba ahí jugando con los ladrillos cuando llegaron unos niños. El más pequeño dijo señora Anita mataron al señor Plaza. Yo les dije parecen idiotas ¿qué es lo que están diciendo? Yo me paré y fui a la ventana, dije ¡Dios mío esto es mentira, Señor que esto sea mentira, mentira! ¡Señor esto no es…! Y yo ya me descontrolé, me descontrolé pero con nervios, entonces yo pedí a la vecina llame, llame. Y después la vecina como que llamó y me confirmó. En ese ataque de la carretera murió…

—¿Dónde me dijo que lo habían enterrado? —pregunté buscando el certificado entre los papeles.

—Él era de Pasto. Esa noche nos lo entregaron, yo todavía no creía que lo habían matado. El niño se me prendió de las piernas cuando lo vio llegar. Me dijo: ¡mami, tanto que rezábamos y mira a mi papá como llegó, tanto que tú pedías por él! ¡Mami, mi papá llegó en un ataúd! ¡Ya no creo en Dios!

Un soplo de viento abrió la puerta y pude ver en la sala las otras viudas que esperaban. No había nada en sus rostros o en sus manos que las diferenciara. Miraban abstraídas a los lados. Sobre la mesa una pila de revistas viejas mostraba el desorden provocado por las manos de los niños después de ojearlas. Aburridos los chicos se recostaban en los regazos de sus madres y bostezaban. Sobre la puerta de la oficina el aviso que marcaba el lugar de las entrevistas estaba torcido. Tuve el deseo de enderezarlo y cerrar la puerta pero el suspiro largo de la mujer que volvía de sus recuerdos me detuvo frente al escritorio.

—Y llegó a la casa porque yo no quise que llegara al Comando. Dije él salió de aquí y aquí


12 LANGUAGE

Apple clause

STANLEY WELLS

Sam Leith
YOU TALKIN' TO ME? Rhetoric from Aristotle to Obama
256pp. Profile. £14.99
978 1 84668 115 2

Christopher Johnson
MICROSTYLE
The art of writing little
240pp. Norton. £14.99/$22.95
978 0 393 07740 1

Kenneth Goldsmith
UNCREATIVE WRITING
Managing language in the digital age
256pp. Columbia University Press
978 0 231 14086 7

TLS MARCH 16 2012

tiene que llegar. Y cuando él iba a llegar yo... ¡Dios mío, yo me arrodillé! ¡Dios mío que esto sea mentira, dame fuerza que no me vaya a desmayar, que yo pueda estar con mi niño! —retorcía sus dedos bruscamente— En Cali... ¡ah...! cuando llegamos a Cali sí me quise como desesperar. Lo peor fue cuando llegamos a Pasto. El niño vio bajar el ataúd envuelto en bolsas negras, como las de la basura, ¿entiende?

Sin levantar la vista del formulario le pregunto:

—¿Se volvió a casar o vive con algún compañero?

—¡No señora...! ¡Válgame Dios! Mi familia no lo permitiría, si que menos la familia de él. No dejan que se me arrime un hombre, dicen que debo guardar luto hasta que muera. Que cualquier hombre buscaría quitarme la pensión que me quedó.

Unos minutos bastaron para tomarle los últimos datos. Al terminar la vi pararse del asiento como borracha, tenía los ojos secos, me dio su mano y traspasó la puerta despidiéndose con timidez de las otras mujeres en la sala.

Fijé mis ojos en el formato que llenaba y cuando los levanté una mujer entró en la oficina, arrastrando una niña que se prendía obstinadamente a sus piernas. Mientras corría una silla para acomodar la niña dijo:

—Ella no va a molestar. Anda conmigo para todas partes... me da miedo dejarla sola y siento terror no encontrarla cuando la dejo —. Los ojos de la niña y la madre me miraban fijamente. Asentí.

La mirada curiosa de la niña no se apartaba de mi rostro. Seguía mis manos e intentaba ver lo que escribía. Me preguntaba si su interés le permitiría quedarse quieta y no interrumpir a la madre.

—¿Usted es viuda desde hace cuánto?

—No sé señora. Mi marido fue desaparecido.

—Pero tendrá alguna fecha...

La mano de la madre y la niña se trenzan.

—Yo, a veces, hasta pierdo mi identidad. Por lo menos siento como si él estuviera vivo y hablo como si él estuviera vivo, otras veces como si él estuviera muerto. Y después pienso, ¡Ay, Dios bendito! lo estoy como matando con el pensamiento, entonces vuelvo y cambio mi forma de pensar.

—¿Pero su esposo si está muerto?

—Quisiera decirle que no, pero han pasado tres años desde que se despidió y no ha vuelto. Esa tarde que desapareció me despedí de él, siempre nos despedíamos de pico pero ese día, él me besó. Yo lo miré, me acuerdo tanto que le dije ¡Huyyy...! Él me dijo: no sé. Y me quedé con una sensación extraña. Como a las seis de la tarde sentí una cosa tan horrible en el pecho...

—¿Usted puso el denuncio?

—Llevo todos estos años en papeleos. Nadie me responde. Sé que lo desaparecieron cuando volvía a la casa. Lo bajaron de la moto y se lo llevaron en una camioneta. Algunos testigos cuentan.

—¿Le preguntó a sus amigos?

—A mí la gente me dejó de hablar que dizque porque yo era esposa de un guerrillero. Dejaron de tratarme y me estigmatizaron, me señalaban con el dedo. Todos tenían miedo —calla por un momento y me mira con recelo—. Dígame, señora, francamente ¿me perjudica decir que soy la esposa de un desaparecido? He vivido tantos años con miedo, si a mí me pasa algo... ¿quién cuidará de la niña? ¿Usted me entiende? —la mujer tiembla.

Digo algunas palabras y la tranquilizo. Sé que no hay nada para conjurar el terror de sus pesadillas. Sin tener otra evidencia de la muerte del esposo debo postergar para otro día la entrevista. Escribo sobre el formulario un signo de interrogación frente a la categoría de Viuda y le informo a la mujer que la llamaría más adelante.

La mujer se levanta y con ella la hija. La miro, no tiene más de ocho años y por la forma de tomar el brazo de la madre más bien parece que es ella quien la apoya y la lleva hacia la puerta. La imagen de la madre y la hija permanece por un instante en mi retina.

Tras de ellas entró Mireya, llevaba un abrigo de cuero negro, el cuello de su blusa ocultaba una gruesa cadena de oro. La muerte de su esposo en una emboscada, un alto oficial del ejército, había ocupado las páginas de los periódicos. Aparentaba ser una viuda sin problema. Se sentó y me miró con un gesto interrogante. Sin duda no necesitaba ninguna clase de ayuda pero debía seguir con los formalismos. Me cuenta su historia.

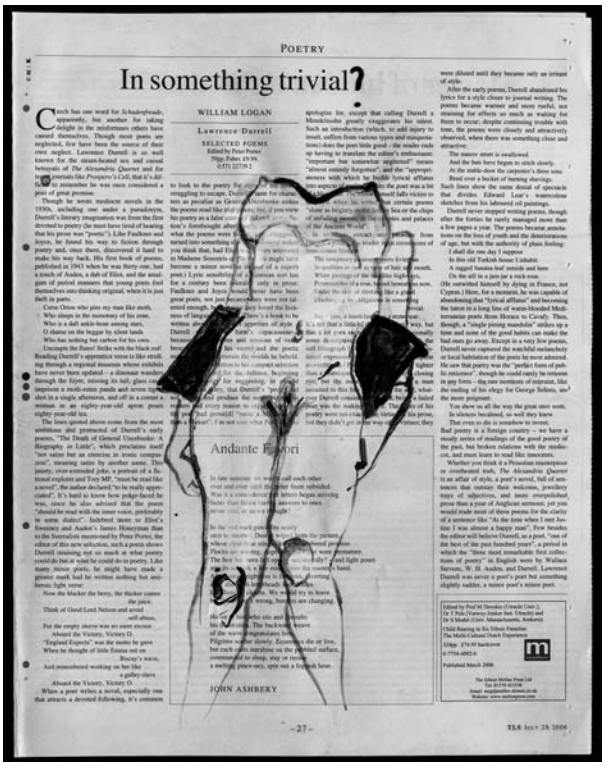
—Quien mató a mi esposo fue un soldado, alguien que había estado en el ejército. Parece que fue uno de los mejores soldados y lo premiaron yendo al Sinaí. Cuando salió se metió a la guerrilla y mató a mi esposo.

Nada de lo que había oído a las mujeres que entrevistaba me parecía corriente, todas eran pequeñas tragedias, pero el testimonio de esta me pareció tan desquiciado como el acontecimiento que le había llevado a perder la vida en servicio. Su drama se hacía extensivo a la familia del Oficial.

—Cuando vamos al cementerio mi suegra lo saluda y hace señas en la lápida y le dice: "que hubo mi hijito, sigo sufriendo de la presión. Qué hace que no me ayuda." Ella le pide un milagro y se ofende que yo no crea. Si hasta me exige que la acompañe donde un médium que le permite hablar con él. La pobre mujer —dice tocándose la cabeza— está un poco loca.

—Quedó muy afectada por la muerte del hijo —digo.

—Y no sólo ella. La muerte violenta nos afecta a todos. Fíjese una amiga que yo tengo, viuda de


POETRY

In something trivial?

WILLIAM LOGAN

Lawrence Durrell
SELECTED POEMS
Edited by Peter Porter
Sign Press £9.99
0 571 22739 2

Andante Fuori

JOHN ASHBERY

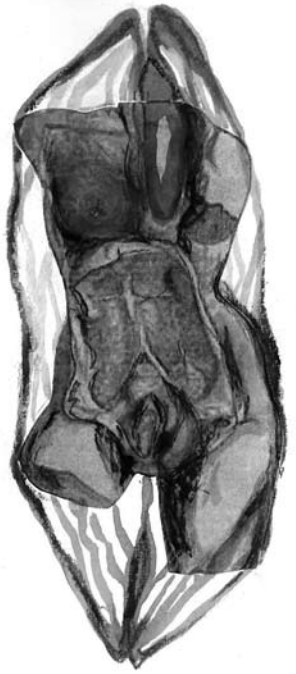
un capitán del ejército, andaba para todas partes con los huesitos del esposo dentro de un tarrito. Ella habla con los huesitos, aunque ya se casó otra vez. Me decía:" m'hijita, ¿usted ha hablado con su esposo? Le contestaba, no, ni que me vaya hablar porque me mata de susto, a mí que no me hable. No, nunca, los muertos no están vivos.

La mujer continúa su relato y yo escribo en una hoja que el drama de la guerra no sólo mata los hombres, también afecta a las mujeres. Ellas son las primeras víctimas de la violencia. Los muertos están muertos pero el problema es de los que quedan vivos.

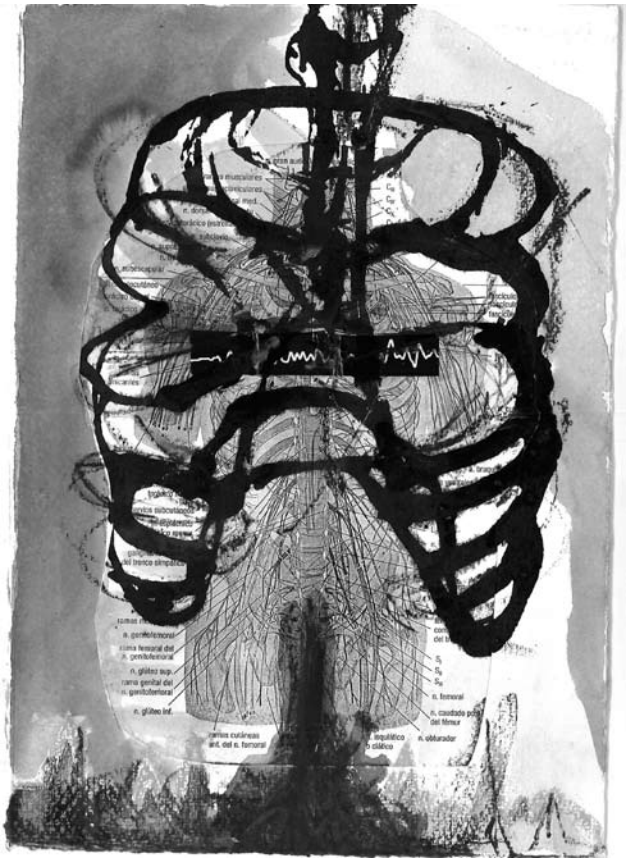
Afuera otras mujeres esperan. Las observo y en sus rostros no se distinguen los matices de sus historias. Entre ellas desplazadas, reinsertadas, viudas, huérfanas. Sobre ellas recae el peso de la guerra. La mujer y la niña que antes estuvieron en la oficina me miran, no se han ido, no quieren estar solas.

Flores silvestres

Aura Sabina



Tiernas flores amarillas llenas de lodo
mancilladas,
son esculturas efímeras de sangre
pueblan las carreteras, los puentes
manos malditas las siembran en jardines
en habitaciones lúgubres.
Las destrozan, las comen,
Esparcidos los pétalos
Anónimamente
aun cuando se sabe quién fue el sembrador.
Ni siquiera el Ángel de la muerte
fue capaz de llevarlas,
en estos tres mil años
hacia el camino de la paz.
Tiernas flores, cardos, buganvilias,
lirios desangrados en los lagos,
silentes.
¿Quién escucha el llanto de las flores?
No hay ramas piadosas
Y el llanto de otras flores,
las únicas sensibles ante la masacre
tampoco sirve para que dejen de sangrar.
¿Cómo será el mundo despoblado
de pétalos silvestres hechos luz?
Oscuro, gris, pútrido.
¿Qué impío dios se alimenta de flores?
Maldito sea quien siembre flores para desollar.


n. femoral
n. obturador

La prisionera

Jessica Sánchez

A mi madre

A veces pienso que nadie podía evitar que él fuera quien era y no fuese quien fui.

Nada de eso hubiera alterado el desarrollo de los eventos que se sucedieron uno tras otro, día tras noche, semana tras mes, mes tras año. Cada quien tenía su papel en esta historia. Por eso no me resulta raro sorprenderme pensando en él, mientras lavo los platos de la cena, así como tampoco puedo evitar que de una u otra forma siempre pueda filtrarse y encontrar una celda más o menos apropiada para tenerme prisionera, esta vez en mi propio pensamiento.

Soy yo la que siempre está respirando fuera de la celda, porque no habría modo de retenerme en ella, por mucho que alguien lo deseara. También soy yo la que se acostumbró a transitar por las paredes frías de esa prisión, en busca de aire, agua, luz, vida. Soy la que construyó sus propias alas, gigantescas y monstruosas, para alejarse de allí para siempre.

Ha pasado mucho tiempo desde la época del cautiverio. Parece haber transcurrido siglos desde que él me tomó amorosamente entre sus manos y me hizo la promesa de hacerme feliz y acompañarme. Sin que me diera cuenta me llevó por un camino oscuro donde no existía salida. Las promesas se borraron y se convirtieron primero en amenazas, luego en gritos, en golpes y luego en certezas, más bien en una única certeza: el saber que el escape era la única manera de continuar con vida.

Dejé de suplicar cuando me sacaba de mis sueños y me obligaba a bailar para él. Así como dejé de gritar cuando me golpeaba, dejé de responder a sus insultos, dejé de pedir ayuda. Me sumí en un silencio soporífero y malsano, como el calor que se siente antes de una copiosa tormenta tropical. Me dediqué por entero —pues en este caso mi vida sí dependía de ello— a revisar las condiciones de mi encierro, la jaula, sus medidas y las vías de escape. Examinando los barrotes de mi cárcel, me di cuenta que la única manera de salir era arrancándolos de cuajo así que me di a la tarea de empezar a limarlos con los dientes, mientras él no me veía. Poco a poco, mientras desgastaba mis dientes de rabia, me llenaba la boca de óxido y sangre, me sentí un ser que se gestaba lleno de fuerza, desesperación y algo desconocido: valor.

Nunca supliqué misericordia mientras me obligaba a hacerle la comida y después me arrastraba hacia su cama. Lejos de allí, mis

pensamientos jugaban con la idea de una libertad cercana. Él se dio cuenta de mi silencio pasmoso y de mi tranquilidad. Hasta la fecha no sé si pensó que me había acostumbrado o que había llegado a creer sus arrepentimientos y arranques amorosos después de cada ataque. Tal vez creyó que había acabado con mi alma de una vez por todas. Así que no se dio cuenta de que empecé a repartir mis cosas, mi ropa, mi plato, la taza en que bebía la gente que se asomaba a mi ventana. Le daba risa ver cómo mi rebeldía se había tornado en placidez, algo que él llamó actos de generosidad. La gente que tomó mis cosas me miraba a los ojos con una pregunta, yo desde la ventana —que tenía cortinas de hombres y mujeres libres paseando en bicicletas de una sola rueda—, les tomaba las manos, les respondía con una mirada que pretendía hacerles saber la firmeza de mi decisión. Sabía que no los volvería a ver, era una forma de decirles adiós, los extrañaré, los quiero mucho.

Cuando no tuve nada más que la ropa que llevaba puesta y unos cuantos libros, me fui. Emprendí el viaje sin voltear espalda, para nunca regresar. Tal como yo esperaba, él no me buscó. Saqué las esperanzas de un sobre que llevaba en uno de los libros, me convertí en lectora y no en la perfumista que me hubiera gustado ser; llevando más de mil aromas de un lado a otro, embriagándome en sus fragancias. Tampoco fui la farmacéutica con la que soñé algún día, siempre limpia, siempre blanca, con un olor aséptico en mis ropas, así como no fui la bailarina o la cantante que llevaba el sol tras de sus espaldas, en su cuerpo. Porque creí que llevar el sol sobre mi cuerpo era lo que me había jalado hacia la oscuridad, que ese brillo tan intenso para todos, incluso para mí, tenía que ser borrado.

Ahora soy una lectora tranquila, quien por las noches mira telenovelas como cualquier mujer normal. Doy clases en una escuela donde desconocen mi pasado y yo finjo el olvido cada mañana, cuando el puño de la angustia me golpea. Por eso cuando me levanto sudando en las noches, presa del pánico, me digo y recuerdo una oración, hecha solo para mí; él ya no está; lo que es más importante, no soy prisionera, nadie va a echar abajo mi puerta a patadas para arrastrarme del pelo por las calles, ni nadie va a volver a humillarme exigiendo que le pida perdón por mirar al mundo, por mirar a otros hombres o a otras mujeres. Que le pida perdón por brillar amándolo. Nada de eso volverá a suceder. Esas noches no puedo dormir, vigilando mis sueños, la puerta y los ruidos de la calle. Él no volverá, lo sé, porque me han dicho que está viejo y se ha ido empequeñeciendo, como su propio nombre, pero sé que la cárcel que con tanto cariño construyó para mí, sigue estando allí. Mientras, yo sigo luchando por ignorarla, por deshacerla, por ahogarla.

Debo reconocer que mi vuelo, contrario al de Ícaro, a veces no logra elevarse lo suficiente y es entonces cuando me doy cuenta que estoy de regreso, justo en medio del patio de la cárcel, sin saber muy bien en qué momento di la vuelta y fui a parar en ese lugar. La cárcel me absorbe, me inmoviliza mientras sale en ráfaga oscura por toda mi mente y mi ser. Llega a mi encuentro y con ella su guardián, quien se esconde detrás de cada recoveco para saltar en forma de recuerdo, cuando estoy desprevenida. Entonces cierro los ojos, veo el momento exacto en que cae sobre mí para pelear con fuerza hasta el final; lucho por deshacerme de su abrazo peligroso, de su conciencia que infecta la mía con sentimientos de odio y de venganza. Siempre peleo. Despliego mis alas enormes y me obligo a verme a mí misma como la sobreviviente que soy; a él como el mudo reflejo que fue.

Me veo en el espejo y sigo siendo yo. Violenta y comprensiva con el mundo, ignorante de mi propio dolor o muy consciente, esperando que el olvido

se apiade de mí algún día y termine de una vez. Esperando la libertad total.

Sigo respirando. Estoy fuera de la prisión. Grito.

Detrás del espejo puedo ver el camino donde están mis hijas maltrechas, cómplices de esta historia. Yo no las acompaño. No puedo ver que mi dolor es uno, que ellas, vecinas invisibles de esta historia, sufrieron conmigo y también padecen las mismas pesadillas, los mismos temores, las mismas preguntas y el mismo miedo irracional de que él nos encuentre. Ellas pueden ver a través de mis ojos. Y me vuelvo más fuerte y dejo de gritar. Me paro. No soy la madre, soy la hija prisionera que lucha día a día, mes a mes, año a año con la cárcel. Él no me preocupa, porque sólo es un fantasma que ronda entre mis días y se presenta en otras gentes, con otras caras y otros gestos.

Me convierto en un capullo antes de salir a la luz, sin temor a lo brillante que se expande como una supernova, explotando desde su centro hacia

afuera. Los demás son los que tienen miedo a ese brillo de mil soles, los demás son los que tienen miedo y de ahí vienen las cárceles y los carceleros.

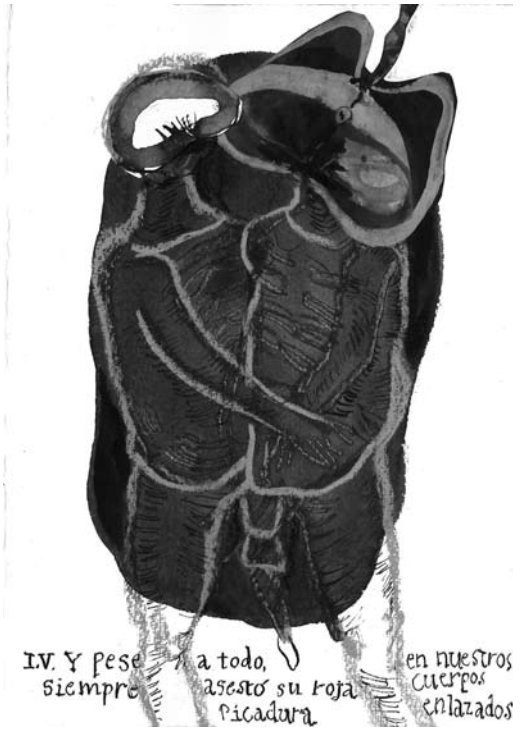
Las prisioneras somos otra cosa, seres con alma fulgurante y grandes alas, poderosas, sin darnos por vencidas ni aún en los recuerdos, que pacientemente esperamos que las cárceles se pudran por la insistencia de nuestros dientes en los barrotes, por nuestros gritos silenciosos, por nuestra indiferencia a la tortura, por nuestra ansia de libertad, por nuestra desidia y abandono.

Entonces las prisiones morirán por falta de nosotras, extrañándonos, necesitándonos para vivir. De los carceleros mejor ni hablar, ellos están muertos y a los muertos se les oye desde lejos, se les ponen flores, velas y, por último, se brinda, hasta se baila en su honor. Nosotras, por otro lado, seguimos vivas y brillantes.

Estamos fuera.

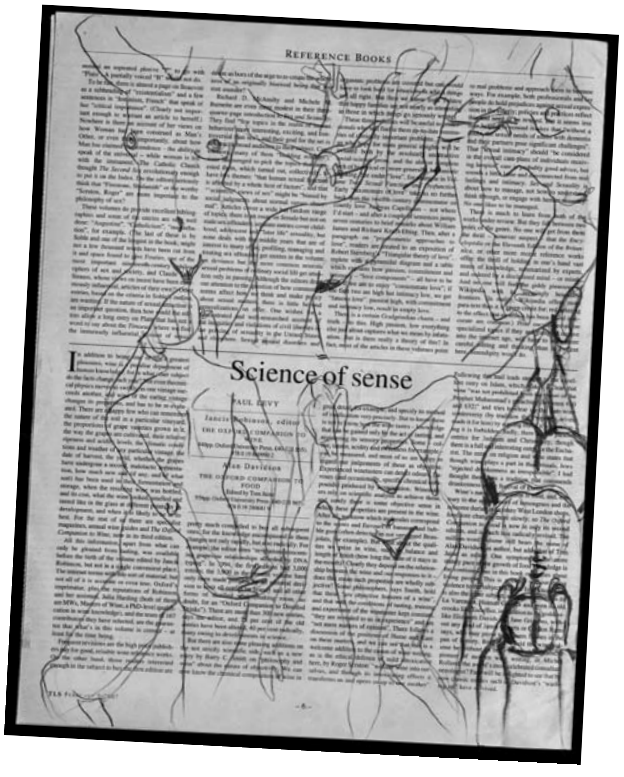
Autopsia de un vestido

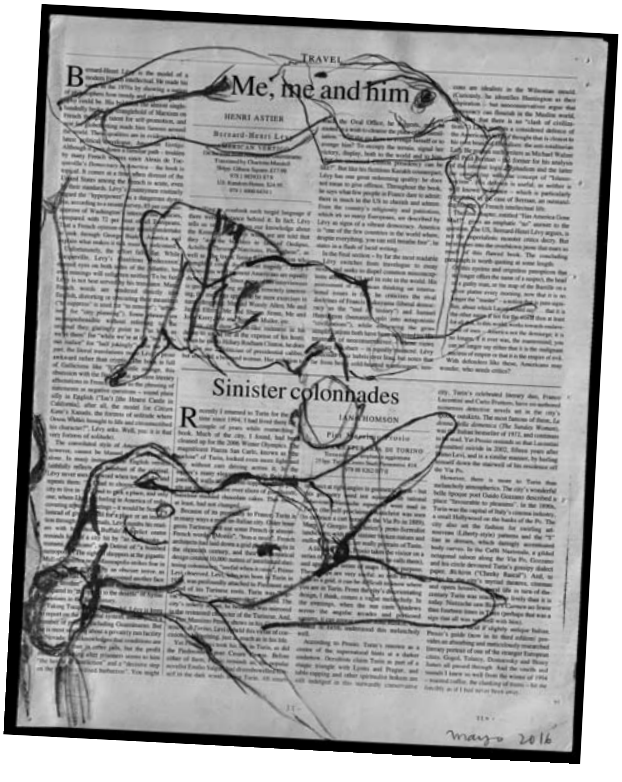
Alma Karla Sandoval



Aquí se las llevan,
las despedazan
o las devoran.
Aquí, al centro,
las sepultan
o las arrojan heridas,
no es suficiente
con su llaga en medio.
Aquí las levantan
y las explotan,
se las roban a gritos
como el calor
se mata con un golpe
de agua fría.
Aquí nadie regresa
por sus cuerpos,
es un viaje sin retorno
ir detrás de ellas.
Aquí se las bañan,
se las entregan,
y se las devuelven
con un muerto
muy vivo en el útero.
Aquí nadie quiere
hablar en su nombre;
también las borran,
las ultrajan
con machetazos
de olvido,
pero antes se la llevan,
luego las despedazan

ante los ojos del mundo
quien lame sus restos
como una bestia.
Aquí las marcan
con una cruz,
con un discurso,
con otra a la que raptan.
Aquí a todas les nace
un negro apellido,
un rigor mortis
en forma de cuerno
y no se puede decir
lo que pasa con ellas.
Tampoco aplauden su poesía,
su derecho al sol
o la forma
en que miraron la tarde.
Aquí las secuestran
de modos distintos:
las mutilan con lentitud
a pleno invierno,
a pleno verano,
ante los ojos del
padre, del novio
del esposo,
del hermano,
del hijo.
Aquí nos quema el ácido
que las destruye.
Aquí la voz,
aquí la súplica
de un mar
de pancartas.
Aquí lo urgente
y lo inútil
como un papalote
en la tormenta,
como moscas gordas
sobre los cadáveres.


REFERENCE BOOKS
Science of sense


TRAVEL
Me, me and him
HENRI ASTIER
Sinister colonnades

HISTORY
Rape for the State
MARTIN THOM

Dieciséis de septiembre

Artemisa Téllez

Despierto, hace horas que salió el sol, las sábanas se me pegaron, literalmente, estoy empapada en sudor. Son las cuatro de la tarde, quisiera seguir durmiendo, pero no puedo. Me despertó el teléfono, es un mensaje de mis amigas, primero uno, después otro, se sienten culpables por haberme dejado aquí.

La casa es un desastre, hay, creo yo, ciento cincuenta latas en el patio, contando sólo las de cerveza, colillas de cigarro hay un millón y envases, servilletas, tenedores de plástico, residuos de comida, platos sucios. Me doy la vuelta, me tapo la cabeza que me duele, mucho. Llevo días así: 365 días así, peda, cruda...

Estoy deprimida, eso también es muy común, casi inherente a mí. Quisiera no despertarme, pero ya estoy despierta. Dieciséis de septiembre, qué mierda, qué mierda. No vuelvo a prestar mi casa, no vuelvo a hacer una fiesta, no vuelvo a ir, a bailar así, a ponerme peda, a sentirme la reina de reinas, a enseñar las tetas, a bailar pegada y besarme en la boca con todas, con la que quiera; no vuelvo a ser quien soy, quien he sido. Pienso en el mecanismo de auto odio que me pudo haber llevado a esto, pienso en por qué y sólo me duele más la cabeza, no llego a nada, todo me da vueltas. Entra mi amante y me mira: Estás deplorable ¿Tomaste mucho? Demasiado... ¿A qué hora acabó tu fiesta? A las ocho y media ¿y la tuya? A las cinco... Se queda callada, molesta; está enojada porque le pedí que no viniera.

Me callo, dormito en su presencia, hago como que no me doy cuenta ¿Y tus amigas? Vienen al rato ¿No van a limpiar? Al rato...

Se desnuda, se acuesta en la cama, me dice que huelo a tabaco, a alcohol, le choca. Me hago la dormida, sigo haciendo que no oigo nada. A pesar de que estoy deplorable, me veo deplorable, huelo deplorable me quiere coger. Primero la ignoro, luego me niego terminantemente, me duele todo ¿Con quién cogiste?, estás toda moreteada. Yo me río: no todas me pegan.

Se adhiere a mi cuerpo de espaldas a ella y me dice que estoy buena y ella ganosa. Yo no, no estoy ganosa, estoy cruda, cansada...

Cierro los ojos y como magia vuelvo a caer en sueño profundo. Las manos se abren, la boca se abre y beso el sueño que cae sobre mí. Es un sueño agitado, que no deja ir lo del rededor: las chelas,

las colillas, los frijoles mosqueados bajo el sol y la lluvia. Despierto sobresaltada ¿No te vas a bañar? No, no quiero bañarme en agua fría, no hay gas. Silencio, largo y tenso. No voy a hacer nada, no me voy a bañar, ni a vestir, ni salir, ni coger.

Las lágrimas están saliendo, mi mirada se hace roja y verde, enojada y triste. Chayo se queda atónita, jamás me había visto llorar antes ¿Qué pasa? Pregunta conmovida, me abraza y yo me quiebro, me desbarato y lloro más y más sin saciarme.

La fiesta fue un desastre, una tragedia. Las luces brillaron sobre nosotras: casi un año de hacer fiestas lésbicas. Las mujeres vinieron, respondieron al aullido de las lobas noctámbulas y llegaron de tres en tres, de cuatro en cuatro.

La terraza estaba dispuesta, las guías de luces, la música, la barra, las bebidas espirituosas, el cuerpo de antiguas deidades hecho maíz, *tortillas*.

El baile empezó temprano, abrí pista como un ritual: Soy sólo un cordero que ofrecer en las noches santificadas de nuestras fiestas. Las mujeres caen, soy un gancho, tan ebria, tan encuerada, tan fuera de centro, de foco, de lugar. Bailan a mi alrededor y me fundo en sus cuerpos desconocidos, en sus voces acerinas que se parecen unas a otras. Estoy feliz, obro milagros, el alcohol corre y me mareo y siento que las amo a todas sólo por ser y por estar.

A lo lejos llega ella, vino sola y mi corazón palpita como lanzándose por mi garganta fuera de mí (por mi garganta fuera de mí).

Sigo bailando mientras saluda a todas, cuando llega a mi lado la abrazo tanto que casi la asfixio. Qué bueno que viniste ¿y Laura? Terminamos (Ya sabía, quería que lo dijera). No sé qué le dije pero estuvimos bailando, bailando, bailando; somos amigas ¿no? Nadie lo ve mal, ni raro. La tomo entre mis brazos y le canto muy cerca. Sus labios, como dos gajos de mandarina —dulces, húmedos— están a unos milímetros de mí. No puedo. Damos una vuelta, su brazo pasa por encima de mi cabeza y la tengo a un metro de distancia: se fue. Tengo que lavar unos trastes, recoger unos envases, ver si queda salsa verde, así que muy a mi pesar, la dejo. Cuando vuelvo está bailando, tiene miles de amigas Amanda, me sonríe desde lejos y me guiña el ojo mientras despacho una León y una Montejo. Me pongo roja, pero nadie se da cuenta.

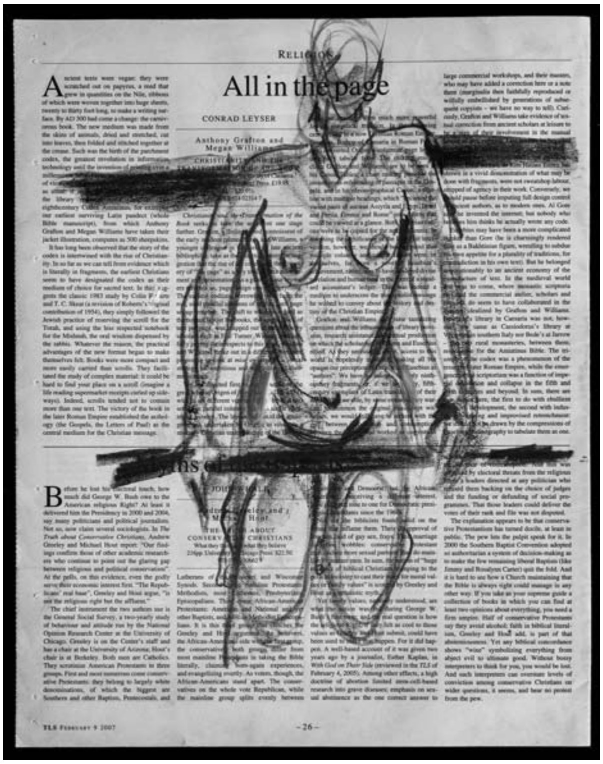
Esta noche le digo que la quiero, esta noche me tiro sin red y de cabeza, pero de una buena vez. A unos metros de mí baila y se ríe.

Mis amigas me miran pero no ven, nadie sabe que la amo. En mi mente un disparo: miles de palomas (*al viento, volando al ras del suelo*), ella, yo, nuestros ojos que se encuentran, nuestras manos y bocas: se puede dejar de ser amigas, podemos ser algo más...

Bailo con ella, de nuevo. Bromeamos como siempre: linda, guapa, chula, maja y "me encanta bailar contigo" y "te quiero tanto, mana". Pero cómo decirle que es en serio, que no es mana, que es mi amor. Siento que me coquetea, que me mira tanto, que me sonríe y luego me dice que no la mire así, que se pone nerviosa, pero no sé si creerle.

Tocan el timbre, alguien ha llegado a saludarla y aprovecho para ir yo, a abrir. Cuando estoy abajo voy por más hielos por unos chiguis para las organizadoras, nosotras. Pasen, hasta la azotea, ahora vengo. Brinco en vez de caminar, vuelo; siempre que estamos juntas pienso que le diré algo, pero nunca pasa. La noche está preciosa, los fuegos artificiales llenan el cielo de luz y pólvora. Compro los cigarros, el hielo, una Viña Real a ver si me animo...

Desde la calle oigo la música, siento el viento en mi cara, me golpea. El corazón me late dolorosamente, como inflamado todo de sangre


RELIGION
All in the page
CONRAD LEYSER
TLS February 9 2007
–26–

ARTS
Wool over silk
NORMA CLARKE
BRILLIANT WOMEN
Big bang complements

LETTERS TO THE EDITOR
Science and religion
Saint Mugg
No Schwarzkopf
Emily Dickinson and religion
Emma Hardy's illness

COMMENTARY
14
JEFF DOLVEN

nueva. Voy lento, no me doy prisa, consciente de cada paso subo la enorme escalera. Destapo la Viña Real, doy un sorbo, prendo un cigarro y subo concentrada en sus ojos que aún no miro.

Entro, la busco entre la gente y la veo en una esquina, después de dejar todo en la barra me acerco para sacarla a bailar. De espaldas está una macha con la que platica: tiene el pelo corto y negro, si no pensaría que es Laura.

Me acerco, paso, paso, el corazón acompasando todo, sonrío, el camino me parece eterno, es, es, ¡es Laura! Quiero meter el freno, pero no puedo: derrapo, giro, me estrello...

Lloro desesperadamente. Rosario me está mirando y me abraza sin preguntarme más nada. Llevo más de una hora en silencio ¿Qué le digo?: Me enamoré de mi amiga, me enamoré hace dos años y nunca le dije nada porque ella andaba con Laura y yo con Myriam y cuando terminaron nosotras también, pero ellas volvieron... Quería declararle mi amor anoche por eso te pedí que no vinieras y ahora estoy que me lleva el diablo porque se fueron juntas, por eso lloro, por eso y por mi vida toda que es una mierda.

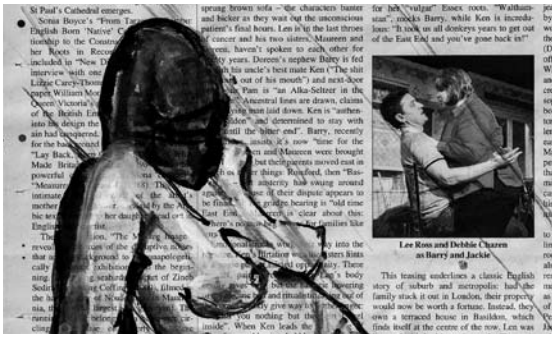
Me quiero meter a bañar, la cortina se ha caído de nuevo. La pongo y me meto, no llevo tres segundos cuando se cae de nuevo. El tubo me golpeó la cabeza, grito como un animal enfurecido. Chayo trata de contener la risa y yo lloro, lloro, lloro más y más mi pena que no tiene fin en este universo de porquería.

¿Sabes qué? Quiero que te largues, no estoy de humor para nada ahora. No quiero hablar, no quiero coger, no quiero salir y la verdad tampoco quiero ver a nadie. Se va y me sorprende ver que aún es de día. Me como las tostadas tiesas con frijoles fríos con una avidez desesperada, una cocacola, un cigarro, más sobras de la fiesta y me pongo a trabajar.

Piso las latas una por una —crash, crash—, barro y levanto todo lo que hay. Lo hago con odio, sin duda, para matar la mugre que hay a mi alrededor, para matar a Laura, a mí, para matar mi cortina que, igualita a mi vida, pende de un hilo más susceptible a romperse que a permanecer. Polvo y viento soy, somos, y esta tarde lloro por ti, Amanda, por última vez.

Me barro a mí misma con asco, quisiera vomitarme toda y dejar de ser. Saco una bolsa y otra, cierro las sillas de lata y las dejo en una esquina, vacío el refrigerador. Llama mi amiga ¿Necesitas ayuda? No, no. Quiero morirme, me pienso muerta para que me vea ella, para que me vean todos, para que me vean. Hago montañas de basura, luego las deshago. Suena mi teléfono: mi alumna de los lunes tuvo un repentino ataque de homofobia. Ya no tengo trabajo. Yo, en trance, cuelgo y sigo barriendo, llorando, vomitándome a mí misma para nunca más volver a ser.

Hago la cama, trapeo, abro las ventanas, pongo incienso, pongo la cortina, me baño de nuevo, tomo mucha agua, mucha, me purgo, le llamo a Rosario para hoy, hoy en la noche y cuando vuelve la abrazo, la cubro de besos, me entrego a sus manos que me toman con violencia, que me lanzan en la cama, me desnudan sobre la colcha, me penetran y me envisten y me tocan y me pegan y luego me envuelvo en su cuerpo y me duermo temblando porque ya pasó y yo quise que pasara: todo, todo esto...


St Paul's Cathedral emerges.

Lee Ross and Debbie Chazen as Barry and Jackie

Víspera de un 8 de marzo

Livia Vargas González

Venía de reunirme en la UCV con Fernando, mi tutor de tesis. Eran como eso de las tres de la tarde. Después de doce años es difícil recordar detalles y algunas cosas se hacen difusas.

Libre y sin miedo salí de la universidad y me fui al puente de Plaza Venezuela a "pedir cola". A pesar de las advertencias, siempre prefería usar este medio de transporte para ir a mi casa. A los pocos minutos de ponerme con mi cartelito se paró un taxi Daewoo, igualito al de mi papá —que también era taxista—, a ofrecerme la cola. No sospeché nada... ¡Ja!!... Hay que verle la cara a no sospechar el hecho de que un taxista, cuya fuente de trabajo es precisamente ofrecer servicios de transporte, se haya parado a ofrecerle la cola a una estudiante.

Me monté en el asiento delantero del carro y comencé a hablar con el "taxista". Era un tipo de piel oscura, de unos cuarenta años más o menos y de baja estatura. Vestía una franela blanca y un mono de tela sintética de color negro con rayas de colores a los lados. En la conversa yo le comentaba que mi papá también era taxista y él me hablaba de su afición por la trompeta. Mientras conversábamos recibí una llamada de Jaime para ver si nos encontrábamos ese día por la universidad. Tuve que decirle que ya estaba subiendo a casa y que no podríamos vernos ese día. ¡Cómo lamenté no haber recibido esa llamada minutos después!!!

Como todavía era temprano no había mucho tráfico en la autopista, ni tampoco debía haberlo en la Panamericana, pero el "taxista" decidió pasar de largo, "por precaución", para tomar la vía de

la Mariposa. La cosa me pareció rara, y ya en ese momento mi cuerpo comenzó a sentir un poco de miedo; sin embargo, preferí mantener la "confianza" en el "taxista". A mis 24 años pensaba que el peligro se encontraba a buen resguardado tras la pantalla y que no había motivos para dudar.

Ya saliendo de la ciudad, el "taxista" se estacionó en el servicio de aire y agua de una estación de gasolina. Se bajó del carro y se fue hacia los baños.

Sentada y a la espera, esta vez la duda me invadió y tocó a mi puerta sin que la "confianza" terminara de cederle el paso. El hombre regresó y al cerrar la puerta me hizo un comentario, que ahora reposa en algún lugar de mi memoria, antes de arrancar.

A los pocos metros de la salida de la estación y en plena autopista, el "taxista" aparcó el carro en el hombrillo. Mi cuerpo se estremeció de pronto temiendo lo peor. En efecto, todos los motivos para dudar a los que mi "confianza" cerró el paso tenían fundamento. Enseguida volteé a mirarlo… un cuchillo bien grande entre sus manos me apuntaba… Sus ojos saltones y agresivos me aterraban… El hombre me decía que me quedara tranquila y le hiciera lo que pedía. Intenté salir del carro, pero qué va, no había modo de salir… faltaban los seguros para abrir las puertas.

Grité… fue un solo grito, seco, desértico… pensé en mi mamá. Sin creer en Dios ni en el más allá, sin embargo la invoqué y le pedí compañía; en ese momento no podía hacer más que asumir con "resignación" una situación que jamás pensé pudiese ocurrirme. Cuando una escucha las cosas que ocurren día a día en la calle, una en el fondo cree que son cosas de película, que pasan del otro lado de la pantalla, que nunca van a entrar en la escena de la propia vida. Son, no obstante, ilusiones por vivir una vida sin "tropiezos", "limpia", "tranquila", que terminan por enmascarar la ambivalencia y complejidad de la vida "real".

Luego del grito y aferrada a la ficticia compañía de mi madre me desdoblé, sí, me desdoblé. Había decidido evadirme de mi cuerpo para dejarlo en disposición de ser violado. No tenía más opción que dejarlo inerte… y desdoblarme. Imaginaba estar con Dany, mi novio de entonces. Imaginaba la compañía de mi madre dándome fuerzas. Pero también imaginaba la ignorancia de mi papá, de Jaime, de mis amigos, frente a lo que en ese momento me ocurría… ¿Y si me mataba? ¿Y si enterraba mi cuerpo y lo desaparecía? Quería gritar para que supieran que estaba allí, que existía. Quería que me llamaran al teléfono y que se preocuparan por no atenderles. Quería que impugnaran mi independencia por un segundo.

Mi mente imaginaba, sí, pero también era embargada por el miedo. Era una consciencia encarnada en el miedo, en la evasión, en la necesidad de vivir, era una consciencia amenazada por la muerte y por el dolor. En momentos como ese es cuando una se da cuenta de la transversalidad y multidimensionalidad de la consciencia. En momentos como ese salen al encuentro sensaciones, imágenes, ideas, planes de subsistencia inmediata, cuya simultaneidad encarna ese instante crítico de la propia existencia amenazada… porque el cuerpo perdió su soberanía.

Sobreviví, sí, sobreviví a cambio de encarnar un cuerpo violado y una consciencia que no terminaba de creer lo que pasaba. Era de noche y el "taxista" me había dejado en la entrada de la autopista después de dejarme sin dinero y con la soberanía de mi cuerpo violentada.

Sin rumbo, sin dinero y en shock, lloraba y sollozaba sin parar. Una y otra vez me preguntaba si era cierto lo que me había ocurrido. Afortunadamente, en el primer semáforo que

conseguí al paso, una pareja de señores que iba en un Fiat rojo me preguntó qué me ocurría —así estaría yo que no dudaron en abordarme— . Sin asimilar lo que había vivido, les dije que me habían violado, que por favor me prestaran un teléfono para llamar a mi papá y decirle que viniera en mi auxilio.

Los señores me montaron en su carro y me llevaron a la estación de policía más cercana para que pusiera la denuncia y pudieran atenderme. Llamaron a mi papá y, cuando llegó, se fueron. Siempre quedé con las ganas de verlos de nuevo y agradecerles el haberme rescatado.

Del encuentro con mi papá solo recuerdo que lloraba sobre mis piernas mientras yo le consolaba. Su apoyo, como siempre y en todo momento, fue inmediato e incondicional, y los pasos a seguir no se hicieron esperar. Fuimos inmediatamente a la oficina del CICPC1 correspondiente a la jurisdicción donde "ocurrieron los hechos". Eran como las diez y media de la noche.

Mientras el policía de guardia tomaba mi declaración, mi tía venía en camino con una muda de ropa limpia; la que llevaba puesta debía dejarla como parte de la evidencia. Recuerdo que era una prenda interior verde que me gustaba mucho por su diseño y que había comprado durante unas vacaciones a las que fui con mi prima para Margarita.

Tomada la declaración, tenía en mis manos una orden para ir a Medicina Forense a hacer la inspección sobre las evidencias dejadas en mi cuerpo, y una planillita azul que hacía las veces de constancia de una denuncia por el delito de "Contra las Buenas Costumbres" (c.b.c.)... Allí me enteré que una violación era considerada un "acto contra las buenas costumbres" y no una trasgresión contra el cuerpo y la integridad sexual, física, psicológica, social y cultural de otra persona.

Esa misma noche, después de poner la denuncia, enteramos a Dany, mi novio. Él vivía en Valencia, a dos horas de Caracas. Durante tres años habíamos mantenido una relación marcada por los viajes de fin de semana. A la mañana siguiente, 8 de marzo, estaba en Caracas para acompañarme, siempre solidario y compañero, y a partir de entonces dejé de verlo como pareja. Aquel que ultrajó mi cuerpo se llevó consigo no sólo mi dinero, mi soberanía, mi dignidad... también me arrebató el deseo.

(Qué ironías... mi cuerpo había sido violentado en la víspera del Día Internacional de la Mujer... Como para ratificar su vigencia y la vigencia de la lucha contra el patriarcado... Desde entonces me asumo feminista...).

También enteramos a Jorge, mi hermano de la vida, quien se encargó de pasarme una lista de centros de atención psicológica para que fuese a atenderme. Allí di con Avesa. Afortunadamente nunca tuve prejuicios con la atención psicológica y reconocí la importancia de atender las huellas y heridas que la violación de mi cuerpo había dejado en mi espíritu y existencia toda.

No recuerdo la fecha precisa, pero sé que me decidí a ir para Avesa a los días y no inmediatamente, como habrían querido Jorge, Dany y mi papá. Cuando fui a pedir la cita creo recordar que la atención fue inmediata. Me recibió Magdymar.

Cuán importante fue la contención de Avesa para lidiar con las secuelas de lo ocurrido. Cuán importante fue también para orientar el proceso de la denuncia y acompañar mi situación emocional. Aparte de la atención psicológica, también privaba el acompañamiento, orientación y respeto a mis decisiones frente a todo el proceso judicial que se venía. Estaba decidida a dar una batalla incansable por encontrar al "taxista" y hacer justicia, y en eso Avesa no me dejó sola.

Otras chicas, muchas de ellas menores de edad, habían sido ultrajadas por el "taxista", y eso nos hermanaba y nos animaba a organizarnos y tejer vínculos. Les hablé de Avesa, les dije que fueran y buscaran ayuda psicológica, que allí las atenderían. Creo que ninguna vio la importancia de la atención psicológica, pero mientras dimos con el "taxista", nos mantuvimos unidas.

El "taxista" apareció a los días. Yo había solicitado ir a la oficina central del CICPC en Parque Carabobo para hacer reconocimiento fotográfico y, con ayuda de las fotos, repetir el retrato hablado, porque el que había resultado de mi declaración no me convencía. Hacer un retrato hablado termina siendo una tarea casi titánica. Cuando una recuerda un rostro, lo recuerda en su totalidad, y no por fragmentos; entonces, cuando te muestran unas láminas con "ojos" para que veas cuál par de ellos se parece más al recuerdo de los "ojos" del agresor, es como si te pusieran a probar una mezcla de ingredientes para que de allí identifiques el que se encuentra en una receta de un guiso. Lo cierto es que, pasando y pasando fotos, apareció una foto del "taxista", que estaba solicitado por otros delitos que no recuerdo, salvo el de que se había fugado en pleno tribunal. Con eso, el "taxista" dejaba de ser un espectro y cobraba identidad.

Magdymar, desde Avesa, acompañaba mi proceso emocional, dándome herramientas para sobrellevar, asimilar, comprender mi existencia con un cuerpo violentado, reconstruyendo la dignidad desde nuevas bases, resignificando lo ocurrido para dar nuevo empuje a mi vida y, al mismo tiempo, para darme permiso... Sí, darme permiso. Creo que desde entonces en esto ha consistido la tarea más difícil de Magdymar, lograr que yo me diera permiso a flaquear, a llorar, a respirar, a reencontrarme sin condenas con mi feminidad, a no ser tan dura conmigo misma... y con mi mamá.

Ya hace 12 años de mi encuentro con Avesa, y el acompañamiento siempre emerge cuando lo he necesitado. Con 12 años de aguas corridas, 10 los he recorrido de la mano de mi compañero de vida, los lunes y los martes doy clases en la universidad, y un hijo de 8 años se ha convertido en mi desafío más grande. Enfrentarme a mi dificultad por disfrutar la maternidad, a deslastrarme de una imagen sacrificial de lo materno, para ir construyendo, no sin inconvenientes, una maternidad desde mi historia, desde el reconocimiento de que se puede ser madre sin negar los demás sueños...

Por fortuna, "nunca tuve prejuicios con la atención psicológica y reconocí la importancia de atender las huellas y heridas que la violación de mi cuerpo había dejado en mi espíritu y existencia toda".

Caracas, 1 de mayo de 2013

FICTION

LAPD guys

NATASHA COOPER

Joseph Wambaugh

HOLLYWOOD STATION

Fear of clowns

ROZ KAVENEY

Will Elliott

THE PILO FAMILY CIRCUS

Floridalite

FERRAN TORRENT

LA VIDA EN L'ABISME

MATTHEW TREE

El sabor del cobre

Elizabeth Vivero

El doctor habla de quitarme la matriz. Dice que los tumores han crecido, que los sangrados son muy abundantes, que la cirugía es necesaria para salvar mi vida. Habla. Dice. Conforme da cifras, cuenta días, saca cálculos de hemoglobina, yo pienso en ti. En ese pedacito de ti que me habitó hace varios años. Tantos como si fueran treinta y cinco si aún vives. Si aún, en algún sitio, también piensas en mí.

ARCHITECTURE

Rubble-makers

GAVIN STAMP

IAN GOW
SCOTLAND'S LOST HOUSES
192pp. Aurum Press. £40
1840131018

El doctor sabe mucho, mas no de esto. De este irse quedando con una fotografía arrugada y vieja entre las manos durante largas noches, durante las caminatas interminables para querer encontrarte. Aunque quedara de ti sólo un huesito al cual enterrar y darle sepultura de una vez a tu recuerdo viviente. Pero no ha habido nada. De ti, no ha habido siquiera las cenizas o el derretimiento de tu cuerpo en tambos repletos de ácido. Porque, a pesar de todo, preferiría la certeza a esta punzante espera de las noticias tuyas que no llegan, que nadie las trae consigo.

Me voy a la pizca, mamá, avisaste una mañana al pasar frente a la puerta. Que te vaya bien, hijo, y te despedí como siempre, como todos los días que ibas y venías, que tardabas una semana en regresar porque estando allá salió otro jale y te fuiste de una vez. Tu mujer venía entonces a preguntar si sabía de ti, si ya

habías hablado o enviado recado. Sí, ya vino Pancho a decirme, o todavía no pero seguro no tardan en avisar. Y así era. Hasta que ya no fue.

No vino Pancho, ni Juan, ni Sergio, ni ninguno de los que te conocía y conocíamos. No vino nadie, sino el levantón que se los llevó a todos. A cada uno. Que nos dejó sin hijos, sin esposos, sin nietos. No vino. Ni la policía a buscar, ni los gendarmes a peinar la zona para ver si eran ciertas las habladurías de las gentes. No vino: la justicia que se hizo sorda a nuestro llanto, que le dio la vuelta al expediente con esa línea casi al final de la hoja: "posibles nexos con el narco". Y ahí se quedaron ustedes. Todos ustedes, encerrados hasta abajo del

montón de papeles que nadie rescata, que ni se atreven a remover por aquello de las represalias, dicen.

Como dice el doctor frente a mí. Como dicen los arrullos de las lunas nuevas que aún me visitan para hacerme sentir que, algún día, fuiste en mí. Pero ya no.

Dice el doctor que me tiene que quitar la matriz. Lo único que tengo como certeza de tu existencia en el mundo. Dice el doctor que me tiene que quitar la pudrición que traen los tumores. Como si con ello se me enderezara lo chueco que traigo el alma. Dice el doctor. Dice. Mientras yo sólo escucho que te van a llevar para siempre, que ahora sí toda la vida tendrá este sabor del cobre que no se me quita ya nunca de la boca.

REFLEXIONES
Cosas que les pasan a las escritoras

Angélica Gorodischer

¿Cómo fue que se me ocurrió a mí elegir este oficio de poner por escrito cosas que no les sucedieron nunca a personas que no existieron jamás? La culpa la tuvo la lectura. La lectura, porque las escritoras nacemos de las lectoras así como los escritores nacen de los lectores. Sin lectura pero lectura intensiva e incansable, ¿eh?, no una novelita de vez en cuando y tres sonetos alguna vez y una crónica por ahí. No. Lectura maníaca, obsesiva, omnívora, extremada, honda, ilimitada, sin lectura no aparece el oficio de la escritura. Sé lo que les digo porque a mí me pasó y me sigue pasando.

¿Cómo fue? Fue que cuando yo era chiquita, ayer nomás, bueno, anteayer, en la casa de mis padres había libros. Había una biblioteca, estantes con libros ordenados y prolijitos que mi mamá o mi papá sacaban de a uno para leerlos. Tenían gustos distintos, pero leían libros con placer. Y los críos aprenden de ahí, de lo que ven y sienten a su alrededor, y para enseñarles algo no hay como los ejemplos. Así que para que la nena lea no sirven las admoniciones bienintencionadas de "nena vení que te toca la media hora de lectura". La nena dice ufa y masculla cosas peores y siente que eso de la lectura es una obligación y toda obligación es un castigo y ahí sonamos: la nena va a rechazar siempre la lectura y se va a prender del programa de Tinelli y de la revista "Caras", esa de la que las señoras dicen yo la leo solamente en la peluquería.

Volvamos a mi casa de la infancia. Mi mamá leía literatura y filosofía y mi papá leía cuentos camperos y gauchescos y hasta recitaba parrafadas del Fausto Criollo, de Martín Fierro cómo no, el Santos Vega y lo de Hilario Ascasubi. Y la nena, yo, miraba y se preguntaba qué era eso y como no sabía leer sacaba los libros de arte para mirar lo que llamaba "las figuritas". Alrededor de las cuales inventaba historias, ah sí, porque mi mamá me contaba cuentos. Entonces yo me contaba cuentos alrededor de la Duquesa de Alba, del desembarco de Cleopatra, de la balsa de la Medusa, de la cabeza de Holofernes en una bandeja que Judith llevaba en sus manos ensangrentadas.

Ahora comparto con ustedes un secreto terrible que les he confiado solamente a quienes están muy cerca de mis afectos. Prepárense porque es pavoroso: yo todavía me cuento cuentos. Sobre todo antes de dormirme. Pero eso no es nada: los cuentos que me cuento son malísimos. No sirven para nada. Son

tontos, romanticones, convencionales, previsibles y, lo peor de todo, moralizantes. Un horror, pero me son muy útiles, supongo que porque mantienen encendido el fuego de la narrativa ya que nunca he escrito poesía ni teatro ni ensayo. Yo, sólo narrativa y nada más que narrativa.

Y a los cinco años me pasó una de las dos cosas más importantes que me pasaron en la vida: aprendí a leer. No me pregunten cómo porque no me acuerdo de cómo fue, y en la familia hay varias opiniones y yo no me creo ninguna. La cosa fue que aprendí a leer y un día, de esto sí que me acuerdo perfectamente, un día dije "acá dice Láminas Billiken" y a mi mamá casi le dio un infarto, de modo que me puso bajo los ojos algunos textos y sí, yo leía. Para prevenir el infarto mi mamá me llevó junto a la biblioteca, señaló un estante y me explicó que esos no eran libros para niñas, no, no, de ninguna manera, y que yo ya los iba a leer cuando fuera grande. Y como ella confiaba en la sinceridad y la obediencia de sus hijas, dejó los libros en donde estaban y me dijo que no los tocara.

No les voy a proponer que adivinen porque es tan fácil: en cuanto mi mamá salió de la habitación yo empecé a sacar los libros prohibidos y con el tiempo leí uno, otro y otro y así. ¿La verdad? No entendí nada. Pero la cuestión no era entender. La cuestión era leer, así que me daban lo mismo Pinocho que El Amante de Lady Chatterley y a los dos los leí con fruición. Al amante de la lady tuve que leerlo después, cuando ya que una aristócrata se acostara con el jardinero no impresionaba a nadie.

También leí otras cosas. Yo era una chica solitaria y no me gustaban las muñecas y nunca me han gustado los simulacros, los maniquíes, los títeres, las máscaras africanoides que son espantosas y que cuelgan en los lugares más inesperados. De modo que leía. Lo que viniera, lo que fuera, estuviera en donde estuviera. Leía, leía, leía.

Y, esto sí lo recuerdo, tirada de panza sobre la alfombra del living estaba leyendo "Las Minas del Rey Salomón" que por supuesto me transportaba al mundo de las selvas y los tigres y los tesoros escondidos, y de pronto dije, me dije a mí misma "esto es lo que yo quiero hacer, esto es lo que quiero escribir". Y creo, de veras creo, que en ese momento me recibí de escritora. Porque "Las Minas del Rey Salomón" ya estaba escrito, de modo que supe que iba a escribir otras cosas, cosas que, siguiendo con mis pretensiones, hicieran felices a las gentes que me leyeran.

Claro, cuando me recibí de escritora no tenía idea del berenjenal en el que me estaba metiendo. Yo iba a escribir libros, libros de aventuras, de terror, libros emocionantes que hicieran felices a quienes los leyeran y por el momento eso era todo lo que me importaba. Como sueño está muy bien. Como proyecto de vida también. Y la verdad es que

desde muy chica empecé el camino de las escritoras y me fui enterando de muchas cosas.

Lo más urgente era saber qué diablos iba a escribir. Eso lo resolví enseguida: aventuras, muchas aventuras de gente maravillosa que hacía cosas maravillosas. Facilísimo: sólo había que ponerse a escribir. Y en ese momento a mi papá se le ocurrió la gran idea de regalarle a mi mamá una máquina de escribir que fue una Underwood semiportátil en la que aprendí, bueno, no puedo decir que aprendí mecanografía, pero aprendí a teclear y a formar palabras. Listo. Qué más se podía pedir. Muchas cosas se podía pedir, pero yo todavía no lo sabía.

Escribí cuentos muy realistas, muy ingenuos, muy imperfectos pero que a mí me parecían buenos y en algunos casos excelentes. Esta soberbia me sirvió muchísimo porque gracias a ella no me desanimé y seguí insistiendo y tecleando en la Underwood.

Pero como dijo George Bernard Shaw, a los siete años tuve que abandonar mi educación para entrar a la escuela. Después vino la secundaria, la rebelión adolescente, alguno que otro novio, peleas con la mamá, con el papá, con el mundo en general. Pero yo seguía escribiendo aunque ni se me pasaba por la imaginación eso de publicar lo que escribía.

Y a los veinticuatro años me sucedió la otra cosa sensacional que me dio la vida: me casé con Goro. Y tuvimos dos hijos y una hija. Y Goro era profesor universitario y yo era bibliotecaria y cuando Simone de Beauvoir dice que si una mujer quiere ser escritora tiene que vivir como una monja de clausura, yo la entiendo, sé lo que me está diciendo pero no estoy de acuerdo con ella. Estoy de acuerdo con ella en muchísimas cosas pero no en esto de la monja. Sí, ya sé, ella no vivió como una monja de clausura y la pasó fantásticamente bien. Pero a lo que doña Simone se refería era a otra cosa: hablaba de la vida familiar y doméstica.

Lo que ella decía era que una mujer que quiere ser escritora necesita todo su tiempo para escribir. Porque, y esto parece una tontería pero no lo es, si alguien quiere escribir, tiene que escribir. He leído lo que dice al respecto un señor mucho más importante que yo y que es una verdad como un templo: si alguien dice que quiere escribir y no escribe, no quiere escribir.

Excusas hay muchas pero señora, señorita, ¿usted quiere escribir? Entonces, ¿qué está haciendo acá? Vaya rapidito a su casa, siéntese frente al escritorio y escriba.

Efectivamente, una mujer necesita, lo mismo que un varón, todo su tiempo para escribir. Cuando hay que atender una casa, un marido, aunque sea tan generoso, estimulante y comprensivo como el mío; tres, dos, uno o varios chicos (el colegio, la ropa, el pediatra, los juegos, los accidentes domésticos, las preguntas, las peleas entre hermanos, los problemas y dolores que sienten los críos en la infancia y que vaya si los sienten), cuando hay que tener eso en cuenta durante todo el día y parte de la noche, la vida se pone difícil y más si agregado a todo eso una tiene un trabajo fuera de su casa como lo tuve yo.

Por eso suelo decir y parece puro voluntarismo pero es pura experiencia, "es duro pero se puede".

No estoy diciendo que los varones la tienen más fácil. Para empezar, que un muchacho les diga a sus padres "quiero ser escritor", o peor "quiero ser poeta", despierta inmediatamente el rechazo "¿Y vos te creés que vas a vivir de eso?" Y si ya está embarcado en el oficio, no puede decir por ahí "soy poeta" o "soy escritor" porque en el mejor de los casos le preguntan "¿Y en qué trabajás?", y en el peor, en fin, dejémoslo pasar. Lo que quiero es en este momento dejar eso bien aclarado: no es que a la minas nos vaya fatal y a los tipos les vaya regio, no es que ellos se pavoneen en los bailes de gala

SOCIAL STUDIES

y nosotras suframos tiradas en un rincón, rincón al que además tenemos que barrer, plumerear, encerar y lavar los vidrios de la ventana. No, no es eso. Ellos también tienen sus dificultades pero nosotras pagamos IVA.

Y cuando me hablan de las dificultades que tenían Proust y Kafka para escribir, yo digo "sí, es cierto, pero la mamá les planchaba las camisas", y en el caso de don Marcel hasta le entibiaba las sábanas y las mantas con esos artefactos de cobre como una sartén con tapa dentro del cual se ponían brasas. Ellos y todos los escritores tienen además las mismas dificultades, problemas, dudas que tenemos las escritoras. Eso no es algo que nos pase solamente a nosotras. Eso es algo que le pasa a cualquiera que pretenda escribir. Pero, como espero que se vaya viendo, nosotras tenemos nuestra cuota de situaciones problemáticas de las que vamos saliendo como podemos. Las hay que no pueden de ninguna manera: Alfonsina Storni, Sylvia Plath, Martha Lynch, Alejandra Pizarnik, Virginia Wolf y siguen las firmas.

A menos que una escriba libros de autoayuda o novelas románticas a más no poder, ahora con un poco o un mucho de historia y de pasajes altamente eróticos, con lo cual una gana siete millones de dólares en tres días, o a menos que de repente le den el Premio Nobel, escribir no ha sido nunca una actividad prestigiosa cuando la ejerce una mujer, aun cuando en estos tiempos ya podamos alardear de cierto glamour intelectual.

Véase si no lo que me pasó con una editorial sumamente progre y que no dejaba de establecer lo desprejuiciado de sus ediciones y el lugar que detentaban cercano a las izquierdas, la defensa de los desposeídos, la lucha por los derechos humanos y así por el estilo. Siempre ha sido así con esta gente y yo creo que son muy respetables. Pero... un buen o mal día publicaron una antología de varios autores de tres siglos, el XX, el XIX y el XVIII. Todos señores. Ni una señora. Me enojé, les escribí o los llamé por teléfono, no me acuerdo, y les dije que me extrañaba que hubieran metido semejante pata. Siempre me he llevado bien con ellos así que podía darles mi opinión sin tapujos. Me dijeron que sí claro, que yo tenía razón, y que ellos habían pensado en poner algo de Marie Curie y de Frida Kahlo. Les dije "¿No ves que ustedes son unos machista de cuarta? Conocen a las señoras que salen en las revistas dominicales y pará de contar" (con todo respeto y toda admiración por Mme Marie y la maravillosa Frida). Y les hablé de las escritoras invisibilizadas. Me propusieron que hiciera yo una antología de escritoras. Cosa que hice pero no de tres siglos sino de diecisiete, sí, de diecisiete siglos.

¿Ustedes saben quién fue Vibia Perpetua? ¿No? ¿Cómo que no? Se me ponen a estudiar, ¿eh?, y vengo dentro de una semana y les tomo la lección. No, en serio, a Vibia Perpetua se la comieron los leones, no en la selva africana sino en el coliseo

romano, por haberse convertido al cristianismo y haber escrito la “Passio”. La “Passio” es, como ella misma lo dice, “el relato de mis tribulaciones” y no se la puede leer sin que se le cierre a una la garganta. Y por favor no le lleven el apunte a San Agustín que pensaba que las mujeres eran cómplices del maligno, una molestia y un error del Creador. San Agustín se permitió decir que la “Passio” era “uno de los muchos ejemplos de quejas de mujeres que van a morir”. En fin. Eso fue en el siglo III después de Cristo.

En el siglo IV el ejemplo que elegí fue el de Paulina, que no era una mujer importante. En realidad ninguna mujer era importante en ese tiempo y si esto parece una exageración no hay más que echar una mirada a un texto fundamental: “Un mundo sin mujeres” de David Noble. Paulina era sólo una mujer que había perdido a un esposo bienamado y que para llorarlo escribió poemas conmovedores. Irónicamente pasó a la historia gracias a San Jerónimo (nunca lo lean a San Jerónimo si no quieren amargarse hasta el caracú), nada menos, adalid del mundo sin mujeres, que se burló de ella porque no era cristiana, en una forma que Peter Dronke califica de “repugnante”.

No los voy a abrumar con las listas de escritoras de diecisiete siglos. Pero sí les voy a decir que el comentario más frecuente que recibí fue la frase siguiente: “¡Pero cómo! ¿En la edad media había escritoras?” ¡A la flauta si las había! Y algunas fueron estupendas y merecen un lugar de privilegio en las historias de la literatura. ¿Ustedes han leído algo de alguna? Bueno, sí, Sor Juana Inés, pero Sor Juan Inés es de antes de ayer, y se puede hablar del siglo V del siglo XII, de cualquier siglo, y encontrarlo poblado por escritoras.

Pensemos por ejemplo en la novela. El género novela no es muy antiguo. Se dice que la primera novela moderna fue el Quijote. No hay duda de que el Ingenioso Hidalgo es extraordinario ni de que don Miguel de Cervantes y Saavedra merece el pedestal en el que está cómodamente sentado. Pero la primera novela moderna, el primer ejemplo de ese nuevo género, se escribió en el año mil y la escribió una mujer, Shibuko Murasaki. Es una novela río y se titula “Genji Monogatari”. Y el Quijote, si bien no es la primera novela moderna, es sin duda su culminación genial.

Es cierto, doña Shibuko era una dama de la corte y por lo tanto sabía leer y escribir, estaba bien visto que una dama escribiera, sobre todo poemas y a veces teatro, pero ella inventó un género nuevo, la novela. Sí, se puede leer. Hay traducciones al inglés, al francés y supongo que a otros idiomas. En castellano no está completa pero hay partes editadas que dan una idea de la obra general. Tiene cosas geniales, tan modernas que no se puede creer, como cuando ella, no la dama de la corte sino la narradora, entra en la novela y cuenta algún detalle cotidiano: “Y ahora dejo porque estoy

18 ARTS

Viva Bas-Vegas

TOBY LICHTIG

David Eldridge
IN BASILDON
Royal Court Theatre

Leo Ross and Debbie Chazen as Harry and Jackie

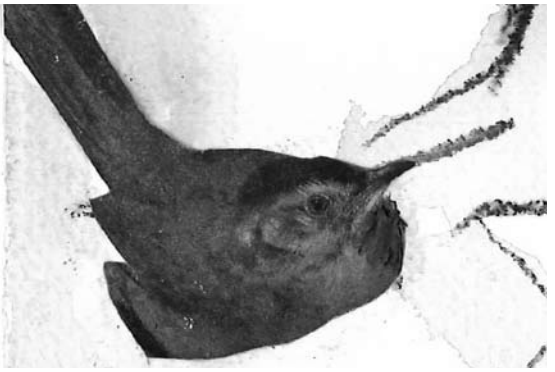
FOLIO COURTS PRESS

TLS MARCH 16 2012

cansada y me duele mucho la cabeza". Es decir, le está diciendo a quien lee "señoras y señores, esto que ustedes están leyendo no es la vida real, es un producto de mi imaginación y de mi destreza con el lenguaje; la vida real es que me duele la cabeza y estoy cansada". Mucha agua debió correr bajo los puentes y muchos libros pasar entre las manos de los lectores para que alguna vez alguien dejara semejante mensaje.

Bueno, y en el siglo XIV Christine de Pizan escribe el primer texto feminista que se conoce. Y en el siglo XVIII Aphra Behn se gana la vida escribiendo novelas. Su propia vida es una novela en la que suceden cosas extraordinarias e impensables para su tiempo, pasa una temporada en la cárcel acusada de espionaje, viaja, cambia de nombre, escribe novelas exóticas, qué sé yo, y así seguimos de escritora en escritora hasta que en los siglos XIX y XX en este país Juana Manuela Gorriti, Victoria Ocampo y tantas otras se hacen oír, se dejan ver, arman sus escandaletes y ponen fin a la invisibilidad de las escritoras.

Lo cual no quiere decir que estemos recostadas en un lecho de rosas. Todavía nuestros amados hermanos y colegas piensan allá en el fondo de sus almas que las mujeres escribimos novelas sentimentales, llorosas, con énfasis en cosas sumamente femeninas como la menstruación, el embarazo, el parto y el erotismo femenino, multiorgasmo incluído. Todavía una gran parte del público lector espera encontrar en la novela de una mujer la sensibilidad, la desdicha, los amores frustrados, la suave aceptación hasta la derrota final cuanto más cruel mejor. ¿Y quieren que les diga algo más?. Nuestros colegas varones casi no nos leen y pongo el casi para suavizar la afirmación. Leen la novela de una mujer cuando son amigotes de la autora y si no, bueno, es que están muy ocupados pero te aseguro que la semana que viene tengo un par de días libres y la leo y te cuento lo que me pareció. Y si no nos conocen personalmente, pues nada.



Y no sé si no los comprendo. Cuando una (yo) tropieza con una novela gorda así de una señora o señorita que, en fin, llena sin vacilaciones todos los estereotipos, los comprende. Así que para librarse de los novelones históricos con caciques y cautivas y tragedias y finales felices y por si acaso, no nos leen. Cuidado, no me juzguen demasiado mal, no estoy metiendo a todos en la misma bolsa. Hay algunos tipos excepcionales que incluso pelean en nuestro nombre, bienvenidos sean. Y quiero recordarles aquí que en los Encuentros internacionales de escritoras que se hicieron en Rosario, se les dio un premio a aquellos varones desprejuiciados que habían hecho algo por las escritoras. Es decir no se trata de discursear "las mujeres son maravillosas, yo las admiro tanto", etc., sino de haber hecho algo contante y sonante. El premio consistía en el nombramiento de Mujer Honoraria, que se les dio a Fernando Chao, a Mempo Giardinelli, a Manuel Antezana. Y bien orgullosos que están de semejante distinción.

Para terminar les dejo una frase ya no de doña Simone sino de doña Virginia: "No es que los hombres escriban sobre la guerra y las mujeres escribamos sobre bebés: es que cada género escribe sobre sí mismo".

Pensémoslo.

en la rutina que
responga
con el agudo
filo de su
luz

Se presentan a sí mismas las autoras de este número de Blanco Móvil:

Dorelia Barahona. Escritora. Filósofa. Lo suyo es investigar las palabras que los personajes usan según sus pensamientos e ideologías. No concibe la narrativa argumental sin el contenido de las ideas que la empujan. Observa, recuerda, planea y escribe. Ha publicado ocho novelas, tres libros de cuentos y un ensayo. Es profesora de Estética Literaria, Filosofía del Arte y Neuroestética en la Universidad Nacional de Costa Rica. El cuento "La espalda del León" lo escribió ya hace varios años, inspirada en un personaje deplorable por machista y cínico. Copia el lenguaje sucio de la periferia, típico portador de violencia psicológica, donde la soledad potencia la corrupción y hace que grite su origen.

Liliana Blum (Durango, 1974) es autora de las novelas *Pandora* (Tusquets, 2015) y *Residuos de espanto* (Ficticia, 2013), así como de los libros de cuentos *No me pases de largo* (Literal Publishing, 2013), *Yo sé cuando expira la leche* (IMAC, 2011), *El libro perdido de Heinrich Böll* (Jus, 2008), *The curse of Eve and other stories* (Host Publications, 2008), *Vidas de catálogo* (Fondo Editorial Tierra Adentro, 2007), *¿En qué se nos fue la mañana?* (ITCA, 2006) y *La maldición de Eva* (Voces de Barlovento, 2003). Su próxima novela saldrá a finales del 2016.

Amaranta Caballero Prado (Guanajuato, 1973). Realizó estudios de licenciatura en Diseño Gráfico y la maestría en Estudios Socioculturales. Ha publicado *Libro del Aire* (Editorial De la Esquina, 2011), *Okupas* (Letras de Pasto Verde, 2009), *Todas estas puertas* (Tierra Adentro, 2008), *Entre las líneas de las manos* (en el libro *Tres tristes tigras*, Conaculta, 2005) y *Bravísimas Bravérrimas. Aforismos* (Editorial De la Esquina, 2005). Participó en el Laboratorio Fronterizo de Escritores/*Writing Lab on the Border* (2006), en el Festival de Poesía Latinoamericana LATINALE 2007 de Berlín y en las jornadas literarias "Los límites del lenguaje" en Moscú (2012). Recibió la beca del FONCA en 2007. Su trabajo escrito y gráfico ha sido incluido en varias antologías así como en revistas nacionales e internacionales. Desde el año 2001 vive en Tijuana. Ama la música y ama dibujar.

Melissa Cardoza es una escritora feminista hondureña. Entre sus libros destacan *Trece colores de la resistencia hondureña* y *Tengo una tía que no es monjita*.

Maya Cú Choc nace en Ciudad Guatemala el 16 de octubre de 1968. Periodista radial y feminista ha incursionado tanto en el teatro y la música coral como en la defensa de los derechos humanos de las mujeres. Publica sus poemas en revistas, periódicos y antologías de Guatemala y Centroamérica desde finales de la década de 1980, siendo reconocida como una de las poetas mayas más activas.

Silvia Cuevas-Morales (Santiago de Chile, 1962). Escritora y traductora literaria, autora de varios poemarios y de trabajos de investigación tales como: *Diccionario universal bio-bibliográfico de autoras que escriben en castellano. Siglo XX* (2003) y *Diccionario de centenarias Ilustres: 100 mujeres que cambiaron la historia* (2011). Parte de su obra ha sido publicada en más de 30 antologías alrededor del mundo y traducida a varios idiomas.

Francesca Gargallo Celentani es una escritora mexicana aunque nacida en Italia en 1956. Es una caminante que ama un buen paisaje tanto como un buen libro o una obra visual interesante. Filósofa e historiadora de profesión, cuenta cuentos, escribe novelas, investiga, se detiene en las metáforas así como en las más simples descripciones. Ha publicado 23 libros, ha traducido a autoras y autores que le resultaron significativos para explicarse el mundo, ha viajado al encuentro de anécdotas, personas e ideas, y considera que la semilla de toda ora-literatura está en la poesía

Eve Gil es sonorense, pero no forma parte de ningún movimiento literario regionalista. Desde que inició oficialmente su trayectoria como escritora, hace

treinta años, mucho antes de estudiar Letras en la Universidad de Sonora, se propuso explorar todo aquello que atañera a lo humano, sin sujetarse a fronteras. Ha sido acreedora a diversos premios y becas locales y nacionales y publicado una docena de libros (novela, relato y ensayo), pero considera que su mayor reto estético lo constituye la "trilogía otaku" que abarca las novelas *Sho-shan y la dama oscura*, *Tinta violeta* y *Doncella roja*. La primera ha sido llevada al cine por el joven director Carlos Preciado Cid. Es reconocida también como crítica y estudiosa de la literatura de mujeres; publica en revistas de México y Estados Unidos.

Angélica Gorodischer. Nací en Buenos Aires en 1928, vivo en Rosario desde 1933. Soy narradora. He publicado treinta y dos libros entre novelas y cuentos. He recibido numerosos premios. Mis libros han sido traducidos al inglés, francés, alemán, italiano, holandés, checo, entre otros.

Isabel Hernández nació en Rosario (Argentina). Es antropóloga y ha dirigido numerosos proyectos de docencia e investigación en diversos centros académicos y universidades de Latinoamérica. Se desempeñó en varios organismos de las Naciones Unidas, como asesora internacional. Ha publicado libros de ciencias políticas y sociales, así como artículos científicos traducidos a distintos idiomas. Como narradora de ficción publicó en Buenos Aires, Madrid y Santiago de Chile. Ha recibido reconocimientos literarios internacionales en estados Unidos, España, Chile y Argentina. Desde hace 25 años reside en Santiago de Chile.

Soy **Silvia Miguens**, nací en Argentina y vivo en Buenos Aires. Escribo novelas, históricas según dicen. Me apasiona investigar la Historia de las Mujeres, o la participación de la Mujer en la Historia. Hace veinte años escribí la primera: *Lupe*. Ahora se edita *Lupe, después del viaje*, una continuación de la primera. A veces pienso que es un cierre dentro de este género literario. Una etapa cumplida. Sin embargo, ahora escribo acerca de Flora Tristán. Entre ambas novelas hubo unas cuantas: *Ana y el virrey*, *Cómo se atreve*, *Tantas maneras de vivir*, *Eliza Brown*, *La gloria eres tú*, *La Baronesa del tango*, *Catalina de Rusia*, *Isabel II y algunos ensayos acerca de Madame Curie*, *Evita y Jorge Luis Borges*.

Soy **Norma Mogrovejo** y nací en un pueblo quechua del Perú profundo, soy colla, lesbiana feminista, ciudadana del mundo, avecinada en la megalópolis mexica, anarco proletaria de la academia, desertora del amor hétero-romántico. Laboratorista de mis emociones y ocupaciones, intento construir con mis pares reflexiones desde la experiencia de los grupos no hegemónicos que luchan por su liberación; combino entre la educación popular, las acciones lesbo-feministas que buscan justicia restitutiva y las reflexiones para una cuerpa lesbiana, entendida como una propuesta creativa teórica-bio-política.

Verónica Ortiz Lawrenz siendo muy joven inició sus actividades profesionales como recepcionista en un hotel, Gerente de Promoción de Tarjetas de una arrendadora de automóviles y aeromoza de una línea canadiense de aviación. Encontró su vocación en el Seminario de programas de televisión y radio infantiles de China. Desde 1980 condujo programas de televisión y radio sobre educación sexual en Canal Once, TV Mexiquense, Radio UNAM, Radio Capital y Radio 590. Actualmente conduce los programas Semblanza en la "B" Grande de IMER y Reflexiones en red en Código DF, estación de la que fue fundadora. Ha publicado las novelas: *Sobrevivientes* (Planeta, 2003); *No me olvides*, (Planeta, 2006); *Mujeres de Palabra*, entrevistas, prologado por Elena Poniatowska (Joaquín Mortiz, 2005); *Abecedario de las Culpas* (poesía, Praxis, 2008); *Placeres y parejas, Verónica Ortiz y David Barrios dialogan sobre sexualidad, erotismo y cuerpos* (Editorial Pax, 2013).

Gloria Inés Peláez nació en Manizales en 1956. Es antropóloga, cuentista y novelista. Ha publicado los libros de cuentos: *Roa Séptima con Catorce* (Premio Concurso de narraciones sobre Bogotá, del Instituto Distrital de Cultura y Turismo,

2007), *Los exiliados del tiempo* (Centro de Escritores Caldenses-Gobernación de Caldas, 1996) y *Breviario del tiempo* (Universidad del Valle, 2012). Hace parte de las antologías *Ardores y furores*. *Relatos eróticos de escritoras colombianas* (Planeta, 2003) y *Cuentan*. *Antología de escritoras colombianas contemporáneas*. Su novela *La Francesa de Santa Bárbara* (2009) obtuvo el Premio Nacional de Cultura de la Universidad de Antioquia.

Aura Sabina, poeta de a pie, nació en el telúrico 85 de la Ciudad de México, bajo el signo del cangrejo y jura que la Luna es su doble astral. Autónoma, indignada, mística y amorosa, cree que los sueños son tan importantes como lo que creemos tangible. Aprendiz de psicomaga, admiradora de las surrealistas. Ama el café, el tabaco, el arte, el desierto, las casas encantadas y el desamor. Le gusta vagar. Escribe artículos sobre feminismo y reseña libros en Mujeresnet, Revista de la Universidad y Langosta Literaria, de Random House. Hizo una especialización en Literatura Mexicana del Siglo XX en la UAM.

Jessica Sánchez es una poeta y cuentista hondureña, pero nació en Lima, Perú, en 1974. Obtuvo una licenciatura en Letras y es maestra en Estudios de Género. Además es miembro de la Red de Escritoras latinoamericanas. En 2005 compiló para Letra Negra Editores la *Antología de cuentistas hondureñas*. También aparece entre los autores de la muestra de la nueva narrativa sampedrana *Entre el parnaso y la maison*, de 2011. Su trabajo ha sido publicado en *Antología de poemas. Mujeres poetas en el país de las nubes*, México D.F. (2001-2003). En 2010, publicó en Guatemala el libro de relatos *Un retrato de la intimidad: Infinito cercano*. Destaca además por su labor en defensa de los derechos de las mujeres.

Alma Karla Sandoval (Morelos, 1975). Poeta, narradora, docente y periodista. Obtuvo las becas del FOECA, FONCA y PECDA. Se le han otorgado los siguientes reconocimientos: Premio Nacional de Periodismo AMMPE en 2011; Premio Nacional de Creación Literaria del ITESM 2012; Juegos Florales de Cuernavaca, Morelos, 2012; Premio Nacional de Poesía Ignacio Manuel Altamirano 2013; Premio Nacional de Narrativa Dolores Castro 2015, por su primera novela, y Premio Nacional de Poesía "Noble y Leal Ciudad de Tepic" también en 2015.

Artemisa Téllez nació en la Ciudad de México en 1979. Escritora y tallerista. Maestra en Letras Mexicanas (UNAM). Creadora y coordinadora de 14 cursos y talleres literarios. Autora de *Versos cautivos* (Poesía, 2001), *Un encuentro y otros* (Cuento, 2005), *Cuerpo de mi soledad* (Poesía, 2010), *Crema de vainilla* (Novela, 2014) y *Fotografías instantáneas* (Cuento, 2015).

Livia Vargas González (Caracas, 1977). Mujer venezolana, militante del feminismo marxista, filósofa de profesión (UCV, Venezuela), docente y editora de oficio. Como filósofa estudia la obra de Karl Marx, Jean Paul Sartre, Walter Benjamin y Daniel Bensaïd. Publicó en 2008 el libro *Entre libertad e historicidad*, editado por El Perro y la Rana (Venezuela) y más recientemente: *El acontecimiento según Daniel Bensaid: quiebres turbulentos para una coreografía de la historia*. Como editora, ha contribuido con el notable catálogo de *Biblioteca Ayacucho*, y formado parte de los equipos fundadores de *El Perro y la Rana* y de *Amalivaca Ediciones*, donde actualmente se desempeña como coordinadora de edición. Es profesora de la Escuela de Sociología de la Universidad Central de Venezuela.

Elizabeth Vivero (Guadalajara, Jal., 1976). Es narradora y poeta. Tiene publicados varios libros de cuentos, novelas y poemas. Su interés en la narrativa se centra en las historias límite que todo ser humano vive, en particular las mujeres. Como poeta, le interesa darle voz a la lírica del dolor y la muerte. Considera que la literatura es un medio para acercarse a las/os otras/os desde lo que se comparte más íntimamente: el sufrimiento.

Kenia Cano nació en la Ciudad de México y actualmente radica en Cuernavaca, Morelos. Algunos de sus libros de poemas son *Acantilado* (2000), *Oración de Pájaros* (2005), poesía y pintura de la autora, *Las Aves de Este Día* (2009) Premio Iberoamericano de Poesía Carlos Pellicer, y *Autorretrato con Animales* (2013). Forma parte de varias antologías nacionales. Poemas suyos han sido traducidos al francés, al inglés y al rumano. Ha expuesto obra pictórica en México, Francia y Estados Unidos. Imparte talleres de poesía en la Escuela de Escritores Ricardo Garibay y talleres de correspondencia entre las artes. Actualmente es becaria del Sistema Nacional de Creadores de Conaculta.

BLANCO MÓVIL
Director: Eduardo Mosches

CONSEJO EDITORIAL
Gerardo Amancio
Andrés Cisneros
Beatriz Escalante
José María Espinasa
Ana Franco
Francesca Gargallo
Aralia López
Gabriel Macotela
Eduardo Milán
Cynthia Pech
Miguel Ángel Quemain
Juan José Reyes
Juan Antonio Rosado
Bernardo Ruiz
Esther Seligson (q.e.p.d.)
Daniel Sada (q.e.p.d.)
Adriana Tafoya

CORRESPONSALES
Floriano Martins (Brasil)
Carles Duarte (Cataluña)
Jesús Cobo (España)
José Kozer (Estados Unidos)
Marcela London (Israel)
Rodolfo Alonso (Argentina)

SECRETARIA DE REDACCIÓN:
Ángeles Godínez
RELACIONES PÚBLICAS: Patricia Jacobs (q.e.p.d.)
Impresión: Impresos Rubí & Gom (5632 8314) Ciudad de México
Ilustraciones: Kenia Cano
Diseño de portada: Pablo Rulfo
Diseño de interiores: Marco Kim

BLANCO MÓVIL
Momoluco No. 64.
Pedregal de Santo Domingo,
Delegación Coyoacán.
C. P. 04369,
Ciudad de México
Teléfono: (55) 56-10-92-99
blanco.19mosches85@yahoo.com.mx
www.blancomovil.com

INDICE

Los primeros pasos
Eduardo Mosches

ESCRITURAS DE LA VIOLENCIA: LA VOZ DE LAS MUJERES
La escritura de las voces que odian la violencia
Francesca Gargallo Celentani

La espalda del león (sólo adultos)
Dorelia Barahona

Desnuda como un sándwich de carne
Liliana Blum

Mujer que escribe ("Frágil NO TOCAR")
Breve muestra de moridero a través de fichas biográficas
Amaranta Caballero Prado

Berta en las aguas
Melissa Cardoza

Zaz
Maya Cu Choc

Poema
Silvia Cuevas-Morales

Kaikashu
Eve Gil

La mirada tan temida
Isabel Hernández

Lupe, después del viaje (fragmento)
Silvia Miguens

Receta para torceduras
Norma Mogrovejo

Aspirinas
Verónica Ortiz Lawrenz

Crónicas de guerra
Gloria Inés Peláez

Flores silvestres
Aura Sabina

La prisionera
Jessica Sánchez

Autopsia de un vestido
Alma Karla Sandoval

Dieciséis de septiembre
Artemisa Téllez

Víspera de un 8 de marzo
Livia Vargas González

El sabor del cobre
Elizabeth Vivero

REFLEXIONES
Cosas que les pasan a las escritoras
Angélica Gorodischer

Este número de la revista se realizó en colaboración con el Instituto de las Mujeres del Distrito Federal.